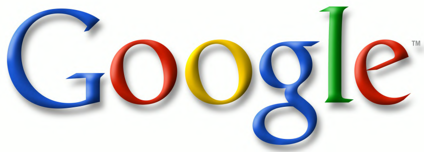
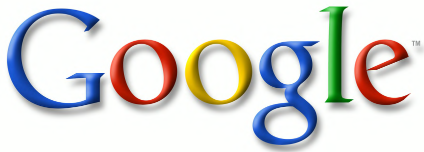








AL-CÁSSR-UL-MASHUR

(EL PALACIO ENCANTADO)

LEYENDA HISTÓRICA ARABE-GRANADINA

ORIGINAL DE

DON RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS



MADRID
Establecimiento tip. de *El Correo*, á cargo de F. Fernández,
CALLE DE SAN GREGORIO, NÚM. 8

1885

AL-CASSR-UL-MASHUR

(EL PALACIO ENCANTADO)

Cuando Azrael batió sus negras alas sobre el hijo de *Al-Gálib-bil-Láh,* trasportando su espíritu á las mansiones deleitosas de *al-channat* (1), Abú-Abdil-Láh Mohámmad III había pasado de la juventud y se mostraba animado del generoso deseo de extender otra vez por Chezirat-Al-Andálus el dominio y señorío de los siervos de Alláh, aprovechando el desconcierto de que eran presa los nassaríes de Castilla, y vengando así el vergonzoso oprobio de Medina Córthoba, Medina Chien y Medinat-Ixbilia, con la humillante servidumbre que respecto de los nassaríes había heredado de su progenitor augusto, el fundador de la dinastía de los Al-Ahmares.

Oponíase, no obstante, á tan levantado pensamiento la pertinacia con que su primo Abú-l-Hachách-ben-Nassr, gualí de Guadix, inquieto y rebelde siempre, se había negado á reconocerle por su señor; y como quiera que la experiencia le había demostrado que sus parientes aspiraban, desde un principio, así en Málaga cual en Guadix y Comárex, á resucitar de nuevo aquella época calamitosa y de verdadera ruina para el Islam que, sucediendo al imperio de los Omeyyas en Córthoba, hizo un reino de cada clima ó provincia,—anhelaba Mohámmad, en realidad, dejar sosegados y en orden los asuntos interiores, para poder así extender luégo su autoridad por los límites del imperio granadino y dedicarse más tarde á la empresa de rescatar los extensos dominios de que desde anteriores centurias se habían apoderado los nassaríes.

Generoso, amigo de los sabios, de carácter templado, pero firme en el propósito de seguir la vía recta enarbolando el estandarte de la fe, á cuya sombra se extendió un día la palabra del Profeta (complázcase Alláh en él), desde el extremo oriente hasta las últimas comarcas del Mogréb con Chezirat-Al-Andálus,—claramente la conducta de su padre Mohámmad II le trazaba el camino que debía continuar, si bien ahora se presentaba para él el porvenir mucho más halagüeño que para su ilustre antecesor, quien había tenido enfrente, no ya sólo al poderoso Adefunx *Al-Hákim,* sino también á Xanchol-ben Adhefunx, á los Beni-Merines y á sus propios parientes los Axkilole

(1) El Paraiso.

Prescindiendo del gualí de Guadix, su pariente, Mohámmad III, que al ocupar el trono granadino contaba ya cuarenta y seis años (1), si había de proseguir las tradiciones heredadas de su padre, sólo tenía que habérselas en Castilla con un Monarca, niño todavía, y una nobleza turbulenta, ambiciosa y desasosegada, que no parecía sino que renegaba con su conducta de la obra de la Reconquista cristiana, empeñada ahora en la destrucción y en la ruina de aquel reino poderoso, que habían regido en otro tiempo Alfonso VI, el conquistador de Toledo, y Fernando III *el Santo*, el debelador de Córdoba, de Jaén y de Sevilla.

Así, pues, luégo de haber nombrado sus guazires ó ministros, que lo fueron Ben-Aly, de Dénia, y Abú-Abdil-Láh Mohámmad Al-Lahmí, hijo de Abd-er-Rahman-ben-Al-Hakem Ar-Ramedí; de haber designado sus kátibes ó secretarios, entre quienes figuraban Abú-Beker-ben-Saberin, Abú-Abdil-láh-ben-Assim, Abú-Ishack-ben-Chábir, Abú-Abdil-Láh Al-Lorquí y Abú-l-Hachách Dertusí, y de haber elegido como cadhíes á Mohámmad-ben-Hixém, de Elche, y á Abú Chaâfar, apresurábase el granadino á concertar paces con el Sultán de Aragón Cháymis (2), y dejando para más adelante el castigar á su rebelde primo Abú-l-Hachách, determinábase á inaugurar, por medio de una gazúa, la guerra que proyectaba hacer á Castilla, con el fin de demostrar á los musulmanes cuáles eran para el porvenir sus intentos.

La ocasión, en verdad, no podía presentarse más propicia á los designios del Sultán, ni los granadíes podían recibir de mejor grado la nueva de que iban con Mohámmad III á reverdecer los laureles conquistados en los campos de batalla por el augusto progenitor de aquel Príncipe, cuya muerte les había llenado de desconsuelo; presa Castilla de mortal discordia, aun después de haber el turbulento infante don Juan renunciado á sus injustas pretensiones sobre la corona que heredó Ferrando-ben-Xanchol de sus mayores; fijos los ojos del reino entero en Medina del Campo, donde á la sazón estaban con-

(1) Había nacido en 3 de Xaában de 655 (15 de Agosto de 1275), y heredaba la corona en 8 del mismo mes de 701 (8 de Abril de 1302).

(2) Don Jáime II, el *Justo*.

vocadas y reunidas aquellas famosas Cortes, fruto de la insidia procaz del referido infante y de Nuñez de Lara, en las cuales sólo se trataba de afrentar á la valerosa doña María de Molina, exigiendo de mala fe á tan preclara Princesa las cuentas de la tutela y la administración de su hijo Ferrando,—nada parecía oponerse á los guerreros intentos del granadino, con tanto mayor causa, cuanto que eran de todos desconocidos, como eran ignorados los móviles que le impulsaban poderosamente á romper las hostilidades con los nassaríes, de manera tan inopinada como pronta.

Congregados en su presencia pocos días después de su solemne proclamación en Granada los guazires y caudillos del reino, manifestábales Mohámmad III su propósito de inaugurar la campaña, sediento, al parecer, de emular las glorias de su buen padre y de extender los dominios del Islam en Al-Andálus, según con sus palabras demostraba, llevando el entusiasmo al corazón de los muslimes; y convencidos todos de la conveniencia de aquella guerra, por medio de la cual iban á ser rescatadas del poderío y de la servidumbre de Castilla muy feraces comarcas, limítrofes del reino granadino, comunicábanse las oportunas órdenes para que en el plazo más breve estuviese dispuesto el *chund* (1) necesario, lo cual se efectuaba á medida de los deseos del Príncipe el día 21 de la misma luna de Xaâban de aquel año de 701 de la Hégira (2).

El día estaba hermoso.

Despejado y limpio el cielo, brillante el sol, tibio y perfumado el ambiente, apacible y suave la brisa, que murmuraba juguetona, ya entre las aguas del tranquilo Darro ó rizando la superficie de las acequias caudalosas que fecundan la Vega, ya entre las ramas con que empezaba la primavera á engalanar sus árboles.

Como encendidas brasas resplandecían allá, casi al Mediodía de Granada, los elevados picos de *Chebel-ax-Xolair* (3), cubiertos de eterna nieve, en los que, cual en un espejo, reverberaban los rayos del

(1) Ejército.

(2) 21 de Abril de 1302.—Era del César de 1340

(3) Sierra Nevada, el monte del Sol.

sol, en tanto que despedían brillantes reflejos las doradas esferas que coronaban los esbeltos alminares de las cien mezquitas de la ciudad, cuya población, alegre y regocijadamente reunida fuera de *Bib-Elbira*, contemplaba los soldados andaluces y bereberes que formaban las fuerzas de la expedición proyectada por el Sultán Mohámmad.

¡Qué hermosa estaba la ciudad vista desde aquellos lugares, algún tanto elevados y desiguales, que rodeaban su murado recinto! ¡Alláh, como dice el poeta, la ha ennoblecido con excelsitud y esplendor, y semeja al vergel que produce admiración cuando comienza á germinar y cuando ya han brotado en él las plantas y las flores! (1).

Satisfecho podía estar el Sultán de sus guazires y de sus caudillos, pues más de quinientos ginetes, envueltos en blancos alquiceles y engalanados como para una fiesta, y cerca de mil peones armados para el combate, se hallaban formados en el espacioso campo que dejaba en su configuración el recinto amurallado de la feliz Granada entre la esbelta *Bib-Elbira* y *Bib-Bonaida* (2).

Aquellos eran los leones de la guerra; su aspecto marcial imponía, y con ellos iban el espíritu de Alláh y la protección de Mahoma (¡complázcase Alláh en él!).

Sobre el adarve, coronando los muros de la fortificación, que ceñía como una loriga el cuerpo de la ciudad, al pié de los bastiones y de los torreones almenados, la multitud se apiñaba resuelta y llena de entusiasmo bendiciendo el nombre del Sultán, á quien aclamaban frenéticamente; sus gritos parecían el eco tremebundo del agitado mar, y por entre aquel confuso rumor sobresalían los albólbolas y otros gritos agudos con que las mujeres demostraban su alegría.

Oprimiendo los lomos de un hermoso corcel; cubierto por la fuerte y resistente cota; ceñido el casco á las sienes, y flotando en torno de su cuerpo, á la merced del aura, el bordado haique; con el rostro regocijado, el ademán severo y confiado, la sonrisa en los labios y los ojos en aquel ejército, que era su esperanza y su orgullo, contemplaba no emoción Mohámmad III las muestras de cariñosa devoción con

) Ebn-ul-Játhib.

) Puerta de la Banderola, llamada después de *San Jerónimo*.

que los granadinos acogían leales aquél, el primer acto de su reinado, como promesa de más árduos empeños para lo futuro.

¡Quién hubiera, sin embargo, podido leer en el fondo del corazón del Sultán de Granada! ¡Pero sólo Alláh el Omnipotente, el Sabio, conoce lo que se oculta en las entrañas de los hombres!

Por eso, mientras la multitud de fieles saludaba extremecida al Amir, aplaudiendo la fortaleza de su ánimo al ir en busca de los nassaríes, Mohámmad dejaba volar el pensamiento inquieto, y su imaginación le presentaba clara y distintamente el pasado de su vida, las íntimas emociones de su existencia, que nadie conocía, y cuyo perfume, trastornador y penetrante, aspiraba en aquella ocasión con singular deleite.

Cuando la voz del muedzin (1), resonando en los alminares de las mezquitas, llamaba á los muslimes á la oración de *Ath-Thójar* (2),—seguido de sus guazires y ordenadas las haces, Mohámmad se puso en movimiento; y dejando á un lado las estribaciones de Sierra Elbira, tomaba el camino de *Chien* (3), solo, marchando á la cabeza de las tropas y embebido en sus pensamientos.

En breve, las ondulaciones del terreno y las nubes de polvo que levantaban los ginetes, borraron á las miradas de los granadinos la retaguardia de las tropas, y un grito de despedida, vibrante y prolongado, que repitieron los ecos y la brisa, resonó en los oídos de los expedicionarios, cuyos pintorescos trajes parecían esmaltar la verdegueante superficie de los campos, vueltos á la vida por el fecundante beso de la primavera.

(1) Muezdin ó almuedano, empleado de las mezquitas, á cuyo cargo están los pgones esteriores.

(2) Oración del medio día.

(3) Jaen.

II

Cerca de una hora llevaba ya de camino el ejército, y Mohámmad, absorto en intimas cavilaciones, continuaba marchando solo, sin compañía alguna, al frente de los suyos, sin que ninguno de los guazires se atreviese á turbar la meditación que le embargaba.

Al fin, y alentado por la amistad que siempre, desde sus mocedades, le había demostrado, sacaba el kátib Abú-Isahack-ben-Chábir adelante su caballo, y emparejando con el Sultán se determinaba, no sin alguna vacilación, á dirigirle la palabra.

—¡Oh señor y dueño mio!...—decía Abú-Isahack—¡Haga Alláh descender sobre tu cabeza los tesoros de su bondad infinita y de su misericordia inagotable!...

—¡Ah! ¿Eres tú, mi buen Isahack?—preguntó Mohámmad, fijando sus miradas distraidas en el kátib.

—Sí, yo soy, señor; tu esclavo, que llega á tí con el deseo de que las sombras que envuelven tu espíritu se disipen, y la luz de tu mirada haga brotar la alegría en el corazón de los siervos que te acompañan y te siguen.

—Tienes razón; es cierto...—replicó el Sultán.—Pero nadie mejor tú conoce el vuelo de mi pensamiento, ni puede penetrar la emo- que me domina... ¿Crees tú que me sea dado mandar á mi cora- que calle, á mi imaginación que deje de presentarme llenos de

vida, de animación y movimiento los cuadros de un pasado lisonjero, y que tengo autoridad para impedir á mi pensamiento que traspase los límites del presente, se recree en lo que fué y penetre atrevido en las regiones de lo que será? ¡Ah, no, no, Isahack! ¡Es imposible!...

—Bien lo veo, señor—repuso el kátib respetuosamente.

—Los años han pasado por el desierto de mi vida como el pesado camello pasa lenta y acompasadamente en la fila de una caravana la extensión arenosa é interminable del *Sahara*... La nieve ha empezado á caer sobre mi cabeza, pero no ha apagado el ardor de mi pecho; y á pesar de los hilos de plata con que blanquea mi barba, siento latir mi corazón apresurado, como cuando hace ya diez y seis años me acompañabas tú á los dominios de Castilla!... ¡Ah Mariem, Mariem! ¡Qué ingrata fuiste conmigo, y cuánto daño me has hecho!

«¿Te acuerdas tú—prosiguió el Sultán después de breve páusa—te acuerdas de la última vez que la ví?—¡Cómo ha pasado el tiempo! Mi buen padre (¡Alláh le haya perdonado!), á consecuencia de la pérdida de Málaga, ciudad de que se había apoderado el Sultán de los Beni-Merines, trató de atraerse la amistad del Sultán de Castilla, Xanchol-ben-Adhefunx, y aprovechando yo aquella favorable coyuntura, marché á Ixbilia, donde Mariem se encontraba... ¡Qué hermosa estaba! Sus ojos azules, como el cielo sin nubes, parecían luceros resplandecientes; sus labios, rojos como la flor del granado, dejaban ver, cuando se entreabrían para sonreir, aquellos blancos, iguales y menudos dientes que semejaban, al lado de los labios, gotas de rocío; su cuello y su garganta, mórbidos, flexibles, elegantes como el cuello del cisne; sus mejillas, que el rubor coloreaba, eran más finas que el raso que fabrican en Granada; su talle esbelto, su pecho prominente, sus manos, que parecían ramos de jazmines, y su aliento embriagador, que me trastornaba y enloquecía!...

»Cuando de noche abría misteriosa y callada las puertas de su ventana y á través de la tupida celosía fijaba en mí sus miradas, sentía arder todo mi cuerpo; y cuando sus labios murmuraban aquell[as] frases de amor, que no olvidaré nunca, te juro, Isahack, y así All[áh] me perdone, que habría dado todas las dulzuras del Paraíso eter[no] por haber permanecido al pie de aquella reja toda mi vida!...

»¡Aún me parece que oigo su voz, aquella voz suave, dulce y melodiosa, que no podrán imitar nunca las huríes celestiales! ¡Aún resuena en mis oidos el grito desgarrador que partió de sus labios cuando, ébrio de amor, loco por la pasión y sin saber lo que hacía, le declaré que no era por cierto el rendido galán que á sus plantas suspiraba lo que ella había creído! Cuando supo el abismo que entre nosotros abrían nuestras creencias, y dándome á conocer, le propuse abandonar á Ixbilia para volar á Granada, donde á ambos nos esperaba sonriente la felicidad eterna en nuestro amor profundo y verdadero!»

—¡Cuántas veces, señor—interrumpió Isahack—he recordado la escena que traes á la memoria, al verte discurrir, triste é insensible, ora por las caladas galerías de tu palacio, ora por entre las apretadas filas de combatientes en la guerra!

—¡No la he olvidado, no!—continuó Mohámmad.—Su imágen deleitosa quedó para siempre grabada en mí corazón, y cuando me anunciaste que, casada y con hijos, se hallaba tan cerca de mí, en Al-Mantdar, ya has visto la premura con que he volado y vuelo hacia ella!... Por Alláh te juro, que si la suerte corona mis afanes, no volverá Mariem á separarse de mi lado! ¿Qué importa que su cuerpo virginal haya sido profanado, si guarda en el alma el recuerdo de nuestro amor?... En balde he esperado que el trascurso del tiempo calmase mis angustias... ¡Todo ha sido inútil, y ahora me parece que, como hace tantos años, voy á volver á verla, detrás de aquellas celosías, y tiemblo en este momento, cual entonces, enamorado y loco!...

—¡Oh, señor mío!... Refrena el ardor que te arrebata: que la tranquilidad vuelva á tu pecho! De otra manera, venderás tu secreto, el secreto de tu vida, que nadie sospecha.

—¡Ni nadie ha de sospecharlo nunca, Isahack!—exclamó el Príncipe con ademán amenazador.—¡Pero no sé si sabré contenerme cuando la vea!... Estará muy cambiada... Acaso la luz divina de sus ojos se ya oscurecido: que la mujer es flor brillante y delicada, el cierzo los años la marchita en breve, y es mucho el tiempo que ha pa-lo desde que no la he visto! ¿Me reconocerá ella?... ¿Qué dirá al me?... ¿Habrá conservado memoria de mí? Ella, que tanto me

amaba, ¿no me habrá aborrecido y no habrá desechado como pesadilla fatigosa y terrible la imagen de aquél que tan tiernamente la adoraba? ¡Que Alláh me ilumine!... ¡Porque creo que la alegría de volver á verla y de pensar que ha de ser mía, me vuelven loco!

No contestó nada el kátib Isahack, y dejando que el Sultán prosiguiera entregado á sueños tan deliciosos, cuya realización pretendía, caminó al lado de Mohámmad sin pronunciar palabra.

Las tropas, entre tanto, seguían marchando aceleradas, según lo consentía lo accidentado y escabroso del terreno y sin dar muestras de fatiga.

A la caída de la tarde detúvose el ejército, y después de ligero momento de descanso, durante el cual permaneció Mohámmad sin apearse de su cabalgadura y devorado visiblemente por la impaciencia, volvióse á emprender la caminata con el mayor orden y en medio del silencio más profundo.

Ya bien entrada la noche habían traspuesto los expedicionarios las fronteras de Granada, hallándose en los dominios de Castilla; y á favor de la luna, que iluminaba dulce y apaciblemente el espacio, fuéles dado distinguir, en la cima del encrespado monte que á su frente como barrera inexpugnable se levantaba, los cubos, las murallas y el desigual y blanco caserío de la fortaleza de Al-Mantdar, que aparecía á sus miradas dormido con tranquilo sosiego bajo el amparo de la robusta alcazaba, cuya torre principal dibujaba limpiamente sus contornos y su almenada crestería sobre el azul sereno de los cielos.

Al contemplar Mohámmad el cuadro pintoresco que ofrecía la población, contuvo instintivamente su caballo, y dirigiéndose de pronto al kátib, exclamó, señalando con un ademán la fortaleza:

—¡Allí está!... ¡Sí! ¡Allí está Mariem!... ¡Dentro de poco estará en mis brazos y para siempre!

Y mandando hacer alto á su ejército, mientras disponía que parte de sus ginetes recorriesen el campo para impedir que la plaza pudiera ser avisada antes de tiempo de la presencia de los granadinos, dividía el resto de sus fuerzas en dos cuerpos, los cuales comenzaron silencio á subir por distintos lados la áspera montaña, para cer por completo á Al-Mantdar y asegurar de tal modo su conquista.

III

A la mañana siguiente, cuando, disipadas las sombras de la noche, la luz del alba hizo palidecer primero y borrarse luégo en el espacio la nacarada luna, los tranquilos habitantes del pequeño y fortificado pueblo de Al-Mantdar despertaron sobresaltados, viendo con asombro coronado el monte por los guerreros del Islam, y todo fué confusión y desórden en la plaza.

La escasa guarnición, al mando del alcaide don Sancho Sánchez de Bedmar, apareció en el adarve dispuesta á resistir á los enemigos de su religión y de sú patria; pero éstos eran más poderosos, y no se ocultó, en manera alguna á don Sancho, lo imposible que habría de serle, en aquella posición, aislado por completo y sin comunicaciones de ningún género, el rechazar á los muslimes, que tan inesperadamente le atacaban.

No era tampoco su ánimo el rendirse; y por esta razón, en tanto que multiplicaba la vigilancia, apercibíase á la defensa por cuantos medios encontró á su alcance, esforzando los ánimos y dando ejemplo de serenidad y valentía en tan críticas circunstancias.

Allá, á la parte oriental de la población, rodeada de dobles muros y erizada de troneras y matacanes, se erguía la alcazaba, residencia l alcaide y punto el más fortificado de la plaza.

Sobre su torre principal, erguida y majestuosa, flotaba al ligero ento de la mañana el pendón real de Castilla y de León.

Allí estaba Mariem, y por eso Mohámmad había escogido, para aposentarse, el lado oriental de la plaza; y allí, al pie de aquel torreón, que parecía amenazar su furia, y del cual le separaba hondo y quebrado foso, allí se hallaba el Sultán granadino á la cabeza de sus gentes, mirando con ojos amenazadores la fortaleza de aquellos muros, que había de ceder ante la fortaleza de sus leones del combate.

La agitación que en Al-Mantdar reinaba y se hacía cada vez más sensible, le revelaba claramente la seguridad del triunfo codiciado; y deseoso de poner término á sus angustias, determinábase Mohámmad, por consejo de su guazir Ben-Aly, á mandar á la población un emisario intimando al alcaide que se rindiese.

Fué el kátib Isahack-ben-Chábir á quien tocó encargarse de tal misiva; y colocándose ante los muros de la plaza, demandaba allí, en lenguaje cristianiego, que se presentára el alcaide, lo cual efectuaba, aunque no sin repugnancia, don Sancho Sánchez de Bedmar, acompañado del notario real y de sus dos hijos, Juan Sánchez y Jimén Pérez.

—¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!—exclamó el kátib á grandes voces.—El muy noble, muy leal, muy guerrero y poderoso Abú-Abdil-Láh Mohámmad, Sultán de Granada, me envía á tí para que, reconociendo su fuerza y poderío, le entregues á discreción la fortaleza y la ciudad, so pena de su terrible cólera. Ya ves cuán fácil le es, al frente de sus aguerridas tropas, apoderarse de ella: ya ves lo imposible que te será á tí el resistirle. ¡Ríndete, pues, ¡oh alcaide!, antes de que llegue hasta tí y los tuyos el rayo de su indignación y su coraje!

—¡Basta!—rugió don Sancho avanzando sobre el adarve.—Dí á tu dueño y señor que don Sancho Sánchez de Bedmar no se rinde, y que mientras tenga alientos para empuñar la espada, no consentirá que esta fortaleza y esta ciudad se entreguen al enemigo de su Dios y de su Rey. Díle que no me amedrenta el aparato con que me amenaza; que vale más cualquiera de mis soldados que todos los suy-- juntos, y que no traspasará las puertas de la población en tanto q haya un solo hombre, dentro de estos muros, que pueda gritar cor yo grito: ¡Viva Castilla! ¡Al-Mantdar por el Rey don Fernando!

Y sin esperar respuesta, retiróse del muro don Sancho, seguido de los que le acompañaban.

Cuando Mohámmad tuvo noticia de la valerosa respuesta del alcaide, no fué dueño de ocultar el regocijo que se apoderó de su alma: porque las palabras del señor de Al-Mantdar, eran la sentencia de muerte del que usurpaba al granadino el corazón de su amada.

Tenía ansia de conocer á aquel hombre, de humillarle en presencia de Mariem, de derramar toda la sangre que circulaba por las venas del cristiano, para ahogar en ella la furia de los celos que le poseía.

Porque aquel hombre, que se llamaba dueño de la mujer por él amada, que podía verla á todas horas y podía gozar de sus caricias, era, aunque sin conocerle, su personal enemigo, y ansiaba el momento de romper con sus manos aquel señorío y apoderarse de Mariem, á quien había rendido su corazón y su alma.

Por esta causa, pues, y oyendo sólo la voz iracunda de los celos que le devoraban, formadas las batallas de guerreros, avanzó amenazador hacia la población, estimulando con su ejemplo á los soldados.

Mas, abriéndose de rebato las puertas de la fortaleza, salían en tropel de ella como hasta cien peones, á cuyo frente caminaba erguido y sereno el alcaide, y daban de tal suerte sobre los granadinos, que, sorprendidos éstos por lo inesperado del ataque, cejaban al primer choque para rehacerse en breve.

De corta duración fué la lucha; pero sangrienta y empeñada.

Atacaban los de don Sancho con el valor de la desesperación y se revolvían furiosos contra los musulmanes; pero vencidos por el número, viéronse al fin forzados á volver á la ciudad, desde cuyos muros defendían su retirada, con toda clase de proyectiles, los que no habían tomado parte en la salida.

Animados por el triunfo, y despreciando el riesgo, acercábanse al foso los granadinos; y tendidos sobre él los troncos de algunos árboles, trepaban denodados por la muralla, llegando algunos á salvar almenas y penetrar en el recinto de la población, desde donde ojaban los sitiados los cadáveres informes de los atrevidos asaltes al campo de Mohámmad.

Batidas al propio tiempo las murallas, lograban no sin pérdidas los musulmanes aportillarlas, abriendo en ellas brechas; pero los pechos de los valientes nassaríes reemplazaban con ventaja las derribadas piedras, y al cabo de la jornada, Al-Mantdar seguía ostentando en lo alto de la alcazaba el estandarte real flotando al viento.

Cuando el sol, cansado de aquel sangriento espectáculo, desapareció tras de los elevados montes que allá en el horizonte se extendían, mandó el granadino suspender el ataque, con el propósito de renovarlo á las altas horas de la noche y cuando los sitiados al-mantdaríes menos lo esperasen, cesando así todo ruído y retirándose Mohámmad á su tienda, armada á no larga distancia de las fortificaciones por el lado de la alcazaba.

Clara y templada era la noche; la luna se destacaba espléndida y brillante sobre el fondo azulado del firmamento, y la brisa discurría silenciosa por entre los arbustos que crecían en las tajadas y breñas del empinado cerro.

Allá, en el fondo del valle, la vista se espaciaba contemplando en vagas ondulaciones la fértil campíña que cerraban por Oriente y Poniente como una ensenada gigantescos montes, cuyas crestas caprichosas á la luz apacible de la luna se recortaban fantásticas, semejando extrañas figuras; y brillando cual reluciente espejo, veíanse correr á no larga distancia las tranquilas y sosegadas aguas del río formado por la confluencia de las vertientes de la cordillera que, internándose al Mediodía por Granada, iba por la cora de Málaga á terminar en el mar de Siria (1).

Hermosa era la perspectiva que desde las alturas ocupadas por Mohámmad y sus tropas se distinguía; no sin razón llamaban á aquel lugar que ahora tenían cercado los granadinos *lugar de buena vista* (2), pues con dificultad podría gozarse de otra más deleitable.

La naturaleza allí parecía querer mostrar su prodigalidad y su exuberancia, y en medio de los sembrados, que fecudaba el río, se

(1) El Mediterráneo.

(2) No otra cosa parece significar el nombre arábigo de *Al-mantdar*, trocado fué en Bedmar por los cristianos.

alzaban bosques de olivos, erguidos álamos y multitud de arbustos que con extensos viñedos y alegres huertas llenaban el valle, de que obtenían pingües frutos los pueblos fronterizos del reino de Castilla.

Inquieto, sin acierto para sosegar su espíritu, impulsado quizás por fuerza superior á su propia fuerza, Mohámmad se ahogaba en el estrecho recinto de su tienda de bordada sedería. La debil luz del candilillo de azofar que ardía pendiente del centro de la estancia, apenas si conseguía desvanecer con su dudosa claridad las sombras que envolvían al Sultán, claras y trasparentes al lado de las negras sombras que tenían invadida su alma.

Abrasábale la impaciencia y le desesperaba la lentitud con que las horas caminaban, no pareciendo sino que se burlaban de su angustia.

Al fin, no pudiendo contenerse, alzó la cortina que cerraba la tienda, y haciendo llamar á su kátib predilecto Abú-Isahack, abandonó con él los reales.

—Dentro de breves momentos, señor—exclamó el kátib viendo que Mohámmad permanecía callado—serás dueño de Al-Mantdar, y tuya será la joya que codicias... ¡Que la luz de la felicidad duradera, y ya tan próxima, borre para siempre lo sombrío de las tintas que empañan tu semblante!

—Alláh te oiga, Isahack—replicó el Sultán.—Pero tú no puedes comprender lo intenso del fuego que arde en mis entrañas... Soy como aquel peregrino del desierto á quien la sed acosa y se siente débil, postrado y sin fuerzas para llegar al cercano oásis que le brinda toda suerte de venturas. Sí. ¡Ya sé que en breve mis valientes granadinos habrán penetrado en esa ciudad, que es para mí el edén! ¡Pero pensar quizás que en estos mismos momentos Mariem se halla en los brazos de otro hombre que no soy yo, es pensar en las dulzuras del Paraíso desde las horrendas profundidades del *chahaem* (1) maldito!

—No desesperes, ¡oh, señor mío! La hora se aproxima—dijo

(1) El infierno.

Isahack, acomodando su paso al de Mohámmad... ¿Sabes tú acaso si Mariem en estos instantes habrá vuelto á tí los ojos?...

—¡Silencio!—clamó el Sultán deteniendo con imperioso ademán á su kátib... Me parece que he oído pasos... Sí... no me equivoco...

Y echando mano á la espada, torció á la derecha iracundo y decidido.

Los pasos se escuchaban, con efecto, resonar sobre las rocas; y desenvainando Isahack también su espada, se incorporó á su señor de un salto.

Pocos momentos después, un bulto cuya calidad y cuyas formas ocultaba lo desigual del terreno, apareció á la vista de ambos, marchando, no sin precauciones, en dirección del campamento.

Parecía, por el camino que llevaba, proceder de la población sitiada, y cuando la luz de la luna cayó sobre él, pudieron Mohámmad é Isahack convencerse de que no era por cierto de los suyos el que ante sus ojos se aparecía.

Antes de que hubiera podido conocer la presencia de los musulmanes, Isahack se había lanzado sobre el nocturno viajero, y poniéndole en la garganta la afilada hoja de su alfanje, le intimó que se rindiese.

—Bien ves que no me es dado otra cosa—replicó el desconocido, sin hacer esfuerzo alguno por desembarazarse y con acento bastante tranquilo.

—Pues bien; dínos quién eres y cuál es la causa de que te encontremos rondando por estos sitios en momentos tan solemnes para Al-Mantdar—prosiguió Isahack sin soltar al aparecido.

—Eso haré de buen grado—contestó éste—cuando me dejes en libertad de hablar.

A una seña del Sultán dejó el kátib de oprimir la garganta de aquel hombre, quien avanzando hacia Mohámmad, exclamó:

—Por vuestro trage y vuestro modo de hablar, conozco que s[illegible] de las gentes del Sultán de Granada, que tiene cercada esta fortal[illegible] En busca iba del Sultán, de parte de mi señora la alcaidesa, para [illegible]tregarle una carta y volver en seguida con la respuesta, á fin de s[illegible]

garla. Hacedme, pues, el favor de acompañarme ó de guiarme al sitio donde pueda encontrar al Sultán para cumplir mi encargo.

—¡Alláh es quien te guía, oh nassarí!—dijo Mohámmad—pues te ha puesto en mi camino. Yo soy el Sultán para quien tu ama te ha entregado la carta á que te refieres. Entrégamela sin temor.

No sin grande vacilación resolvióse el cristiano á entregar la carta de doña María, y aún no lo habría hecho, si el terrible Isahack no le hubiera forzado á ello con la hoja de su alfange.

Llevó Mohámmad á su corazón y á sus labios la misiva de la alcaidesa; y, trémulo por la emoción, desgarró la nema, y á la luz de la luna, que era harto clara, pudo leer la carta, que decía:

«Si de aquel tiempo pasado en que decíais, señor, ser mi más sumiso esclavo, los azares de la vida han dejado en vuestro corazón huella ó recuerdo alguno, yo os ruego, señor, por el amor que me tuvísteis, por el amor que sin conoceros os tuve, por las risueñas ilusiones que forjó para nosotros nuestro deseo, yo os ruego, señor, que abandonéis esta empresa, mezquina y miserable para un Monarca tan poderoso como vos lo sóis, pues vencer á Al-Mantdar es lo mismo en vos que luchar el águila potente con la indefensa paloma.

»Si accedéis á mi súplica, si pueden aún en vuestro corazón mis palabras, señor, yo bendeciré mientras viva vuestro nombre como el del más noble, el más excelso, el más piadoso de los hombres, y pediré á Dios que os otorgue benigno todas las alegrías que devolveréis al angustiado pecho de la que en un tiempo llamásteis vuestra

María.»

—¡Oh, cuán engañada estas, Mariem!—exclamó en arábigo Mohámmad.—¿Crees, por ventura, que puedo yo ahogar la voz de mi sangre, que te llama? ¿Crees tú que podré vivir en la oscuridad eterna á que me has condenado, cuando me bastará tender el brazo para poseerte?... ¡No te has olvidado de mí, no!... ¡Pero te acuerdas é invocas nuestro amor, que en mí no se ha extinguido ni se extinguirá ja-[illegible], para pedirme un imposible!...

¡Cristiano!—prosiguió hablando ya en algarabía—dí á tu señora la suerte ha hecho me encontrases antes de lo que pensabas, y el Sultán de Granada ha leído su carta...

—¿No le diré más, señor?...—preguntó el emisario.

—Sí... Díle que yo también tengo memoria... Que Alláh, al nacer los hombres, les traza de antemano el camino que deben seguir en la vida... Que lo que ha de ser, será; no hay duda en ello.

Y despidió con majestuoso ademán al emisario de doña María Jiménez.

Cuando hubo desaparecido y el rumor de sus pasos se extinguió por completo, Mohámmad asió con fuerza del brazo á su kátib, y tornaron ambos apresuradamente á los reales sin pronunciar palabra.

IV

Ya en la tienda del Sultán, hizo éste avisar á sus guazires y caudillos, y dictadas las últimas disposiciones, con el mayor sigilo comenzó á moverse la tropa.

Por acaso de la fortuna, sin duda, una nube aislada, que flotaba en los espacios, ocultó por algún tiempo la luz de la luna; y á favor de la sombra fuéles dado á los granadinos acercarse á la fortaleza, de donde de vez en cuando se escuchaba surgir clara y distintamente la voz de *alerta* que daban los centinelas en sus puestos.

Utilizando así las grietas y asperezas del muro, como las quiebras que en él durante el día habían logrado hacer los sitiadores,—con el mayor silencio, escogido un punto de la muralla, conseguía, no sin esfuerzo, trepar al adarve uno de los muslimes, quien sorprendiendo al fatigado centinela, dábale allí pronta y segura muerte; y desliando después el tendido turbante, al modo que en los primeros días de la invasión se efectuaba en Córdoba, trepaban con mayor desembarazo algunos granadinos por la improvisada escala, en tanto que el grueso de la fuerza de Mohámmad se dirigía á la puerta prin-
)al de la ciudad, custodiada por los cristianos y el mismo alcaide
persona.

Trabada la lucha y batidos los al-mantdaríes dentro y fuera de la
.za, el triunfo no podía ser dudoso; pero decididos á vender caras

sus vidas, ni reparaban los nassaríes en el número de los contrarios, ni la efusión de sangre les intimidaba; antes, por el contrario, acreciendo su valor ante el peligro, reñían como leones en defensa de sus hogares, en tanto que, abierta una de las poternas de la alcazaba—de la cual habían conseguido posesionarse los granadinos que asaltaron las murallas—penetraba por ella el resto de la fuerza, sembrando por la ciudad la desolación y el espanto.

La luz del incendio, que prendió bien pronto en el miserable caserío, claramente demostraba á los nassaríes que era para ellos llegada la hora de la muerte; por esta causa, pues, abandonando don Sancho la puerta que defendía, encaminóse todo trémulo y lleno de ansiedad hacia la alcazaba, por cuyas ventanas y troneras salía á torrentes la lumbre de las antorchas que agitaban los vencedores.

A la cabeza de los muslimes habían penetrado por la poterna de la alcazaba el Ṣultán y su kátib predilecto, desnudas las espadas; y subiendo apresuradamente las escaleras del edificio, recorrían agitados las estancias del mismo, buscando á la infeliz doña María Jiménez.

—¡Oh!—exclamaba Mohámmad—¿será posible que toda esta sangre sea estéril y que no me sea dado estrechar en mis brazos el cuerpo de esa mujer que es mi tormento?

—¡Aquí!—gritaba enarbolando en la siniestra una antorcha, cuyo rojizo resplandor iluminaba sombríamente los muros del edificio.—¡Aquí! ¡Luz!

Y seguido de Isahack y de algunos bereberes, penetró al cabo en una estancia ancha y espaciosa, pero abandonada, á cuyo extremo se abría una puerta, cuyos batientes no cedieron al impulso poderoso de su brazo.

Bien pronto á los esfuerzos de los soldados cedió la puerta, y ante los ojos asombrados del Imám apareció lujoso camarín, en cuyo fondo, en pie, agitada, empuñando un arma defensiva, se alzaba, rodeada de algunas doncellas, altiva y orgullosa, una mujer herm[illegible] como un sueño...

Detúvose Mohámmad al contemplarla, y conteniendo Isaha[illegible] la muchedumbre, que pretendía lanzarse dentro del aposento, ad[illegible]

tóse el Sultán, penetrando en él con muestras de marcado sobresalto.

Pero antes de que hubiera podido acercarse á la dama, dos hombres, dos niños, mejor dicho, le interceptaron el paso esgrimiendo el acero.

—¡Atrás, infame!—gritó uno de ellos, encarándose con el Sultán.

Pero Mohámmad, desviando al mancebo, avanzó como fascinado hacia la dama, al propio tiempo que las gentes del granadino se apoderaban de los jóvenes, y desarmándolos, á pesar de su resistencia, los dejaron bajo la custodia del kátib Isahack.

—¡Vienes á gozarte en tu hazaña!—exclamó doña María, pues ella era la mujer que tenía ante sus ojos asombrados el muslime.

—¡No, Mariem!—gritó éste con trémulo acento.—¡Vengo á tí como el arroyo va al río, como el río va al mar, como las nubes siguen el impulso del viento! ¡Vengo á tí sin darme cuenta de mí mismo! ¡Para no separarme nunca de tí, para ser tu esclavo!

Y volviéndose á Isahack, hízole una seña, y la soldadesca, llevando consigo á los dos mancebos, salió del aposento guiada por el kátib, dejando en él al Sultán y á las mujeres que rodeaban á doña María.

—¿Has olvidado, por ventura, ¡oh Mariem! el incendio abrasador que encendiste en mi pecho, y el amor inmenso que hicieron tus encantos nacer en mi alma?—prosiguió Mohámmad animándose.

—¡Calla!—replicó doña María.—¡No profanes la gloria que has conseguido con este triunfo miserable insultando á tus víctimas!... Tú eres mi enemigo, el enemigo de mi Dios, el enemigo de mi patria, el enemigo de mi ventura y mi reposo! ¡Y osas traer á la memoria recuerdos que maldigo!... ¡Oh! ¡No sabes cuánto te aborrezco! ¡No sabes cuánta es la repugnancia que me inspiran tus palabras!... Dueño eres de mi vida, pues estoy en tu poder, pero no me impongas el tormento insufrible de escucharte...

—Oye, Mariem, y no destroces mi pecho...—murmuró Mohám-d lleno de zozobra al oir en boca de su amada aquellas frases.

—¿Quieres que te oiga? ¡No!... ¡Antes la muerte!... ¡Yo era feliz, eliz y dichosa al lado de aquél que Dios me dió por señor y por

compañero, al lado de mis hijos, que eran mi orgullo y mi alegría, y tú, tú, maldito de Dios, tú has sido quien ha destruído en una hora toda mi felicidad, todas mis alegrías, todas mis esperanzas! ¿Y quieres que te escuche, quieres que manche mis oídos oyendo tus palabras, cuando sólo he recibido de tí males sin cuento? ¡Oh! ¡Antes de que tus verdugos, antes de que tú ni nadie ose poner sus manos en mi cuerpo, sabré con este acero arrancarme la vida!

—¡Por Alláh—replicó el granadino—que no esperaba que tus labios profiriesen para mí tan terribles ofensas!... ¡Si tú supieras Mariem, cuánto he sufrido desde que no te veo! ¡Si conocieras lo horrible de los tormentos que han conmovido mi vida desde que en Ixbilia, bien me acuerdo, hace ya diez y seis años, me arrojaste de tu presencia cuando te abrí mi corazón y te mostré el fuego intenso que por tí me devoraba!... ¡Y quieres que después de tantos años como he callado, de tanto tiempo como he sufrido, quieres que hoy, que te tengo en mi poder, renuncie á mi felicidad y á mi dicha!... ¡Ya ves cuán imposible es lo que deseas!

—¡Por tí—añadió—sólo por tí, he armado mis valientes granadinos para combatir esta fortaleza! Porque sabía que en ella estabas, y porque los mal dormidos recuerdos de aquellos días, que pasaron y son mi gloria, se despertaron poderosos, irresistibles en mi ser, impulsándome á volar á tu lado. ¡Sí! ¡Por tí ha corrido la sangre de mis valientes, por tí el fuego siniestro del incendio alumbra hoy esta población, y por tí habría derramado hasta la última gota de la sangre de los hombres todos del mundo, si ella hubiera sido necesaria para tenerte en mis brazos!

—No será eso, ¡por Dios!... rugió detrás del Sultán una voz robusta y poderosa, impregnada de amenazas.

—Y ¿quién habrá de impedirlo?—contestó Mohámmad volviéndose rápidamente.

—¡Yo!—clamó don Sancho Sánchez de Bedmar, penetrando en la estancia cubierto de sangre y con la espada en la mano.

—¡Tú! ¿Quién eres tú, para oponerte á mi voluntad?... Preguntó colérico el muslime.

—Soy el único señor de esa mujer á quien amedrentas; soy á n-

cho Sánchez de Bedmar, alcaide de esta población que has rendido por la alevosía; soy quien te hará pagar cara tu soberbia. ¿No me esperabas?... ¡Ah, no, no! ¿Has creído logrado tu triunfo, completa tu hazaña, porque tus soldados se han apoderado de mis hijos, porque han vencido á dos niños sin fuerzas para resistirles?. . ¡Brava hazaña, por Dios, la tuya! ¡Rendir con todo tu poder una fortaleza sin defensa, vencer á niños inocentes y amenazar mujeres!...

—¡Te equivocas, Sancho! ¡Sí! ¿Eres tú, por ventura, el hombre que me ha robado el amor de Mariem, el hombre que gozaba de sus caricias?... ¡Oh! ¡Por Alláh que ansiaba el momento de hallarte en mi presencia!...

—Poco se ha conocido, infiel, cuando no has ido á buscarme en la pelea, y como la astuta zorra penetras en mi hogar, hiriéndome por la espalda, creyendo triunfar impunemente de mí, como has triunfado de los míos. Pero aquí me tienes... Todo lo he oído, y sé ya que lo que apeteces no es la posesión de esta fortaleza, sino la de la madre de mis hijos. ¡Ven, pues, á disputármela, si tienes corazón para ello!

Y arrogante, amenazador, terrible, Sancho Sánchez se colocó delante de doña María, cubriéndola con su cuerpo.

Las doncellas, aterrorizadas, habían huído, y la infeliz dama, con los ojos extraviados, la garganta seca y el corazón oprimido, no acertaba á moverse del sitio en que se encontraba.

Mohámmad, entre tanto, había cruzado su espada con la del castellano, y ambos luchaban desesperados, locos de coraje.

De pronto abrióse con estrépito la puerta principal del aposento; y antes de que el Sultán y el alcaide hubieran podido impedirlo, Isahack, con algunos de los suyos, penetraba en el camarín, y apoderándose de don Sancho los unos, mientras los otros asían á doña María Jiménez, desaparecían como rápida exhalación con su presa.

—¡Cobarde!—rugía don Sancho haciendo inútiles esfuerzos para arse de los que le oprimían y dirigiéndose á Mohámmad.—¿Es la lealtad de que blasonas tú y blasonan los tuyos? Si esto hace Rey, ¿qué harán, infame, sus vasallos? ¡Arráncame la vida! ¡Que

mis ojos no vean mi deshonra!... ¿No ves cómo te insulto? ¡Es que quiero que me mates!

—¡Isahack, Isahack!—gritaba al propio tiempo Mohámmad—¡Deja en libertad á ese hombre! ¡Quiero que muera por mi mano! ¡Ay de aquel que ose tocar á un solo cabello suyo!

Pero Isahack no contestaba, y en vano fué que el Príncipe le buscara por todas partes.

Parecía haber desaparecido en el abismo con los cautivos que en tan alto grado interesaban á Mohámmad.

V

Alegre y placentera, como si con su lumbre pura hubiese de iluminar escenas de felicidad y de dicha, poco tardó el alba en aparecer por el Oriente, extendiendo silenciosa y risueña por el valle y las alturas su manto esplendoroso, que matizaban los primeros rayos del sol naciente.

Triste, muy triste era el aspecto que ofrecía Al-Mantdar en tal momento, después de los sucesos horribles de aquella noche de espanto y de pavura: escombros negruzcos y humeantes, paredes grieteadas, edificios derruídos é informes, habían reemplazado en breves horas á aquel blanco y tranquilo caserío que, al amparo de la alcazaba y de los torreados muros, parecía asomarse sobre ellos para contemplar desde allí la deliciosa perspectiva que el campo le brindaba; y aquella población confiada, llena de esperanzas y de vida, que alentaba gozosa y sin recelo dentro del fortificado recinto, se había trocado en turba de cautivos ó montones de ensangrentados cadáveres, cuyos mutilados cuerpos por todas partes se encontraban.

El ángel de la destrucción y de la muerte había batido sus alas asoladoras sobre Al-Mantdar, y ya sólo de ella quedaban horribles ·nas.

Bajando iban en dolorosa peregrinación por el monte, inermes, ·ngojados y sollozantes los nassaríes cautivos, entre los valerosos os de Granada.

Allí iban, lanzando tristísimas quejas y abundoso llanto, las mujeres, en confuso tropel, seguidas de sus ganados y de todas sus riquezas, de que se habían apoderado los muslimes victoriosos.

Y allí, sujetos los brazos por fuertes ligaduras, descubierta la cabeza y ensangrentado, iba también á pie el alcaide Sancho Sánchez de Bedmar, llevando al lado, oprimidos como él, á sus hijos los jóvenes mancebos Juan Sánchez y Jimen Pérez.

Mudos, sombríos, con la muerte retratada en el escarnecido rostro, pálida la color y el triste corazón lleno de congojas, marchaban los tres formando un sólo grupo.

Delante de ellos, al lado del Sultán de Granada y de su kátib predilecto Isahack, caminaba sobre un caballo la gentil doña María, cuyos ojos extraviados vagaban por todas partes, y cuyas manos desfallecidas apenas bastaban para retenerla en su montura.

Contaba aquella mujer poco más de treinta y un años, y el tiempo había sido para ella tan benigno, que no había dejado en su semblante encantador huella alguna de su paso.

Azules como el cielo en días de calma eran sus ojos, y tan dulces y atractivos, que no podía mirárseles sin emoción y embeleso; semejaban cuando los abría, á través de las doradas y sedosas hebras de sus pestañas, sagradas y esplendentes lámparas de oculto santuario.

Parecía su faz rosada perla de Oriente, y el aura fresca de la mañana, agitándose en torno, devolvía benéfica sus matices á las rosas que esmaltaban sus mejillas.

Su boca, breve y contraída por el disgusto, se ofrecía como un rubí, y los cabellos, como el oro de Tibar, caían sobre su tersa frente por bajo de la toca que la encubría.

El arco de sus agudas cejas fruncidas, el óvalo de su rostro peregrino, la blancura de sus manos delicadas, la morbidez excitante de sus formas redondas y gallardamente contorneadas, que se dibujaban á través del traje, todo hacía de aquella mujer una criatura superi-- semejante á aquellas creadas por Alláh en el Paraíso para deleite los musulmanes.

Brillaban en sus ojos, trasparentes cual fúlgidos diamantes,

lágrimas y los sollozos; y los suspiros, levantando su pecho, buscaban fácil salida por sus secos y amoratados labios.

Silenciosa y triste, sin pronunciar palabra, caminaba entre Mohámmad é Isahack, sin que despertára su atención, divertida en profundas cavilaciones, lo hermoso del panorama que ante ella se abría á cada paso.

En vano los ojos del Sultán buscaban en los de la hermosa cautiva un rayo de esperanza; insensible á cuanto la rodeaba, parecía que su espíritu había volado á otras regiones.

Al fin, y no pudiendo contenerse, Mohámmad exclamó con acento conmovido:

—Enjuga, ¡oh señora mía! el llanto que vierten tus ojos y resbala abrasador por tus mejillas... Sólo tu dicha es lo que mi alma ambiciona... Yo rodearé tu existencia de placeres inextinguibles; yo haré brotar para tí las flores de la alegría, y te haré tan feliz con mi cariño, que cuando Azrael separe tu cuerpo de tu alma y te trasporte á los jardines inagostables del Paraíso, te parezcan mezquinas las alegrías del cielo al lado de las que para tíreserva mi corazón enamorado.

No desplegó sus labios la cautiva para contestar al Sultán; pero fijando en él los apagados ojos, fué tal la angustia que revelaron sus miradas y tan severo el reproche que Mohámmad leyó en ellas, que, sin darse cuenta de su emoción, acercó al de Mariem su caballo y prosiguió, diciendo:

—Sí, Mariem.. Mi conducta, que hoy te parece abominable, será mañana el mejor testimonio de mi acendrado amor. ¿Crees tú que quien haya por una sola vez contemplado tu belleza, quien haya sentido en las entrañas el fuego abrasador que derraman tus ojos, puede en momento alguno de su vida olvidar tus encantos? ¿Crees tú que yo, que he sido tan feliz escuchando tu voz sonora y argentina, que he merecido que tus labios me sonriesen, que tu lengua me confesara que no te era indiferente, que á la luz de la luna te he hecho mil juramentos y protestas de cariño, por tí no rechazadas, crees que odría vivir sin aspirar tu aliento, sin beber en tus labios húmedos y brasados el néctar delicioso de la vida, sin estrecharte entre mis ·azos, sin sentir los latidos de tu corazón sobre el mío, sin embria-

garme con el encanto irresistible de tus miradas fascinadoras? ¿Por qué me desdeñaste? ¿Por qué me rechazaste, cruel, cuando te descubrí mi religión y mi estirpe, si nuestras almas, libres é independientes, se habían unido en amoroso lazo sobre las mezquinas preocupaciones que apartan á las criaturas en la tierra?... ¿No sabes que Alláh y tu Dios son uno solo; que Mahoma é Isa, tu Jesús, son enviados de Alláh y que su espíritu es el espíritu del Señor del Trono excelso? ¿No sabes que tu María y la Mariem que mi ley reconoce como madre de Isa, es una misma?...

«¡Ah—prosiguió exaltándose—si hubieras escuchado mis ruegos, si hubieras aceptado el amor del siervo de Alláh como aceptaste el de quien creías cristiano! ¡Cuán feliz habrías sido y seguirías siendo, y cuán dichoso no me habrías hecho á mí, en cuyo corazón has reinado siempre como señora absoluta! Pero serás feliz, sí, Mariem, serás feliz, porque Alláh así lo ha dispuesto; porque el tesoro de amor que en mis entrañas guardo, permanece intacto: tú fuiste la única mujer que despertó mi alma al amor, y tú serás la única que reconozco por dueño para siempre.»

—¡Callad, por Dios!—exclamó al fin Mariem.—Callad, impío, que no puedo escucharos sin que la sangre se me enardezca y se subleve. ¡Me habláis de felicidad, á mí, cuando huyó para siempre de mi lado la ventura! ¡Cuando vuestra ciega é infame pasión ha destruído el edificio de mi dicha; toda mi gloria, cifrada en el amor de aquél que ante mi Dios, que no es el vuestro, me juró amor eterno, y en el de aquellos pedazos de mis entrañas que me habéis arrebatado! ¡No, no evoquéis recuerdos de otros días! Mis ojos no podrán ya sino verter amargas lágrimas; mi corazón sólo odio respira para el asesino cruel de mi ventura, para el traidor que osa escarnecerme así, porque me hallo impotente y sin defensa. ¡Sin defensa! ¡Porque si vuestros satélites malditos no se hubieran apoderado de mi esposo, si no hubiesen ligado sus brazos y los de mis hijos, á estas horas, Mohámmad, estaríais dando á Dios cuenta de vuestra alevosía! ¿Por qué no desligá[illegible] los brazos de mi señor y dueño? ¿Por qué no armáis su diestra co[illegible] espada? Porque sóis tan cobarde como bajo, ¡porque sóis tan r[illegible] como miserable, y le tenéis miedo!

—¡Miedo! No, Mariem, no tengo miedo á ese hombre á quien llamas tu señor, olvidándote de mí, que lo soy de ambos. ¡Yo sólo tengo miedo de tu impiedad y de tus rigores! Y para que veas que mi corazón no tiembla sino ante tí, quiero que Sancho Sánchez recobre la libertad, para disputarle cuerpo á cuerpo tu posesión: Alláh esforzará mi brazo en la pelea, siendo tú el premio de la victoria, y no podrás decirme entonces, como acabas de hacerlo, que el Sultan de Granada tiene miedo á hombre alguno.

Y revolviendo con rápido ademán su caballo, dirigióse á la escuadra en que iba el alcaide con sus hijos.

Detúvose allí un momento, y sacando de la bordada váina de terciopelo la afilada hoja de su gumía, encaróse con don Sancho.

Refrenó también sorprendida Mariem su cabalgadura, y llena de sobresalto volvióse hacia los cautivos en el instante mismo en que Mohámmad ostentaba en su diestra la gumía.

—¿Vienes á acabar de una vez mis tormentos?—preguntó don Sancho con ronca voz, al contemplar delante de sí y armado al granadino.—¡Haces bien, por mi vida, en librarme de carga que tanto me abruma! ¡Acaba, pues, tu hazaña!

Inclinóse el Sultán sobre el cuello de su caballo, y cortando de un solo golpe las ligaduras que sujetaban al cristiano, replicó, en tanto que recobraba su posición y guardaba la gumía:

—Ya ves, don Sancho, cómo no vengo á lo que presumías y deseas. ¡Estás en libertad! Sí, en libertad; ya no eres mi cautivo.

Al escuchar tales palabras y hallar libres sus manos, no se movió el alcaide; sus ojos interrogadores se fijaron en el semblante de Mariem, que permanecía algún tanto apartada, y erraron breve punto del rostro de su esposa al del granadino.

—¡Libre!—dijo al cabo, cruzando los brazos sobre el pecho.—Y ¿para qué quiero yo la libertad, si te llevas, infiel, la prenda de más estima que yo tengo; si me arrebatas mi honor y con él el de mis jos, á quienes veo cautivos? No te muestres benévolo á tan poca sta, ¡oh, Mohámmad! Dame una espada para que pueda con mi li- rtad cobrar lo que me has robado, ó mátame más bien, porque no ıedo soportar la vida que me ofreces!

—¡Matarte!—repuso el Sultán.—¡No, no quiero matarte! ¡No quiero que los ojos de Mariem, á quien adoro, viertan lágrimas por tí; ella es quien te devuelve la libertad que yo te otorgo!

—¡Ella!—exclamó don Sancho vacilante.—¡Ella también! ¡Oh, qué pronto olvidaste, señora mía,—añadió adelantándose á doña María—los sagrados vínculos que nos unen y el amor inmenso que te tuve! ¡Cuán presto has olvidado esas dos tristes memorias vivas de nuestra pasada felicidad para entregarte en brazos de la lascivia! ¡Maldita! ¡Maldita seas! ¡Amparo busques y no le encuentres; seco se vea el campo que pisares; infecto se vuelva el aire que respires, y que en tus oídos resuene siempre el eco de mi voz y el de la de tus hijos, que conmigo te maldicen! ¡No tenga Dios piedad de tu alma, y cuando llegue la hora de tu muerte, la maldición de Dios te siga en el otro mundo, para que penes por una eternidad lo horrible de tu falta!

Y los sollozos ahogaron su voz, en tanto que dos lágrimas, gruesas y trasparentes, rodaban por sus mejillas, resbalando luégo por la bruñida cota.

—¡Os engañáis, don Sancho, mi señor y mi dueño amado!—gritó Mariem trémula y aterrada;—¡os engañáis, señor, suponiendo lo que debió quemar vuestros labios al ofenderme! ¡Yo no he solicitado vuestra libertad sino para que me defendáis como cosa vuestra que soy y seré mientras aliente!

—¡Por Alláh, cristiano—intervino Mohámmad—que Seti-Mariem dice verdad!... Si te he vuelto la libertad, ha sido para que, conociendo tú el amor que la profeso, me disputes su posesión... ¡Sea la que tú llamas tu esposa el premio del que venciere!

Y arrojando su espada á los pies de don Sancho, se apeó de un salto del corcel y cogió de manos de Isahack el arma que ya éste le presentaba desnuda.

—¡Plaza, plaza!—rugió el Sultán esgrimiendo el acero en torno suyo y trazando con él extenso círculo en el espacio.—Que nadi[illegible]a osado, nadie, ¿lo oís? á intervenir en este combate... ¡Quier[illegible]e aquel que triunfe sea dueño también de esa mujer y de sus hijos [illegible]a siempre! ¡Que nadie se oponga, si Alláh me tiene abiertas las pue[illegible]as

del Paraíso, á que este cristiano se retire en libertad con los suyos donde mejor le pareciere!

Y echando atrás con ligero movimiento el haique que le envolvía, Mohámmad esperó arrogante á su contrario.

—¡Ahora te conozco, señor!—exclamó don Sancho—¡ahora veo que eres noble y digno de medir tu espada con la mía!

Y sin pronunciar más palabra, en medio del palenque que, cristianos y muslimes, formaban agrupándose en derredor de los dos adversarios, Mohámmad y don Sancho cruzaron los hierros, mirándose feroces cara á cara. Mariem en tanto sofocaba sus sollozos, y á través de las lágrimas que anublaban sus ojos, tenía con viva ansiedad fijas sus miradas en aquellos dos hombres que iban á jugar la vida por ella, y su corazón latía vivamente, elevando á Dios el pensamiento para rogarle concediese á don Sancho la victoria.

El silencio era profundo; habría podido escucharse el volar de la brisa, y el sol, brillante y espléndido, como corona de la naturaleza, presidía aquella extraña escena, que nadie hubiera sospechado.

Trabada la lid entre ambos paladines con igual coraje, era difícil augurar el resultado.

La sangre corrió en breve manchando las vestiduras de uno y otro, pero su esfuerzo no aparecía quebrantado por ello; antes, por el contrario, pareció enardecerles, y los golpes se duplicaron, y creció el denuedo, como creció la furia de Mohámmad y don Sancho.

Al fin, con terror por parte de los unos y alegría por la de los otros, el alcaide cayó pesadamente en tierra.

Gritos atronadores se alzaron de todas partes, y Mohámmad, recogiendo su espada, que había soltado al desplomarse el alcaide, exclamó con satisfacción mal comprimida:

—¡Estaba escrito!... ¡Alláh es justo! ¡Alláh es sabio! ¡Alabado sea Alláh, Señor de los dos mundos!

Y abriéndose paso por medio de los que le rodeaban, corrió á ·de estaba Mariem, recibiéndola en los brazos desmayada.

VI

La oración de al-magrib (1) voceaban desde los alminares de las mezquitas los muedzanos, cuando Mohámmad penetraba en son triunfal por *Bib-Elbira* (2) en Granada, seguido de sus leones de la guerra.

El pueblo se agolpaba á las celosías de los ajimeces y á las bocacalles de la estrecha vía que seguían los triunfadores, lanzando gritos de entusiasmo y de alabanza para el Sultán, cuya primera expedición coronaba el éxito más completo.

Cuando llegaron á la cabeza del puente sobre el Darro, que ponía en comunicación la ciudad con la al-medina de la Alhambra, la muchedumbre era tanta, que fué preciso detenerse.

Al fin, y en medio de las muestras de alborozo de los fieles, pudo pasarse el puente, y subida la cuesta de *Bib-Aluxar*, después llamada de Gomeles, cruzóla en breve el ejército, á cuya cabeza marchaba ufano y gozoso el Sultán, saludando á la multitud.

Allí, excitados los caballos por la pendiente, tomaron el galope, y subiendo por *Bib-al-godor* (3), llegaban á las puertas del alcázar,

(1) Oración de la puesta del sol.

(2) La puerta de Elvira, que conserva todavía su nombre en Granada.

(3) La puerta y torre de los Siete Suelos, hoy destruida.

donde esperaban al Amir los guazires que no le habían acompañado en aquella gazúa tan felizmente terminada.

En la esplanada que se abría entre el palacio y el Al-Hissan (1) tendiéronse las tropas, dejando en el centro los cautivos y los ganados, y después de pasar el Sultán breve revista, entróse en el alcázar, á donde le siguieron sus guazires y kátibes, y los caudillos militares que en la empresa de Al-Mantdar le habían seguido.

Hecho el reparto del botín, reservábase de él sólo Mohámmad, como parte del quinto que le correspondía, á la hermosa Mariem, sus hijos y las doncellas de su servidumbre, cediendo generosamente el resto á los caudillos; con lo cual, y habiendo deseado quedar solo, abandonaron la estancia del palacio los cortesanos, no sin haber antes el Príncipe dado órdenes al kátib Isahack para que se aposentase en el alcázar á la desdichada cristiana con las demás mujeres de su servicio, y en paraje distinto y reservado á los dos mancebos Juan Sánchez y Jimén Pérez.

Larga pareció á Mohámmad aquella noche, durante la cual en vano pidió al sueño que cerrara benéfico sus párpados.

Extraña agitación le dominaba; y presa de poderosa excitación, ansiaba que las primeras luces de la mañana iluminasen el espacio.

Desde el para él feliz momento en que, declarándose Alláh en favor suyo, había postrado en tierra al alcaide de Al-Mantdar, Mariem, aun recobrada del desmayo de que se sintió acometida al contemplar á su señor y dueño de aquella suerte, no había vuelto á dirigirle la palabra, permaneciendo como insensible á sus ruegos y á sus demostraciones de cariño.

¿Sería para el Amir aquella mujer, tanto tiempo codiciada, su desesperación y su tormento?

¿No podrían vencerla las pruebas de cariño que iba él á tributarle, como débil reflejo del amor que le poseía?

¿Sería quizás inútil todo lo hecho, estéril la gazúa é infructuosa la sangre que se había vertido sólo para conseguir Mohámmad a derarse de aquella celestial criatura?

(1) Las torres de la Alhambra, donde actualmente se halla constituido el presid

¡Qué hermosa estaba en medio de su dolor y de su pena!...

No era, es verdad, aquella muchacha alegre y recelosa como la gacela, pero modesta y dulce como un ensueño, que él había conocido y amado hacía diez y seis años: su rostro virginal había adquirido cierta graciosa majestad que realzaba sus encantos; sus formas se habían redondeado, ganando en morbidez lo que pudieran haber perdido en frescura.

Pero sus ojos eran siempre los mismos: parecían dotados de fuerza maravillosa, y ora brillasen alegres, ora se mostraran lánguidos, ya esmaltados por el rocío de las lágrimas, ya contraídos por el enojo ó por la cólera, atraían poderosa é irresistiblemente, encadenando la voluntad y aprisionando el alma de aquel que los mirase.

La ocasión en que Mohámmad había vuelto á verla, era bien distinta de aquellas otras en que él solía contarle sus afanes: ni los labios, ni los ojos de Mariem podían, como en otro tiempo, sonreirle, y muy por el contrario, ella le había ultrajado con sus palabras; pero ni los desdenes ni los ultrajes habían aminorado la pasión que el Príncipe sentía por aquella mujer, que era su gloria.

Cuando el sol del siguiente día, que era el 24 de la luna de Xaâban (1), derramó los tesoros de su lumbre sobre la gentil Granada, apresuróse Mohámmad á abandonar el lecho, y aunque el dolor de las heridas que había recibido al luchar con el alcaide Sancho Sánchez de Bedmar le molestaba, no por ello dejó de purificar su cuerpo tomando un baño, con el cual logró alguna calma para su excitada naturaleza.

Después, y habiendo atendido con particular esmero á su persona, encaminóse al aposento, algo distante de la cámara en que él vivía, donde por orden suya se encontraba Mariem con sus doncellas.

No era entonces el alcázar de los Al-Ahmares el suntuoso palacio que después contemplaron con envidioso pasmo los nassaríes, cuando para desdicha del Islam cayó en manos de los Sultanes de Castilla la ––rla y encanto de los muslimes, la Damasco del Mogréb, la her- ɔsa Granada!

(1) Martes, 24 de Abril de 1302.

Sobre los muros que guarnecían las estribaciones de la colina donde después Yusuf I erigió la fastuosa y egrégia Torre de Comárex, no se erguían, mirando al bosque, aquellas elegantes construcciones que honran la memoria de Ismaîl I, y, sobre todo, la de Mohámmad V (¡Alláh les haya perdonado!); desnudo el adarve allí construído desde los tiempos de Omar-ben-Hafsun y de Saguar-ben-Hamdun, sólo se veían de trecho en trecho algunas torrecillas que parecían defender, como la de *Mohámmad ó de los Puñales*, pequeños *ad-dares* independientes, hallándose reducido el palacio á aquellas otras estancias que más tarde, y para vergüenza de los nassaríes, mandó destruir el Káisar Carlos *Al-Jams* (1) para edificar su alcázar, no terminado aún, y que Alláh no consentirá nunca se termine.

Así, pues, saliendo desde la cobba principal, al que hubo más tarde de convertirse en *Patio de la Alberca*, y era entonces amenísimo jardín, torció Mohámmad á la izquierda y penetró por una puerta de pequeñas dimensiones en el *ad-dar* donde Mariem se hallaba.

Como todas las construcciones de los muslimes, era el *ad-dar* de planta rectangular y proporcionada. En el centro se abría un patio cuadrilongo, en mitad del cual había un surtidor de agua constante, y en cuyos extremos longitudinales se hacían en la planta baja sendas habitaciones por bajo de otras superiores que avanzaban sobre el patio por medio de galerías, soportadas por columnillas de resplandeciente mármol.

Daban paso á las habitaciones inferiores dos graciosos arquillos cairelados, llenos de vistosa decoración de yesería, en cuyas *takas* (2), revestidas interiormente de menudo y gracioso alicatado que parecía fino esmalte, se miraban elegantes jarrones de airosa traza y pintada superficie, conteniendo cada uno de ellos, ora ramos de perfumadas violetas y otras flores de la estación, ora agua fresca y deleitosa de los algibes abundantes de la Alhambra.

Anchos arriates recorrían los lados mayores del patio, y en ellos

(1) El César Carlos V.

(2) Los nichos que según errada creencia se denominan equivocadamente *balcheros*.

verdegueaban agradablemente multitud de plantas olorosas, no llegadas aún á la época de su eflorescencia, así como, sobre labrados maceteros de barro, circuían el surtidor central gran número de plantas, entre las cuales, ofreciendo peregrino aspecto, abrían sus hojas anchas, verdes y lustrosas el plátano y el banano.

Cuando Mohámmad penetró en el patio, el sol, brillante y poderoso, resbalaba alegre por el muro de una de las galerías que se adelantaban á los lados de aquél, jugueteando con las ramas de un jazmín trepador que envolvía placentero el ajimez superior y cayendo luégo sobre las losas de mármol del pavimento.

No se escuchaba en el *ad-dar* otro ruido que el murmullo apacible de la fuente; y trasponiendo el Sultán el arco de la derecha, entraba en la cámara á que aquél daba paso, donde le salía al encuentro uno de los esclavos que había puesto al servicio de la hermosa cautiva.

A la presencia del Imám prosternóse en tierra el esclavo con muestras del mayor respeto, y dirigiéndose á él, preguntóle Mohámmad por la dama, procurando contener y disimular la emoción de que se sentía dominado.

—¡Oh, señor y dueño mío!—replicó el esclavo—Seti-Mariem, aquella cuyos ojos brillan como el astro del día, aquella en cuyos labios parece haber depositado Alláh el secreto de todos los placeres, aguarda de seguro tu presencia, cuando la luz del sol la ha sorprendido asomada al ajimez de la *cobba* que le has destinado por morada.

Trémulo y agitado subió el Príncipe la estrecha escalera que, abriéndose entre el muro exterior y el interior de la tarbêa, comunicaba con el piso alto, y poco después se detenía delante de una puerta sin osar franquearla.

Al fin, y tras breve vacilación, atrevióse á abrirla haciendo el menor ruido posible, y entonces sus ojos contemplaron un cuadro que conmovió su ser entero.

Cubrían las paredes de aquel aposento riquísimas telas de Da-masco, tejidas de oro y sedas, con los colores más brillantes y los dibujos más peregrinos; fingía el zócalo de las paredes vistoso alicatado de geométricas combinaciones, y recorría como un collar el *arro-*

cabe de la estancia un friso de madera, en el que la mano experta del artista había trazado expresivos letreros, cuyos signos de oro resaltaban brillantes sobre el menudo fondo de gracioso ataurique de variados tonos, que se destacaba sobre otro segundo fondo rojizo y del mejor efecto.

De alerce era la techumbre, dispuesta en forma de artesón con doradas *aloharias* en los ángulos; y las complicadas combinaciones de estrellas enlazadas, en cuyos intersticios brotaban caprichosas flores de oro, mientras las cintas de las estrellas se veían cuajadas de fulgurantes botoncillos; la multitud de colores allí armónicamente empleados, juntamente con la gallarda tena de auríferos encajes que resplandecía en el centro de la techumbre como el sol en medio del espacio, y la elegante corona de luz, cuyos vasos de variados matices giraban en torno de un orbe de cristal, como las estrellas giran en torno de la luna—producían maravilloso efecto, adormeciendo los sentidos con su magnificencia.

Sedosos y mullidos divanes, de exuberante forma y ricos paños de oro, adornaban la estancia; y el pavimento se hallaba cubierto por hermosa alfombra persiana de preciados dibujos, en tanto que embalsamaban el ambiente graciosos braserillos de azófar levantados sobre pies de calado adorno, braserillos en los cuales se quemaban el ámbar y el almizcle, el incienso y el áloe, que despedían combinados gratísimo perfume.

Allí, vestido aún el traje en que había salido de Al-Mantdar; reclinada sobre los almohadones de un diván; con la cabeza apoyada en la derecha mano, abierta de manera que casi le ocultaba la faz, mientras pendía la izquierda á lo largo del cuerpo; en actitud postrada y sollozante, descubrió Mohámmad á la hermosa Mariem, sintiendo á su presencia renovarse las angustias que le habían atormentado durante la noche.

Sentadas en la alfombra, con la cabeza apoyada en otro de los divanes de la estancia, rendidas de cansancio, dormitaban otra[illegible]os mujeres de la servidumbre de Mariem, cubiertas aún con el [illegible]aje cristiano como lo estaba su ama.

Fué tan leve el ruído que produjo el Sultán al abrir la pue[illegible] y

penetrar en la estancia, que ninguna de aquellas tres mujeres hizo el más ligero movimiento.

Acallando los latidos de su corazón y el rumor de sus pasos, que amortiguaba sobradamente la espesa alfombra, llegóse Mohámmad á las dos muchachas dormidas, y despertándolas con el mayor cuidado, indicóles con imperioso ademán la puerta.

Alzáronse en silencio las cautivas atemorizadas, y obedeciendo al Príncipe, salieron del aposento sin que la hermosa Mariem pareciera advertirlo.

Cuando Mohámmad quedó solo con la castellana, cruzóse de brazos contemplándola, sin osar despertarla.

Al fin, cediendo á los impulsos de su pasión, adelantó un paso y cayó de rodillas á los pies de la bella, apoderándose de aquella mano blanca, fina y modelada que pendía inerte.



VII

Como herida del áspid, irguióse de un solo impulso la cristiana rechazando al Sultán; y poniéndose de pie y mirándole con ojos llenos de sangrientos reproches, exclamó con reconcentrado acento:

—¡Cómo! ¡Vos! ¡Todavía vos! ¡Dios mío, esto es horrible!

Y entrecortando su voz las mal comprimidas lágrimas, rompió á llorar en silencio, cubriendo el rostro con ambas manos.

—Sí—replicó Mohámmad sin alzarse del suelo.—¡Todavía yo, siempre yo, hermosa Mariem! ¡Mírame aquí, á tus plantas, como el esclavo delante de su señor, como el siervo de Alláh delante del Misericordioso! ¿No me esperabas? ¿Podría yo vivir sin contemplarte? ¡Aquí, siempre aquí, á tu lado, á tus plantas como ahora, para que mis ojos se recreen en tu belleza; para que mi aliento se empape en el suave y celestial perfume de tu hermosura; para que mis labios te digan siempre cuán grande, cuán inmenso es el amor que me devora!

—¡Me dáis horror! ¡Callad, callad, asesino! ¿Cómo osáis insultarme hablándome de esa pasión maldita, cuando habéis dado muerte nte mis ojos á mi señor y dueño, cuando mis hijos gimen bajo el so del cautiverio que vuestra desatentada impiedad les ha impues? ¡Salid de mi presencia! ¡Salid, y no volváis jamás delante de ta infeliz mujer á quien tanto daño hacéis, y cuya única culpa fué

la de haberos oído cuando traidoramenre os fingísteis cristiano para seducirme!—dijo Mariem ahogando sus lágrimas y cayendo sin fuerzas sobre el diván de que se había levantado.

—¿No volver á verte?—repuso el Sultán alzándose y tomando asiento al lado de la cautiva.—¡Deliras, Mariem! ¿No sabes que estás en mi alcázar, en mi poder, que eres mía y que no podré consentirte que hables delante de mí de otro señor que yo, que lo soy tuyo para siempre? ¡He implorado á tus pies compasión, alentado por la vaga esperanza de que mis palabras pudieran conmoverte; he evocado en tu memoria los recuerdos de un pasado que yo no olvidé jamás, y has permanecido y permaneces á mis súplicas y á mis llantos dura como la roca, implacable como el destino! ¡Y, sin embargo, Mariem, aquel á quien tratas tan cruelmente, puede mandar y puede hacerse obedecer! ¡Pero yo no emplearé jamás contigo la violencia, aunque la fuerza está en mi mano! ¡Quiero que así como la lumbre se propaga por el contacto, se propague á tí el inextinguible fuego que me consume há tanto tiempo; quiero que seas mía queriendo tú serlo... Anhelo que me ames como yo te amo, porque para mí nada hay fuera de tí en el mundo!

Y enardecido y estimulado por sus propias palabras, el Sultán procuró rodear con sus brazos el talle de la cristiana Mariem.

Pero ésta le rechazó enérgica, y abandonando con un movimiento rápido el diván, corrió hacia el ajiméz que daba sobre el bosque.

—¿Huyes de mí?—exclamó con amargura Mohámmad.—¿Por qué desoyes mis súplicas? ¿Por qué me rechazas, si nadie, nadie en el mundo puede amarte como yo te amo? ¡Oh, Mariem, Mariem! ¿No te basta el verme postrado á tus piés; no te basta el verme humillado ante ti, á mí, el Sultán de Granada, que te brinda, no sólo con su amor, sino con un mundo desconocido de placeres que habrán de durar tanto como nuestra peregrinación por el valle de la vida, y que se perpetuarán luégo en las mansiones deleitosas de *Al-Chanát* (1), donde nos encontraremos para no separarnos nunca? ¡Que tus c[illegible], tus divinos ojos, donde parece haber reconcentrado Alláh todo su -

(1) El Paraíso.

der, me miren como me miraban hace tantos años! ¡Que tus labios, tan puros, tan placenteros cual entonces, se entreabran para mí en agradable sonrisa! ¡Que tu voz resuene otra vez en mis oídos con aquella dulce armonía con que contestabas á mis frases de cariño, cuando aún no se había ajado la flor de tu pureza!...

—¿No me oyes?—prosiguió con exaltación progresiva.—¿No hay para mí siquiera leve señal de que acoges benévola mis insinuantes palabras? Ven, ven aquí, Mariem—añadió, levantándose y dirigiéndose al lugar donde la cautiva continuaba trémula.—¡Ven, tú que eres mi encanto, el tesoro de más valía de cuantos pueden existir en la tierra; tú, que has sido, eres y serás mi amor único! ¿No habrá nada que pueda borrar de tu memoria cuanto has debido olvidar, cuanto debes considerar como una pesadilla, para no acordarte sino de la pasión que encendiste há tanto tiempo en mi ser, enloqueciendo mi cerebro, y que me trastorna y hace el más feliz de las criaturas?

Y como continuase Mariem silenciosa, llegó hasta ella el Príncipe extendiendo sus brazos, al propio tiempo que sentía extremecido el corazón de extraño modo.

—¡Atrás!—gritó Mariem, conteniendo á Mohámmad.—¡No intentes que ceda nunca á tus reprobados intentos! ¡Ya sé que no tengo nadie que me defienda, que estoy en tu poder y que eres dueño de mi vida! ¡Pero no consentiré que tus manos, teñidas con la sangre de mi desventurado señor y esposo, cuyo cuerpo abandonaste á las aves en el campo, no consentiré que me toquen! ¡Tú no puedes calcular, no puedes comprender, cegado por la pasión brutal que te domina, la horrorosa repugnancia que me inspiran tus palabras y tu presencia! ¡Asesino de mi esposo, atrás, ó antes de que te acerques á mí sabrás á dónde llega el valor de los cristianos!

—Basta de súplicas—rugió el Sultán, enardecido y colérico por aquella resistencia que no esperaba.—¡Basta ya de humillaciones, M-riem! ¡Oh, tú no me conoces cuando desafías así mi coraje, cuan- contestas con ultrajes mis palabras de cariño, cuando me rechatan duramente! ¡Yo te amo con locura, con ceguedad, con delirio! -a tí sólo hay en mi corazón tesoros de amor... ¡Ay de tí, Mariem,

si haces que este avasallador sentimiento que me posee y me subyuga se trueque por tu mal en aborrecimiento! ¡Ay de tí entonces, porque haré que vengas á mis plantas humilde y desolada, que te postres á mi presencia invocando mi piedad y me brindes con tu amor y con tus brazos, que ahora me niegas con implacable saña! ¡No me conoces, no, Mariem! ¡No despiertes al león que duerme tranquilo y confiado en la selva espesa! ¡No me rechaces destruyendo mis sueños, mis esperanzas, mis ambiciones de toda la vida, que tú hiciste germinar en mi alma y que son mi dicha!

—¡Nada conseguirán de mí vuestras amenazas! Sóis el más fuerte, sóis el más poderoso y me tenéis en vuestras manos! ¡Podéis disponer de mi vida, de esta vida que para mí es carga harto pesada! ¡Y así como antes he rechazado vuestras súplicas, así como antes sólo han conseguido éstas mi indignación, vuestras amenazas no lograrán tampoco de mi pecho cosa distinta!

—¡Alláh te ampare, insensata!—replicó el Príncipe.—¡Tú misma eres la causa de tu perdición! ¡No te quejes luégo de tu destino! ¿Crees, infeliz mujer, que el Sultán de Granada carece de medios y de fuerza para vencerte? ¿Tan pronto te has olvidado de tus hijos?

—¡Mis hijos!... ¡Dios mío!... ¿Qué intentáis?... Decid, señor, ¿qué horrible amenaza encierran vuestras palabras?... ¿Todavía puede haber para mí tormentos mayores que los que estoy sufriendo?—exclamó la cautiva con ronco acento, secos los ojos y el seno palpitante, volviéndose angustiada y sorprendida al Sultán.

—¿Lo ves, Mariem?—dijo éste sin deponer su enojo.—¡Qué bien sabía yo que en breve cederían tu obstinación y tu fortaleza! ¡Tus hijos, sí! ¡Ellos harán mejor que yo que te rindas á mis deseos! ¡Ellos harán que aquí, de rodillas, implores de mí lo que no estoy dispuesto á concederte mientras me niegues lo que tanto y tan ardientemente codicio!

—Pero—añadió la dama, no vuelta aún del estupor que se h…a apoderado de ella al ver mezclado el nombre de sus hijos en aq… a intriga, y pasando las calenturientas manos por el rostro—per… o haréis nada contra mis hijos... ¿Qué daño os han causado ellos? ¿… é

culpa tienen esos pedazos de mi alma para que cebéis en ellos vuestra sangrienta furia?

—¡Y me lo preguntas, Mariem!—dijo el Sultán.—¡Me lo preguntas, y esos engendros abominados de *Xaythân* son la causa de los acerbos dolores que experimento y me trastornan! ¡Ah, Mariem! ¡Tú no has amado nunca! ¡Si hubieras amado, conocerías lo horrible de la batalla cruenta que están librando en el fondo de mi pecho los celos! ¡Por ellos, por el que llamas tu señor y tu esposo, y cuyo recuerdo es mi mortal enemigo, te niegas á mi amor y me preguntas qué culpa tienen tus hijos para excitar mi cólera!

—Oye—prosiguió lentamente y con duro acento, haciendo que cada una de las palabras que pronunciaban sus labios penetrase como un puñal en el angustiado pecho de la dama.—Voy á dejarte á solas con tu conciencia... Voy á librarte de la presencia de este hombre á quien tanto aborreces y que tanto te ama... Dentro de dos horas, ¿lo oyes? de dos horas, volveré de nuevo, y volveré con tus hijos... Si entonces no premias el afán que me devora, la pasión que me enardece y atormenta; si entonces no me prometes ser mía para siempre, ¡por Alláh (¡ensalzado sea su nombre!) por Alláh el excelso te lo juro! ¡Ay de tus hijos, Mariem! ¡Ay de tus hijos!

—¡Detente!...—exclamó la castellana, viendo que el Sultán se alejaba con calculada lentitud hacia la puerta.—¡Detente, hombre cruel! ¿Qué has dicho?... ¡Mis hijos! ¿No te basta la sangre que has derramado de su padre? ¿No te basta con la desolación que has llevado á mi alma? ¿No te basta con la noche tristísima y oscura en que has trocado el día esplendente de mi vida? ¡Mis hijos! ¡No! ¡No tocarás uno solo de sus cabellos! ¡No es posible que tu locura llegue á ese extremo! ¡No! ¡Tú no puedes decir eso con verdad; tú no puedes gozarte en el martirio de esta infeliz mujer que te amó un tiempo! ¡Sí! ¡Recuerda, Mohámmad, recuerda aquellos días serenos y apacibles! ¡Recuerda aquellas dulces horas que trascurrían como ensue-s, en que decías que eran para tí leyes mis palabras! ¿No comprenes que todo ha concluído, que aquella mujer murió, y que ésta que nes delante de los ojos debe sacrificarse por el honor de su nom-e y de sus hijos? ¿No comprendes el abismo que nos separa?

Había doña María pronunciado estas frases atropelladamente, como si no quisiera meditarlas, como si no alcanzase su sentido y le quemaran los labios, con la esperanza de que aquel hombre que se decía su adorador ferviente se sintiera conmovido. Pero el Amir de los muslimes de Granada, haciendo alarde de su enojo, volvió el airado rostro, y con brusco ademán separó á la cautiva sin darle respuesta.

—¿Quieres verme á tus plantas? ¿Quieres que implore á tus piés la clemencia que en tu corazón no debe haberse extinguido?—decía Mariem.—Pues bien—añadió arrastrándose por el pavimento—mírame de rodillas, sí, de rodillas, mira mis lágrimas, que me ahogan; mira mi angustia, que me mata; mira mi desesperación, que me enloquece, Mohámmad! ¡Ten piedad de mí! ¡Ten piedad de mis hijos!

—¡No, Mariem! ¡No hay piedad, no puede haber piedad en mi corazón para quien no la tiene de mí—contestó el Príncipe, no sin sentirse conmovido.—¿Crees que yo no he sufrido nada en estos diez y seis años? ¿Crees que mis dolores, que mis tormentos nada valen? ¿Crees que sólo tú sufres? ¡Ah, no, no, Mariem! Es preciso que vuelva á lucir espléndida y brillante la estrella de nuestros amores! ¡Es preciso que pagues el amor insensato que has hecho nacer en mi alma! ¡Es preciso que seas mía, mía para siempre, ó la sangre de tus hijos será en tu presencia vertida por la mano del verdugo!

Y lanzándose á la puerta de la estancia, llamó desde ella Mohámmad al esclavo, dándole órdenes reservadas para el kátib Isahack-ben-Chábir, su predilecto.

El dolor, la desesperación, el asombro, la indignación, el orgullo ofendido, la cólera, el sobresalto, confundidos con la duda, la esperanza, la ansiedad, y otros sentimientos de análoga y encontrada naturaleza, fluían y refluían alternativamente y de golpe, ora separados, ora juntos, en el quebrantado corazón de la cautiva, reflejándose en su divino semblante, que expresaba la más horrible de las angustias.

No era, en verdad, Mohámmad hombre sanguinario y cruel: no hallaba exhausto su pecho de compasión, ni dejaba tampoco de co moverle la situación horrible de aquella mujer, á quien adoraba; pe

arrastrado por la pasión, enloquecido por la resistencia, enojado por la contrariedad, carecía de aquel sosiego y natural reposo necesarios para comprender cuánto había de odioso y de repugnante en lá conducta que seguía con la cautiva castellana de Al-Mantdar, atento sólo al logro de sus deseos.

Las súplicas, los lamentos, los arrebatos más ciegos, todos cuantos medios ha puesto á Alláh en las mujeres para persuadir, convencer y desarmar á los hombres, todos fueron empleados por Mariem al escuchar las últimas palabras del Sultán y comprender el sentido de las órdenes comunicadas al esclavo.

Ceñudo, imponente, silencioso como la estatua implacable del destino, Mohámmad, con los brazos cruzados sobre el pecho, enconada la mirada y el semblante airado, permanecía en el centro de la estancia, teniendo á sus pies á la cristiana, cuyos hermosos ojos anublaban gruesas, amargas, iguales y trasparentes las lágrimas continuas que por ellos salían á raudales.

Al cabo de no largo tiempo oyóse el ruido de la puerta que abría el esclavo, quien después de comunicar al Príncipe que sus órdenes estaban cumplidas, se retiraba del aposento.

Entonces, descorriendo con mano trémula Mohámmad la celosía del ajiméz que daba sobre el patio del *ad-dar*, aproximóse á Mariem, y asiéndola duramente de una mano, exclamó:

—¡Ven, ven y verás tus hijos!... ¡Ahí están, y esperan la sentencia de tus labios! Tú, tú que les diste el ser, tú serás quien disponga de su vida... Si eres mía para siempre, serán libres y volverán á Castilla colmados de riquezas y serán dichosos... Pero si te niegas, como hasta aquí lo has hecho, á mi amor, entonces...

—¡Sella tus labios!... ¡No pronuncies esas palabras!...—gimió ya sin fuerzas Mariem, á quien el Sultán arrastraba hacia el ajiméz abierto.

Asomó por él la faz desencajada la cautiva, y reprimiendo la agitación inmensa que la poseía, á través de las lágrimas que la cegaban, pudo ver allá en el patio, sujetos con fuertes cadenas de hierro, lívido y demacrado el semblante, desgarrado el traje y con señales evidentes de dolorosa postración, á sus hijos Juan Sánchez y

Jimén Pérez, al lado de quienes se mostraba un personaje sombrío y espantable, de negro rostro, corpulento y de poderosa contextura, en cuyas manos brillaba á los reflejos del sol ancha y cortante espada.

—¡Escoge—dijo Mohámmad desesperado—escoge para ellos ó la vida ó la muerte!

No pudo reprimir Mariem la emoción que se apoderó de su espíritu, y lanzando penetrante grito, se apartó vacilante del ajiméz, antes de que los donceles pudieran verla.

—¡Hijos míos! ¡Almas de mi alma! ¡Espejos hermosos en que miraba, en horas para mí felices, que ya pasaron, reflejada mi ventura!—sollozó la infeliz retorciéndose sobre el diván en que había caído.

—¡Escoge!—repitió el Sultán interrumpiéndola.

—¡Señor, señor! ¡Tened piedad de mí! ¡Tened piedad de ellos!—murmuró Mariem cayendo de nuevo á las plantas del Príncipe y abrazando con sus torneados y temblorosos brazos las piernas del granadino.

—¡Escoge!—volvió á repetir éste extremeciéndose al contacto de aquella mujer.

En vano fué toda resistencia por parte de la castellana; en vano fueron sus súplicas insinuantes: que al postre, desatentada, loca, fuera sí, en medio de sollozos y de lágrimas, la altiva Mariem, estenuada y sin fuerzas, agotada toda la energía de su alma y de su cuerpo, cayó desvanecida en brazos del Sultán, dando de nuevo con su caída el ser á aquellos seres que debían ignorar siempre lo inmenso, lo sublime del sacrificio que por ellos hacía su pobre madre.

—¡Al fin triunfé!—exclamaba Mohámmad estrechando el cuerpo inanimado de la cautiva é imprimiendo en largo y ardiente beso sus labios enardecidos sobre los labios secos y pálidos de la mujer por él tanto tiempo codiciada.—¡Alabado sea Alláh!

VIII

Algún tiempo después, y casi á la par que llegaba á Castilla por medio de los hijos de Mariem la nueva del inesperado rebato de Al-Mantdar, sorprendiendo al joven Ferrando en medio de las deliberaciones de las Córtes de Medina del Campo, allí congregadas para residenciar á la ilustre doña María de Molina—desembarcaba desde Chezira-Tharifa en Medina-Sebta (1) un caballero, cuyo traje y maneras despertaban la curiosidad más viva entre los musulmanes africanos.

Bajo el ferrado capacete que cubría su cabeza, brillaban intensa y sombríamente sus ojos; y aunque lo negro y poblado de su barba demostraba que aún era jóven, hallábase tan demacrado, que no parecía sino que por milagro especial del mismo Alláh había sido librado de las garras de *Malak-al-maút* en el momento de ir este enviado del Señor del Trono excelso á separar su cuerpo de su alma.

Retratábase en el semblante del caballero la expresión inequívoca de amargos dolores y de terribles tormentos, los cuales se trasparentaban en todos sus ademanes, revelando el decaimiento de un íritu otro tiempo animoso y oprimido ahora, sin duda, bajo el peso ;ruelísimos quebrantos.

Ceuta.

Desprendiéndose de los que le cercaban con curiosidad algún tanto impertinente, y en quienes producía notoria extrañeza su persona, incorporábase en cambio el caballero con uno de los fieles muslimes que en su compañía habían cruzado el estrecho de *Az-Zocác*, y después de cambiar con él breves palabras, seguíale en silencio, sin parecer cuidarse de otra cosa que de sus propios pensamientos, llegando tras no largo andar á la alcazaba donde residía el *al-caide*, y en cuyo edificio penetraban el cristiano y el muslime sin haber entre sí pronunciado frase alguna.

A la mañana del siguiente día abandonaba el caballero la plaza de Sebta escoltado por fuerte número de ginetes, y tomando el camino de Tethuán, hacía en esta ciudad breve parada, prosiguiendo luégo su marcha hacia la nueva población de Fez, donde se hallaba el Sultán de los Beni-Merines, Abú-Thaleb, de regreso de la fenecida expedición contra Abú-Zeyyan el de Tremecen, con quien había al fin concertado paces, poniendo término de tal modo á la sangrienta guerra que hasta entonces tuvo divididos á los muslimes del Ifrikia.

Tras de algunas jornadas más ó menos fatigosas, así por lo accidentado del terreno como por lo avanzado de la estación, llegaba el desconocido á las puertas de la corte de Abú-Thaleb, y penetrando en aquella ciudad á la caída del décimo día, presentábase sin pérdida de momento en el palacio del guazir, á quien hacía entrega de las cartas que para él llevaba del *al-caide* de Sebta, consiguiendo al siguiente ser recibido por el joven Sultán, cuya benevolencia hubo de captarse desde luégo, y más aún después de haber leído aquél la misiva que puso en sus manos el caballero.

—¿Vienes, pues, de Al-Andálus, oh nassarí?—preguntó Abú-Thaleb fijando sus miradas en el cristiano.

—De allí, señor, me traen los vientos de mi desdicha, impulsado por la fama de vuestra magnanimidad y de vuestra clemencia—replicó el desconocido con sombrío acento.

—¡Por Alláh, que no vienes engañado! Esta carta atestigua de valor, y plácenme los leones de la guerra como tú al lado mío—d[illegible] el Sultán acariciando su larga y poblada barba.—Pero has dicho q

te traen á mí los vientos de la desdicha, y yo quiero que por mí se truequen en vientos bonancibles, precursores de la lluvia que fertiliza los campos. ¿Cuáles son, pues, tus desdichas?—añadió el Príncipe, acomodándose en la almartaba sobre que se hallaba sentado.

—Señor, mis desdichas, ya que las queréis saber, son tales, que juzgo no podréis oirlas sin que vuestro corazón clemente se apiade... ¡Más grandes son que el hemisferio, más negras que las sombras de la noche, más horribles que el vendabal del desierto, más profundas que los profundos senos de la tierra! ¡Y conmueven de tal modo mi ser, que á su solo recuerdo, señor, siento que el corazón se ahoga en sangre, y que me faltan para luchar las fuerzas!—exclamó el caballero con voz opaca y preñada de lamentos.—¡Cuáles serán mis penas—prosiguió al cabo de breve pausa—cuando por ellas abandono mi patria, cuando desnaturado de Castilla dejo el servicio de mi Rey y señor don Ferrando, á quien Dios guarde, y fiando la vida á las pérfidas olas del Estrecho, salvando riesgos y peligros, vengo á vuestras plantas, señor, para implorar de rodillas que me concedáis vuestra protección y vuestro amparo, á cambio de mi vida!

—Habla—repuso Abú-Thaleb interesado.

—Yo tenía, señor, cuanta ventura puedan codiciar las humanas criaturas en la tierra! ¡Dios, clemente conmigo, habíame deparado la dicha de darme por compañera á la mujer más hermosa de Castilla! ¡Nunca fué mujer alguna amada con igual pasión que la que había encendido ella mi alma, y jamás halló hombre esposa más dulce, más fiel, más honrada ni más virtuosa! Dos hijos, ambos varones, habían sido fruto bendito de nuestro amor, y todo parecía sonreir para nosotros en la vida, cuando tuvo á bien el Adelantado de la frontera castellana poner bajo mi guarda una de las fortalezas más próximas al territorio del enemigo de la patria. ¡Desde aquel momento, señor, comenzaron mis desdichas! Sorprendido cuando menos podía esperarlo, falto de fuerzas para impedir el triunfo de los granadinos, ví con el terror de la esesperación asaltada la villa, asesinados sus defensores, incendia.os los hogares, saqueadas y robadas sus riquezas, violadas las mu.eres, devastados los campos y trocado en espantable ruina lo que oco antes era próspera y floreciente población en la que todo son-

reía! En vano, señor, luché; en vano mis soldados trataron de resistir: ¿hay fuerza alguna que contenga el huracán? ¿Hay dique que refrene el ímpetu asolador del mar embravecido en la tormenta?

Y Sancho Sánchez de Bedmar, pues él era quien se hallaba en presencia del Sultán de los Beni-Merines, con acento cada vez más sombrío, refirió á Abú-Thaleb las peripecias de aquella terrible noche en que Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada había logrado apoderarse de doña María Jiménez, sin ocultarle el caballeresco desenlace, al cual debía encontrarse en Fez, pues herido en la lid á que el granadino le había concitado, sólo deseaba ya vengarse de quien le ultrajaba de modo tan horrible en lo que más quería.

Quedó el Beni-Merín largo tiempo silencioso al escuchar la relación de Sancho Sánchez, conociéndose que se hallaba realmente conmovido por ella; y al fin, levantando la mirada sobre el rostro oscurecido del antiguo alcaide de Al-Mantdar, exclamó con acento breve y pausado:

—Tienes razón ¡oh nassarí! en quejarte de la aciaga suerte que parece perseguirte; pero la clemencia de Alláh es infinita, su poder es incontrastable y su piedad tanta, que es el más misericordioso de los misericordiosos! ¡Ensalzado sea! ¡Vuelve á Él tus ojos y no vaciles! ¡Pídele consejo en el apurado trance en que te hallas, y Él te amparará, porque todo cuanto hay en los cielos y en la tierra es suyo, y no hay rincón alguno de la tierra que para Él no permanezca manifiesto y claro!

—¡Ya lo he hecho, señor!—repuso Sancho Sánchez.—Ya lo he hecho, y por eso, porque él me ampara, llego á vos, para que seáis, como su representante, intérprete también de su voluntad divina!

—¡Por Alláh (¡ensalzado sea!) que no te has engañado al dirigirte á mí!—exclamó Abú-Thaleb.—Dime, pues, qué deseas, y yo te juro en nombre de Alláh, el Único, que ni engendró ni fué engendrado, y en nombre de su santo profeta Mahoma (¡la bendición de Alláh sea sobre él!) satisfacer tus deseos.

—Pues bien, señor—dijo Sancho Sánchez, conmovido ante la ı mesa del Sultán:—siendo tan grandes las obligaciones que tiene p con vos el Amir de Granada, á quien Dios maldiga, ¿no podréis «

girle que os entregue la prenda más querida de mi corazón, por él robada en Al-Mantdar, para restituírmela? Poco es mi vida, ¡oh generoso Príncipe! para pagar merced de tal cuantía; pero no tengo, en cambio, nada que ofreceros.. Tomad, señor, mi vida, pues eternamente será de gratitud y reconocimiento para con vos y vuestros sucesores!

Tras breve momento de pausa, en que el generoso Abú-Thaleb pareció meditar profundamente, alzóse del asiento, y dirigiéndose al caballero, en cuyo semblante se retrataba cruel incertidumbre, pronunció estas palabras:

—Descansa, ¡oh nassarí! de la pena que tan hondamente te aflige. Mi corazón responde á los latidos del tuyo, y verás tus esperanzas satisfechas. Yo te prometo que recobrarás el bien perdido, y quiera Alláh derramar sobre tí los tesoros de sus misericordia, como yo deseo complacerte. Mañana partirá de Fez mi guazir para Granada, y no serán muchos los días que tarde en florecer de nuevo el jardín de amores que en tu alma vive marchito. ¡La paz sea contigo!

—¡Bendito, bendito seáis, señor, una y mil veces!—exclamó Sancho Sánchez, cayendo de rodillas á las plantas de Abú-Thaleb, y besando su mano, mientras surcaban sus mejillas abundantes lágrimas de reconocimiento.—¡Oh, no me habían engañado, no, al decirme que eráis, señor, el Príncipe más magnánimo de la tierra! ¡Que Dios os proteja, que Dios os ayude en cuanto emprendiéreis! ¡No me extraña el amor que os muestran vuestros vasallos, porque Vuestra Alteza es digno del amor de todas las criaturas!

Hizo Abú-Thaleb un ademán de despedida al caballero, y levantándose éste presa de la más viva emoción, corrió á la antesala de la *cobba* donde le había recibido el Sultán, y salió del palacio presuroso y con el corazón henchido de esperanzas, dando crédito á las palabras del Príncipe.

Al día siguiente, con efecto, salía de Fez en larga caravana el guazir Abú-Xohaid, á quien acompañaba gran número de ginetes y unos camellos cargados de riquezas destinadas como regalo á Mo- ·mad III de Granada.

3ien hubiera querido Sancho Sánchez formar parte de la expedi- ı; pero estaba en aquel momento á su lado el mismo Abú-Thaleb,



quien recibiéndole en su confianza, le había hospedado en su propio palacio, como prueba de distinción y de aprecio.

Tal vez, sin aquella circunstancia, el desdichado alcaide de Al-Mantdar se habría arriesgado á partir para Al-Andálus; quizás hubiera tenido alientos para soportar la odiosa presencia de su victorioso enemigo; pero no hubiese sido dueño de sí propio al contemplar á su esposa, y entonces todo para él se habría perdido.

Cuando la caravana que mandaba Xohaid hubo cruzado el río Sebú y se hubo internado en la pintoresca llanura que habitaban las tríbus bereberes de los Benu-Yusuf, los Fandalagua, los Bahlul, los Zuagua, los Machassa, los Guiyata y los Salalchun—Sancho Sánchez lanzó un suspiro y con el corazón palpitante se apartó del ajiméz del palacio, desde donde había contemplado la partida del guazir de Abú-Thaleb.

—¡Que Alláh, que es el más misericordioso entre los misericordiosos—exclamó el Sultán—proteja á Xohaid, y que su clemencia infinita consienta el logro de tus esperanzas!

IX

Mientras demandando en balde en Castilla el auxilio y la protección del Rey Ferrando, Juan Sánchez y Jimén Pérez esperaban en Medina el término de las Córtes congregadas, y el infortunado alcaide de Al-Mantdar, aún no repuesto de las heridas recibidas en el personal combate sostenido con Abú-Abdil-Láh Mohámmad de Granada, veía desde el alcázar de Fez partir la caravana de Xohaid—apartada en la fastuosa córte de los Al-Ahmares, la hermosa Seti-Mariem había cedido, más bien que á los ardientes ruegos del enamorado granadí, á la imperiosa ley de la necesidad, guardando en el fondo de su alma, como en sagrado santuario, el venerado recuerdo de su esposo, á quien juzgaba difunto, y el melancólico y agradable de sus hijos, á quienes había vuelto á dar la vida á costa de su honra.

Desde el alto mirador del *ad-dar* para ella destinado en el palacio de la Alhambra, había uno y otro día visto tendida á sus plantas, bajo el hermoso cielo de primavera, insensible á los halagos del sol resplandeciente y de las frescas aguas del tranquilo Darro, con sus diseminados y blancos edificios, en cuyas azoteas y terrados reverb 'aban fuertemente los rayos del sol; con los altos alminares de sus n zquitas, cuyos domos, exornados de brillantes azulejos y de dorad tejas, así como las manzanas que les servían de gallardo remate, p ecian fundirse; con sus cármenes exuberantes de verdura, de

lozanía y de agradable frescor—había visto la pintoresca ciudad del Genil y del Darro, la elegante Damasco del Mogréb, cuya hermosa y dilatada vega se columbraba apenas tras del cerro del Albaycin, y cuyo guardián constante, el elevado Chebel-ax-Xolair, parecía, con su eterno manto de irisada nieve, colocado en tal paraje por la clemencia del enviado de Alláh (¡la paz sea con él!) para defender de los infieles aquel, el último baluarte del Islam en Al-Andálus.

Correspondiendo á la melancólica tristeza que dominaba el apenado espíritu de Seti-Mariem, durante la luna entera de Ramadhán el engrandecido, aquellas estrechas y tortuosas calles que alineaban en pintoresca y desordenada formación, como senderos impracticables ó grietas no cerradas, el caserío de Granada, habían permanecido silenciosas y solitarias, semejando por tal modo la población un vasto cementerio, una *ráudha* abandonada ó una ciudad desierta.

¡Cuántas veces, al contemplar aquel panorama, se había juzgado Seti-Mariem víctima de alguna pesadilla invencible, y dejando volar el pensamiento reconstruía el pasado, lleno para ella de felicidad y de ventura! ¡Cuántas otras, apoderándose de su alma combatida los genios maléficos, había invocado en su desesperación al mismo Iblis y había sonreído en el oscuro lecho del manso Darro, cuya corriente besaba los pies de la colina *al-hamrá*, al ángel Azrael, que la llamaba desde aquellas profundidades!

Después, cuando con su manto bordado de lucientes estrellas cobijaba benéfica la noche la ciudad de los Al-Ahmares; cuando confundidas en la sombra desaparecían las caprichosas líneas del caserío, el silencio imponente se interrumpía, el aliento vital renacía en Granada con extraños y rumorosos latidos, y á través del oscuro ramaje de los patios y de las apretadas celosías de las ventanas, brillaban con agudos tonos, resplandecientes y vivaces fuegos en las casas, y se escuchaba el resonar constante, la respiración contenida de los fieles, que se desquitaban por la noche del ayuno inquebrantable observado rigurosamente por ellos mientras el sol irradiaba en el espacio.

Durante aquella luna bendita, consagrada á las severas prácticas religiosas de la Cuaresma y festejada en memoria del *Forcán*, Abú-

Abdil-Lah Mohámmad (¡Alláh le haya perdonado!), cumpliendo en parte con la ley, había discretamente dejado cierta libertad á Seti-Mariem, principalmente por el día, rodeándola de las atenciones más exquisitas, por medio de las cuales trataba de reconquistar el corazón de aquella mujer á quien rendía adoración constante.

No se habían en él con la posesión entibiado los sentimientos ardorosos que le dominaban, ni había tampoco palidecido la amorosa llama que en su corazón ardía; pero algún tanto calmado con la realización de aquella aspiración de toda su vida, nunca por él abandonada, aun en medio de los árduos estudios á que se había consagrado antes de heredar el reino granadino—sentía la necesidad de vencer la resistencia de su adorada, de granjearse su cariño, de consolidar su señorío sobre ella por otros medios distintos de aquellos hasta allí empleados.

Con el auxilio de los libros y el de la ciencia de su insigne guazir Abú-Abdil-láh Mohámmad Al-Lahmí, conocedor de las ocultas y manifiestas, no habría sido difícil, sin duda, para el granadino triunfar de la esquivez con que á pesar de todo le recibía Seti-Mariem en su presencia, por más que el ánimo de la hermosa cautiva, ya harto trabajado por los acontecimientos de que había sido víctima, se hallase en cierto modo dispuesto á favor del Sultán; pues el constante espectáculo que á los ojos de la nassarena ofrecía aquella ardiente pasión inspirada por ella, alimentada largo tiempo de recuerdos en la ausencia, y de cuya magnitud atestiguaban, más bien que las protestas del Amir de los muslimes, la decisión con que éste, al conocer la presencia de su amada en Al-Mantdar, se había determinado á recuperar su amor, y sobre todo la nobleza y la hidalguía con que había cuerpo á cuerpo disputado el granadino á Sancho Sánchez la presa con tantas ansias codiciada, no podía menos de impresionarla.

Sólo en el último extremo, cuando á despecho de las muestras i idables y continuadas de su pasión, de los testimonios vivísimos c insensato amor que Alláh había encendido en el corazón del musl e por la nassarena, permaneciese Seti-Mariem sorda á las quejas, á s lamentos y á las delicadas atenciones del Sultán, era cuando

Mohámmad pensaba utilizar aquella fuerza misteriosa que le habían enseñado los libros y la naturaleza.

Pero ¡ay! que los secretos del corazón humano sólo para Alláh el excelso permanecen manifiestos y patentes! ¡Alláh sólo es el que conoce lo que pasa en las entrañas de las criaturas! Por eso, en tanto que Abdil-Láh no había osado interrumpir con enojosa frecuencia las meditaciones á que Seti-Mariem debía hallarse entregada en el *ad-dar* donde vivía, durante la luna entera de Ramadhán—el engrandecido—la esposa de Sancho Sánchez, aunque inclinada á la benevolencia respecto del Sultán, no había en manera alguna consentido en ceder á la voluntad de éste, huyendo de su lado é invocando fervorosa el nombre de Isa.

Cuando las sombras de la noche hubieron borrado por completo las últimas tintas del crepúsculo y la voz del muedzin, desde el gallardo minarete de la Mezquita de la Alhambra, convocaba á los muslimes para la oración de *al-âtema*, pregonando á grandes voces el *al-idzan*, en aquel día memorable, en que daba comienzo la luna de Xagual y terminaba la de Ramadhán con *Al-âid-as-saguir* (1)—después de cumplidas las ceremonias religiosas y las litúrgicas, y de hechas las limosnas que prescribe el rito—con paso furtivo, solo, sin que le acompañase nadie, ni aun su kátib Isahack, cruzaba Abú-Abdil-Láh Mohámmad la distancia que separaba su palacio del *ad-dar* en que, aún rodeaba de su primitiva servidumbre, habitaba la desdeñosa cautiva por quien ardía en crueles ansias.

Como en los días de su pasada juventud, aquellos hermosos días iluminados por la luz encantadora del recuerdo que todo lo embellece, y que no habrán de volver más, latíale el corazón al granadino al solo pensamiento de que iba á volver á ver á Mariem, y de que en aquella noche suprema iba tal vez á decidirse su suerte para siempre.

Sin hacer caso alguno del esclavo que á la puerta vigilaba, atravesó el dintel y penetró en el *ad-dar*, solitario y sombrío á la sazón, como si malak-al-maút hubiera agitado allí sus aterradoras alas,

(1) 30 de Mayo de 1302.

como si el asolador aliento del *simun* hubiera sofocado allí toda existencia.

Fuera, allá, á lo lejos, lo mismo del lado de la al-medina que de la otra orilla del cáuce silencioso del Darro, escuchábase el rumor constante y la algazara con que celebraban los fieles la fiesta de *Al-Fithra*, aquella *fiesta pequeña*, que era como preludio de *al-âid-al-kabir* ó *grande* con que principia la Pascua de Dzu-l-Hicháh.

El alegre ruido de las sonajas y el bullicioso del adufe, el no menor, aunque más grave, del bondir, el melancólico de la dulzáina, el lánguido y prolongado de los cánticos y los agudos gritos de los lelilíes, formaban extraño y singular concierto, que se reproducía en todas las calles y xareas de la población, confundido con el de la axxabeba y el de la quitara, instrumentos todos, con el rabé y el albogue, que tañían regocijados los granadinos para solemnizar la fiesta que ponía término á la abstención y al ayuno.

Sin detenerse un momento, traspuso el patio y el labrado arco de yesería, y subiendo lentamente la escalera que conducía al camarín de Seti-Mariem, abrió la puerta de repente.

Echada de pechos sobre el alféizar del ajiméz, contemplando desde aquella altura la animación que reinaba en Granada y aspirando con deleite las perfumadas ráfagas que subían hasta ella desde el lecho del Darro y los cármenes de sus orillas, permaneció Seti-Mariem inmóvil sin advertir la presencia del Sultán, á quien volvía por completo la espalda.

Conteniendo la respiración, sofocando el ruido de sus pasos sobre el alcatifado pavimento, llegóse á la nassarena el Amir, y antes de que ella hubiera podido impedirlo, rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la dama, cuyo puro contorno se dibujaba incitante á través de la ceñida túnica de seda que la envolvía, y depositó un beso ardoroso sobre su ebúrneo cuello.

Un grito de sorpresa salió, agudo y vibrante, de los labios de Ma-[illegible]m, y volviéndose ésta rápida, trató en vano de rechazar á Mohám[illegible]d.

—No me esperabas, ¿es cierto, luz de mi vida?—exclamó éste, es[illegible]chándola sobre su corazón.

—No, en verdad, señor—contestó Mariem forcejeando.—No esperaba de vos este nuevo acto de alevosía, y así os ruego que respetéis mi soledad y mi abandono.

—¿No logran conmoverte la verdad de este amor, que es mi vida, y la desesperación á que me condenas? ¡Por Alláh, Mariem, ten piedad de mí! ¡Mira mi sumisión, mira cómo he obedecido tus órdenes durante la luna trascurrida, y no sigas siendo cruel para quien tanto te ama!

Al pronunciar el Amir estas palabras, habíase, en efecto, apartado de la cautiva, aunque sin abandonar las menudas y blancas manos de Seti-Mariem, que temblaban en las suyas.

Con la mirada fija en los azules ojos de la nassarena, Abdil-Láh permaneció largo rato silencioso; enarcadas las cejas, erguido, oprimiendo dulcemente las manos de su amada, sin desplegar los labios, parecía, no obstante, que una corriente extraña se establecía entre la voluntad dominadora de aquel hombre y la debilidad de la mujer que, á pesar suyo, recibía, temblorosa y agitada, el fluído misterioso que brotaba de los centelleantes ojos del granadino.

—¡Mariem, Mariem!—exclamó por fin el príncipe, soltando las manos de su amada.—¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso, que ni engendró ni fué engendrado, que no tiene semejante alguno! ¡Díme si es cierto que se han borrado de tu corazón y de tu memoria aquellos días de celestial ventura que gozamos amándonos en Ixbilia! ¡Díme si me amas ahora como entonces!

Sin moverse del sitio mismo en que se hallaba, sin que sus ojos se extremeciesen ni el divino rostro de aquella criatura, formado por Alláh para martirio de los hombres, sufriera alteración alguna; con aquella voz argentina, acariciadora y llena de promesas que trastornaba al Sultán—la cautiva, cual insensible estatua de pórfido, al escuchar tales palabras, replicó lentamente:

—No se han borrado ¡oh Mohámmad! de mi corazón ni de mi memoria los recuerdos que evocas. ¡Aún te veo gallardo, apuesto, enamorado y loco ante las celosías de mi ventana; aún escucho tu ac trémulo y conmovedor, que extremecía todo mi ser! Yo te amab amaba con delirio, y ni en los días de prosperidad he olvidado r llos momentos de ternura, que fueron largo tiempo mi dicha.

—El espíritu de Alláh (¡ensalzado sea!) habla, ¡oh Mariem, por tus labios!—dijo Mohámmad, en cuyo semblante se retrató placentera sonrisa.—¿Luego es cierto que me amas?

—Sí—repuso Mariem con el mismo acento.—¡Sí, es cierto que te amo! Te amo porque á este amor va unido el recuerdo de los hermosos días de mi juventud; porque eres generoso y valiente, y porque veo lo profundo de la pasión que agita tus entrañas. Sólo tú, amándome como me amas, hubiera acometido la empresa de Al-Mantdar; sólo tú habrías sabido dar á mi espíritu la libertad que para gozar de tu amor necesitaba, de la manera noble y leal que lo has hecho; sólo tú, en fin, podrías mirar con buenos ojos á mis hijos, darles la vida, cual lo has ejecutado, en señal de tu magnanimidad y tu grandeza.

Y como si la hermosa nassarena hubiera sido movida por un resorte, avanzó lentamente hacia el Sultán, y echándole al cuello los brazos, le besó fría y reposadamente en los labios.

Ébrio de placer, agitado, trémulo y ardoroso, llevó el Príncipe á Mariem al próximo diván, y sentándola en sus rodillas, le devolvió frenético centuplicadas sus caricias, que recibía la nassarena con la imperturbable serenidad que hacía de ella un ser extraño y distinto de lo que hasta entonces había sido.

Al cabo de algunos momentos, trascurridos para Mohámmad en completa locura, dejó á la cautiva sobre el diván, y antes de levantarse él, aplicando sus manos temblorosas á la frente de la bella, miróla con insistente fijeza y murmuró á sus oídos estas palabras con acento imperativo:

—¡Díme siempre que me amas! ¡Que tus caricias bienhechoras caigan como ahora sobre mí, á la manera que el rocío benéfico desciende de las alturas para fecundar la tierra! ¡Que tus labios se unan en delicioso arrebato con los míos! ¡Que se borren para siempre de tu memoria los recuerdos sombríos que anublan tu existencia, como al aparecer el sol se borran las huellas de la tormenta! ¡Que el afán que [illegible] siento por tí se apodere de tus entrañas, y que tus ojos me sigan [illegible]no tu cuerpo deberá seguirme, y me pertenezca tu alma como me [illegible]rteneces toda entera!

Y alejándose lentamente, estuvo largo rato contemplando á Ma-

riem, cuyos ojos permanecían abiertos, cuyo aliento parecía lleno de fatigas y cuyos músculos, rígidos, le daban, tendida en el diván, las apariencias de un cadáver.

Después, volviendo el Príncipe, inclinóse sobre ella, besó larga y apretadamente aquella boca, de la que parecía haber huido la vida, y aspirando deliciosamente el perfume embriagador que de ella se exhalaba, arrojó sobre el rostro de la bella todo el aire que había aspirado. Dirigiéndose luégo á la puerta de la estancia desapareció por ella rápidamente.

X

Breve tiempo después de haber abandonado el Sultán la lujosa cámara de Mariem, como el quejido de un laud, dulce, prolongado y armonioso, repitieron los ecos un suspiro; agitóse lánguidamente el cuerpo de la nassarena, y á la templada luz que derramaba sobre todos los objetos el orbe de cristal suspendido de la labrada techumbre, pudieron verse ligeramente coloreadas las mejillas de aquella mujer, cuyo abandono la hacía aún más encantadora é irresistible.

Adquirieron sus lindos ojos la acostumbrada movilidad, y poco á poco fué calmándose la agitación de su pecho, cuya incitante exuberancia dibujaba entre finas gasas de sedosa trasparencia la descotada túnica que vestía.

Pasó una y otra vez las manos por su frente, como si en ella sintiera algún peso, é incorporándose en el diván, paseó sus miradas con cierto asombro por la cámara, interrogando, sin duda, á los objetos que la rodeaban; el aroma penetrante del braserillo de calado azófar, que á sus pies exhalaba ténues espirales de humo, parecía trastornarla, y poniéndose al fin de pie, corrió al ajiméz abierto, por donde pen -aban juguetonas las brisas nocturnas, y cuya cairelada y doble c /a se recortaba limpia, así como el esbelto partelúz sobre el azul o uro del firmamento, salpicado de estrellas relucientes.

Escuchábase desde allí, mezclado al rudo murmullo del río, el ru-

mor no interrumpido del *âid as-saguir*; y el resonar de los adufes, de las sonajas, de los albogues y de los demás instrumentos con que significaban su alegría los fieles granadinos; el entrecortado y agudo grito de los lelilíes y el cadencioso canto que de cuando en cuando llevaba en sus alas el viento hasta la elevada cima de la colina donde tenía su morada Mariem, producían en el ánimo de la nassarena extraña y desconocida emoción, nunca antes sentida, que le causaba singular efecto.

No era tristeza lo que semejante emoción engendraba en su espíritu, ni, como otras noches, la contemplación de aquel límpido celaje, donde parecían engarzadas las estrellas, traía á su imaginación el melancólico recuerdo de la patria y del bien perdido: sentía extrema debilidad en todo su cuerpo, cansancio inexplicable y no definido, laxitud incomprensible, de la cual ni podía ni sabía darse cuenta.

Ya no, cual en otras muchas ocasiones, veía flotar en el cielo la imagen para ella tan querida de sus dos infortunados hijos; no era el rostro de Sancho Sánchez, demudado por la angustia, la duda y la zozobra, lo que sus ojos veían con dolor en el espacio: en medio de aquel manto de trasparente y pronunciado zafir, veía, cercado como por un nimbo luminoso, donde quiera que levantaba la mirada, el rostro apasionado del Amir de los muslimes, y hasta el susurro de la brisa le parecía la enamorada y trémula voz de Mohámmad, que murmuraba en sus oídos palabras deliciosas de cariño.

Dos ó tres veces volvió á pasarse las manos por la frente, como para ahuyentar aquella pesadilla y evocar recuerdos que la voluntad del Sultán había para siempre dormido en su alma; y al fin, vacilante, sin fuerzas, dirigióse al *al-hamy* (1) y dejóse caer fatigosa y agitada por extraño modo sobre el lecho, donde quedó dormida.

....

La noticia del desembarco en *Chebel Thâriq* (2) del guazir africano Xohaid, llegaba á la córte de Mohámmad III poco tiempo antes de

(1) Departamento abierto por un arco, donde sobre una tarima de azulejos est[illegible] el lecho.

(2) El monte de Tháriq, hoy *Gibraltar*.

que el enviado del magnánimo Sultán Abú-Thaleb penetrase en el amurallado recinto de la sin par Granada, y cuando, merced á la influencia de los buenos genios y al poder de la ciencia, inspirada por el mismo Alláh, la hermosa Seti-Mariem y el Príncipe granadí gozaban las inefables alegrías del Paraíso (¡Alláh haya en él perpetuado sus días!)

Para desdicha de los fieles resignados al Islam, los vientos execrables de la discordia habían más de una vez soplado entre los meriníes y los granadinos, colocando frente á frente en el combate á los siervos del Misericordioso de una y otra parte del *Bahr-az-Zocác* (1), con provecho de los nassaríes; pero desde que el Sultán meriní Abú-Yacub había en tiempos anteriores hecho cesión al hijo de Al-Ahmar I de todas las posesiones que tenía en tierra de Al-Andálus, —ya con el propósito de desembarazarse de aquel enemigo, ya con el de consagrar toda su atención á sofocar las frecuentes rebeliones de que era víctima su reino, y ya también con el de apoderarse del de Tremecén, á fin de extender su poderío en Ifrikia y recoger íntegra la herencia de los antiguos y para siempre derruídos imperios de almoravides y almohades—las relaciones entre los Sultanes de Granada y de Fez parecían algún tanto entibiadas, si bien continuaban, á pesar de todo.

Obligados, en cierto modo, los Al-Ahmares á los merinitas, en virtud de la cesión indicada, y fiando en que Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada no habría, en manera alguna, de mostrarse sordo á la voz del reconocimiento, no había vacilado el generoso Abú-Thaleb en acceder á las vehementes súplicas de Sancho Sánchez, evocando discretamente en el corazón de aquel descendiente de los Anssares el recuerdo de la obligación contraída, con la esperanza de que habría de ser su demanda cumplidamente satisfecha.

No dejaba de producir extraña y verdadera sorpresa en el ánimo del Jazrechita Abdil-Láh (¡Alláh le haya perdonado!) la llegada de aquel misario del Príncipe meriní, cuya misión debía ser de importancia, da la alta categoría de Xohaid, primer guazir de Abú-Thaleb; mas

(1) El Estrecho.

ignorando lo que pudiera significar, daba á su guazir Mohámmad Al-Lahmí las órdenes oportunas para que con el debido ceremonial salieran á recibirle á Atharf, en la falda de Chebel-el-Beyra (1), no sólo los guazires de su reino, sino todos los dignatarios y magnates de la córte, incluyendo los arrayaces y jefes del ejército granadino, á fin de honrar al enviado de Fez como su representación y alta investidura demandaban.

Cerca de Atharf se verificaba el encuentro de africanos y granadíes, y cumplidas las ceremonias de etiqueta, uníanse ambas tropas, penetrando juntas por la elegante *Bib-el-Beyra* (2), al caer la tarde del sábado, once días andados de la luna de Xagual (3), siendo aposentado el guazir Xohaid en la morada de Mohámmad Al-Lahmí, con quien pasó conversando las primeras horas de la noche.

En vano, después de terminada la opípara comida que en obsequio del guazir de Abú-Thaleb, y para más honrarle, había servido por sus propias manos Al-Lahmí, invocaba éste la ciencia aprendida para sorprender y poder comunicar á su señor algo del fin de aquella embajada, cuando el granadino carecía de intereses en Ifrikia, y el africano parecía ya no tenerlos desde los días de Abú-Yacub en Al-Andálus.

Risueño y comunicativo, dentro de su reserva, no podía, en verdad, ocultar Xohaid la satisfacción que le poseía, por la esperanza de conseguir sin dificultad el objeto de su largo viaje; había escuchado, al saltar en *Chebel-Tháriq* á tierra, durante el camino y al penetrar en Granada, favorables augurios, y confiaba que éstos se confirmasen plenamente al siguiente día, cuando pusiera el pie en el recinto de la Alhambra.

Cumplidas por él en la Mezquita-Aljama de Granada, cuya grandeza y cuya magnificencia no dejó de admirar, las prescripciones religiosas del *ssalat-ul-fachrí* ú oración del alba, y llegada la hora de

(1) Sierra Elbira.
(2) La puerta de Elbira.
(3) 9 de Junio de 1302.

adh-dhuha (1), hallábase preparado para la ceremonia de ser recibido por el Sultán, y dispuestos todos los presentes que Abú-Thaleb enviaba á Mohámmad. En la extensa plaza que se abría delante de la casa del guazir Al-Lahmí, veíase dispuesta sobre sus caballos, enjaezados vistosamente, lucida tropa de ginetes que debían acompañar á Xohaid hasta el palacio del Amir de los fieles; y cuando la comitiva tomó sosegada y lentamente el camino de *Bib-al-Lauxar* (2), parecía bajo los rayos del sol el centelleo de las bordadas sillas, de las armas, de los alquiceles y de los almalafas, espléndido torrente de oro fundido que bajaba á borbotones de la falda de la colina roja.

Detrás, cubiertos por ricos paños de oro y sedas, iban los camellos cargados con los regalos de Abú-Thaleb, y en pos todavía, la servidumbre entera de Al-Lahmí en traje de ceremonia.

Al pasar delante de la última de las casas del pintoresco barrio del *maurror*, Xohaid, que iba silencioso, se irguió de repente sobre su cabalgadura, y, con los ojos levantados al cielo, se detuvo breve instante.

Cubierta por tupido y vulgar *al-haryme* el rostro y vistiendo sencillamente una alcandora de lana, había en pie, á la puerta de aquella casa, una mujer, cuyas piernas desnudas asomaban por bajo del oscuro ropón, y dirigiéndose á ella Xohaid, demandóle una jarra de agua.

—¡Que la paz sea contigo, oh, señor mio!—exclamó la mujer al escucharle, besándole el estribo y corriendo al interior de la vivienda, de donde volvió en breve, trayendo en sus manos una jarra blanca y porosa, llena de agua trasparente y fresca, que aproximó á los labios del merinita.

Bebió Xohaid de ella un sorbo, y limpiándose la boca después de dar gracias á la mujer, preguntóle con acento cariñoso:

—¿Cómo te llamas?

—Saîda, señor—replicó la desconocida (3).

(1) Tiempo del día entre las diez y las doce de la mañana.

(2) Puerta que daba al foso de la Alhambra, cerca del sitio en que fué después construida la llamada *Puerta de las Granadas*.

(3) Saîda significa *la venturosa*.

—¡Alláh te bendiga, ¡oh Saîda! y veas realizadas todas tus esperanzas!—exclamó Xohaid en tono profético; y dejando en manos de la mujer una bolsita llena de zequíes, picó espuelas al caballo, penetrando entonces bajo el arco elegante de ***Bib-al-Lauxar*** con el corazón palpitante.

....

No habían pasado inadvertidos para Al-Lahmí ni la reserva de Xohaid durante la comida de la noche anterior, ni tampoco el augurio favorable que acababa de recibir el guazir de Abú-Thaleb á la puerta misma del alcázar, confirmando con él las vagas dudas que había despertado en su espíritu la venida del africano.

Por su parte, Mohámmad, avisado de la presencia de Xohaid y de que estaba hospedado en casa de Al-Lahmí, no había perdido el tiempo.

Existía por aquel entonces en la hermosa Granada un marabut notable por su piedad, respetado por su ciencia y querido de todos por la fuerza eficaz de sus talismanes; habitaba en una de las más oscuras cavernas de Chebel-el-Beyra, y deseando Abdil-Láh conocer el objeto de la embajada de Abú-Thaleb, hizo ir á su presencia al religioso, recibiéndole á solas en una de las cámaras más reservadas del palacio.

Cuando el marabut se halló delante del Amir, prosternóse lleno de respeto, esperando á que el Príncipe le dirigiera la palabra.

—¿Eres tú, por ventura—dijo el Amir—el hombre venerable, escogido de Alláh (¡reverenciado sea su nombre!) que, á través de las sombras del pasado y de las nieblas del porvenir, lee en uno y otro el destino de las criaturas?...

—¡Sólo Alláh es grande!—replicó el marabut—¡Él es el principio y fin de todos los seres! ¡Cuanto hay en los cielos y en la tierra le pertenece! ¿Quién sino Él puede ver en los tiempos venideros, ni volver á la vida á aquellos que yacen en los brazos de Malak-al-maut? ¡Alabado sea Alláh, el excelso, el clemente, el Único!

—¿Podrás—siguió Mohámmad preguntando—saber lo que oculta en mi pensamiento y lo que vive en mi alma?

—¡Oh, señor y dueño mío! ¡Sólo Alláh tiene las llaves de las

sas ocultas y Él sólo las conoce! ¡Sabe cuanto sucede sobre la haz de la tierra y en el fondo de los mares! ¡Las cosas invisibles y las visibles son del dominio del Señor de las criaturas! ¡Alabado sea!

—Habla, pues, buen anciano—repuso el Sultán con alguna impaciencia.

—Préstame tu oído ¡oh, mi señor Mohámmad! (¡glorificado sea tu imperio!): que así como en el fondo de los mares se oculta la perla dentro de la humilde concha, así dentro de tu pensamiento se oculta vivo y poderoso el afán de conocer el objeto con que Alláh ha guiado á tu córte los pasos del guazir Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid de parte del muy alto y magnánimo Sultán de Fez (¡Alláh le proteja!); y así como en el fondo de la nube se esconde brillante y esplendente el rayo, así también la omnipotencia de Alláh ha hecho que en el fondo de tu alma viva brillante y esplendoroso el amor, como dueño absoluto de ella.

—Por mi cabeza y por la tuya, ¡oh, anciano! que has dicho verdad y que son ciertas tus palabras... Díme, pues lo sabes todo, el objeto con que Xohaid llega á mí, y serán colmados tus deseos...

—Señor—prosiguió el marabut, incorporándose—Alláh lo ha dicho: «No os caséis con mujeres idólatras hasta tanto que crean. Una esclava creyente vale más que una mujer libre idólatra, aunque os agrade más» (1).

Permaneció pensativo un momento Mohámmad ante la enigmática respuesta del religioso, cuya trascendencia comenzaba á comprender, y alzando al postre la cabeza, repuso:

—También ha dicho: «Os es permitido el casaros con mujeres honradas creyentes, judías ó cristianas, siempre que les dotéis» (2); y si prohibe el matrimonio con las mujeres casadas, lo permite con las que caigan en manos de los fieles como esclavas (3)... Pero contesta claramente á mi pregunta.

—Pues bien, señor; la fama de la belleza de la cautiva que guar-

Korán, sura II, aleya 220.
Korán, sura V, aleya 7.
Korán, sura IV, aleya 28.



das encerrada en este alcázar ha llegado á oídos del Sultán Abú-Thaleb (¡prospere Alláh sus días!). Xohaid viene á rogarte en nombre de su dueño que se la cedas.

—¡Que Alláh le maldiga tantas veces como arenas arrastra el Darro!—exclamó alzándose colérico Mohámmad.—Si has dicho verdad ahora como antes, que Alláh te premie; pero si la mentira ha manchado tus labios, borre Alláh tus huellas para siempre en este mundo y en el otro—añadió, dirigiéndose al anciano.

Y despidió con airado ademán al marabut, quien se retiró temblando de la estancia.

XI

Sentado en amplio diván, con la faz severa, aunque agradable, rodeado de todos los guazires y oficiales de su casa, ceñido á las sienes el bonete verde y cubierto por riquísimo manto de igual color, bordado en sedas y oro y recamado de brillante pedrería, ostentando en la fimbria del mismo, bordado en oro fino, el mote característico de su raza, que se leía entre los delicados adornos de yesería del espacioso salón, hallábase Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada (¡haya acogido Alláh propicio su espíritu!) pocos momentos antes de que Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid hubiese traspuesto lleno de alegría la puerta de *Al-Lauxar* en la Alhambra.

Ricos paños de sedería, con los más vivos colores y variados dibujos, adornaban los muros del salón, á cuya entrada, sobre elegantes maceteros, se erguían, olorosas y agradables, multitud de plantas aromáticas, exparciendo en torno, suave y apacible, su perfume. Con las espadas desnudas, derechos, en pié, á uno y otro lado de la puerta por donde debía penetrar en el salón el enviado del magnífico Sultán de Fez, hallábanse gran número de soldados, cuyos abigarrados y l ›sos trajes hacían que su vista se asemejara á un jardín en la es- t ión de la primavera.

. aparecer Xohaid en la explanada que se abría delante del alcá- z frente al Al-Hissan, multitud de ginetes, lujosamente dispues-

tos, corrieron al encuentro del enviado de Abú-Thaleb, esgrimiendo ardorosamente sus lanzas, sus broqueles y sus espadas, y haciendo alarde de su habilidad y de su destreza, así en el manejo del caballo como en el de las armas.

En la puerta misma del alcázar apeóse el guazir Xohaid de la cabalgadura, teniéndole el estribo, para más honrarle y en señal de deferencia, el guazir Mohámmad Al-Lahmí; y mientras los demás de la comitiva imitaban el ejemplo de ambos guazires, éstos entraban en el hermoso patio que precedía á la cámara donde esperaba Mohámmad III la visita del enviado de Abú-Thaleb.

Iban delante, llevando en anchos azafates de alambre de oro los presentes que el meriní ofrecía al granadino, hasta una docena de etíopes, cuyo color oscuro destacaba poderosamente sobre los blancos trajes que vestían y formaba singular contraste con la faz rubicunda de la mayor parte de los nobles granadíes allí congregados. Detrás, y acompañadas también por otros dos etíopes con las anchas espadas desnudas, marchaban envueltas en riquísimos velos blancos de seda y adornadas con gran número de collares, brazaletes y pendientes, así como infinidad de sartas de perlas que ostentaban en el prendido de la cabeza, hasta seis mujeres, con el rostro velado por tupido al-haryme, y dejando sólo ver sus ojos brillantes y expresivos, animados de la curiosidad más viva unas veces, y entornados otras por la modestia.

Constituían aquellas mujeres parte, la no menos estimable y rica, de los regalos del meriní, y habían sido cuidadosamente escogidas entre las más bellas del harem del Sultán para captarse la benevolencia del granadino, á fin de obtener con menos dificultad lo que Abú-Thaleb apetecía.

En pos de aquel grupo, que semejaba una pléyada de estrellas fulgurantes, veíase á los nobles guazires, los arrayaces y los jefes de la córte granadí, caminando detrás, algunos pasos delante de Al-Lamí, Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid, cubierto de las más ricas vestiduras y haciendo gala de su ostentación y de su riqueza.

A los acordes de los instrumentos bélicos, hizo en esta disposición su entrada el africano en la *cobba* donde el Sultán de Granada le

raba; y mientras los esclavos etíopes se repartían por igual á uno y otro lado de la estancia, descubriendo los regalos contenidos en los azafates de que eran portadores, Xohaid se prosternó delante de Mohámmad respetuosamente, llevando sus manos á la boca, después de haber tocado el suelo y la orla del manto del Amir de los muslimes andalusíes.

—¡Venido seas, oh Xohaid, á mis dominios, como la lluvia que envía el Omnipotente sobre los campos agostados; como el sol, en primavera, á la tierra humedecida por las aguas del invierno! ¡Que la paz de Alláh sea contigo!—exclamó el Sultán en voz alta y ceremoniosa.

—¡Alabado sea Alláh, el Señor del Trono excelso! ¡Nada hay en los cielos y en la tierra que no le pertenezca! ¡Suyo es el imperio de todas las cosas! Glorificado sea, ¡oh, Sultán pío, generoso, magnánimo, esforzado y valeroso, tu imperio! ¡Alláh perpetúe tu felicidad y abra para tí las puertas del Paraíso eterno! ¡Que Alláh te bendiga y bendiga á los tuyos, y sea tu nombre repetido con temor por tus enemigos! ¡Oh, *Sidí!* El muy alto, muy poderoso, muy noble, muy generoso, muy magnífico, el conquistador de las ciudades, el defensor de la ley de Alláh, el siervo de Alláh, el Sultán engrandecido Amir de los muslimes Abú-Thaleb-ben-Amir-ben-Yacub-ben-Yusuf (¡glorifíquele Alláh y le proteja!), señor de Ifrikia desde Ax-Xamal hasta Al-Quibláh y de Ax-Xarq á Al-Mogreb (1), desde el mar de Ax-Xams al de las Tinieblas (2), te envía conmigo sus saludos y te desea toda prosperidad y ventura! Él te ruega aceptes como testimonio de su amor y de su cariño estos presentes, que son débil muestra de amistad, esperando que los recibas bondadoso. Y así como tu augusto progenitor (¡Alláh le haya hecho partícipe de su misericordia!) el Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad (¡compláscase Alláh en él!), de la tribu de los Anssares esclarecida (3), hizo al augusto antecesor del Sultán de Fez, mi señor, el presente inestimable del

De Norte á Sur y de Este á Oeste.

| Desde el Mediterráneo (mar de Siria) al Océano.

| Los Al-Ahmares pretendían descender de los Anssares, ó sea los compañeros del
eta, especie de apostolado que siguió por todas partes á Mahoma.

Mushaf de Otsman (¡Alláh le bendiga!), así también mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡que Alláh le sea propicio!) te hace el presente de esas ricas armas, templadas en las aguas de Damasco, de esas vistosas adargas vacaríes, labradas en Túnez; de esas preciadas telas, tejidas en Fez, y de esas preciosas muchachas, gloria y honor de su harem, más hermosas que la luna llena, cuyos cabellos son más negros que las plumas del avestrúz macho, cuyas cejas son arcos del país de los negros, cuyos ojos son espadas brilladoras á los rayos del sol, cuyos labios son rubíes, cuyos dientes son blancos cual la leche de la camella, cuyo cuello es elegante como el del cisne y terso como el cristal. Sus brazos parecen espadas incrustadas en plata, su pecho es como la nieve de los montes, su talle delicado cual la palmera del Egipto, su vista cura todas las enfermedades, y no hay en la tierra hermosura que pueda á la suya compararse! ¡Bendito sea Alláh que las ha criado!

—¡Que Alláh prospere los días de tu señor y dueño, el excelso Abú-Thaleb, y guíe sus pasos por el camino derecho! ¡Que Alláh acreciente sus favores para con él y haga eterna su permanencia en la tierra!—replicó Mohámmad en el mismo tono solemne y declamatorio empleado por Xohaid en su larga arenga.

Y mientras ofrecían dos esclavos al guazir del merinita, como presente del Sultán Abdil-Láh, riquísimo albornoz, tejido en las famosas fábricas de Granada y todo él recamado de oro, y Xohaid se apresuraba, en señal de acatamiento, á suspenderlo sobre sus hombros—cambiaba Mohámmad expresiva mirada con el jefe de los oficiales de su palacio, apareciendo en breve por una de las puertas de la *cobba* gran número de sirvientes llevando en azafates de singular riqueza armas, vestidos y elegantes jarrones de sin igual belleza y de gran tamaño, producto de las celebradas fábricas de Málaga y de Granada, y todos ellos cubiertos de oro resplandeciente.

Cambiados los presentes y después de las fórmulas de costumbre, retirábase con el mismo ceremonial de la cámara del granadino el guazir Xohaid—encontrando á la puerta del alcázar hasta una doc[ena] de hermosos caballos, espléndidamente enjaezados, á los cua[les] tenían del diestro otros tantos esclavos, y que formaban parte de [los] regalos de Mohámmad.

Cuando al día siguiente volvió el mensajero de Abú-Thaleb á la Alhambra, expuso ya con toda confianza al granadino el objeto de su embajada, que no era desconocido para el enamorado Príncipe, á pesar de lo cual, fingiendo dolorosa sorpresa, pareció resistirse un momento el descendiente de los Anssares.

—¡Así como el fuego devora en el verano las agostadas mieses, y crece y se propaga con el soplo de la brisa, así el amor ha prendido en el corazón de mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡Alláh le proteja!), y ha crecido impetuoso en la ausencia por la hermosa nassarena de quien te apoderaste en Al-Mantdar!—exclamó Xohaid con voz doliente.—¡La fama de tu magnanimidad y de tu sabiduría—prosigió—llena los orbes! ¡No hay en ellos siervo del Misericordioso que no te bendiga y no pronuncie tu nombre con alabanza, ni deje de ponderar tu generosidad, que no tiene límites, como el mar de las Tinieblas, cuyo término sólo es conocido de Alláh! Extrema, oh, Sultán magnífico, la grandeza de tu alma, y devuelve la salud y la vida al Sultán, mi señor, que sin ellas está desde que su corazón, como el caballo indómito del desierto, no obedece al freno de la razón, ni se somete á la voluntad de quien lo manda! ¡Alláh, el excelso, te recompensará en el cielo, y cuando llegue la hora de que te sean abiertas las puertas del Paraíso, irán á tí las huríes regocijadas, aclamándote como el más generoso de los hombres!

Dejó el granadino que Xohaid terminase su arenga, y así que hubo concluído de hablar, levantóle del suelo, donde había permanecido postrado, y haciéndole sentar en un diván al lado del suyo, respondió de este modo á su demanda:

—Sabe Alláh, para quien nada hay oculto en los cielos ni en la tierra, que mi deseo no es otro sino el de complacer á tu señor y dueño Abú-Thaleb, ¡oh prudente Xohaid! ¡Todo bien procede de Alláh! Y aunque también el amor ha clavado sus flechas en mi alma respecto de la nassarena, tómala, yo te la concedo de buena voluntad con tal de que se salve el descendiente del Profeta, el magnánimo ú-Thaleb! ¡Cúmplase la voluntad de Alláh, el Único! ¡Ensalzado su nombre y alabada su misericordia!

—¡Que Alláh derrame sobre tí los tesoros de la resignación! ¡Alláh

conoce el bien que se hace en la tierra, para recompensarle luégo en el Paraíso! ¡Tú eres, señor, como aquellos que emplean su generosidad en el deseo de agradar á Alláh, cuyas almas semejan un jardín regado por abundantes aguas, y cuyos frutos son, por esto mismo, mayores! ¡No como aquellos otros, cuyo corazón es de roca, apenas cubierta de tierra, y que al menor soplo del viento pierden la tierra, quedando desnuda y al descubierto la roca de que se hallan formados!

A una señal del Príncipe penetró en la estancia el jefe de los *thaguaxíes* (1), y dándole orden de que hiciera venir á la cautiva después de vestidas sus más ricas joyas, volvióse á Xohaid, ponderando melancólico las excelencias y las gracias de la cristiana, y recitando los siguientes versos:

«¡Ay! ¡Mariem se va! ¡Lleno de angustia
deja mi corazón, de amor herido
y con terribles vínculos sujeto!
¡Mariem! ¡Delicada, refulgente,
de cuerpo enhiesto, pecho relevado
como líquida plata rebruñida!
¡Su cuello, ornado en torno de collares,
al de hermosa gacela se parece
cuando ufana pompea por el prado!
Sus cabellos, adorno de sus hombros,
son rubios como el oro, y tan espesos
cual los densos racimos de la palma.
Su cintura, un cordón en lo delgado;
su pierna, como ramo de palmera
regado de continuo por el agua!
Esclarece las sombras de la noche
cual la sagrada lámpara esplendente
de oculto vigilante solitario!
Su faz, como la perla roji-blanca
alimentada en aguas cristalinas,
no turbadas jamás del viajero!» (2)

Cuando concluyó Mohámmad, con lágrimas en los ojos, de recitar estos versos, entraban en la *cobba* el jefe de los thaguaxíes y una

(1) Eunucos.

(2) Estos versos son en parte del poeta Sohair y en parte del Moallakah de Imru-Cais, y están traducidos en verso castellano por el conde de Noroña, (*Poesías árabes y persas*, páginas 61 y 62 de la edición hecha en Granada el año de 1866).

mujer, cuyo rostro ocultaba espeso al-haryme, y cuyas formas elegantes aparecían veladas por el amplio solham que, cubriendo sus hombros, caía hasta las plantas en anchurosos y profundos pliegues.

Iba profusamente exornada de valiosas alhajas, y apenas si por entre las tocas que envolvían su cabeza se advertían algunos rizos rubios de su cabellera. Azules eran sus ojos, anublados por el llanto, y parecía trémula y sorprendida en aquel lugar y delante de Mohámmad y Xohaid, quienes la miraban en silencio.

Mientras por indicación del Sultán, el jefe de los eunucos desprendía el velo que ocultaba las facciones de la dama, volvió Mohámmad la cabeza á otro lado, grandemente conmovido, exclamando sollozante:

—Dí, ¡oh Xohaid! á tu señor y dueño, cuán grande es para mí el sacrificio que la amistad me impone. ¡Contempla su rostro: es como el de la luna llena al lado de las estrellas! ¡Es como el del sol al lado de la luna! ¡Dime ahora si hay otra mujer más hermosa que ésta, que ha cautivado mi corazón!

Y aprovechando el momento en que Xohaid volvía admirado á cubrir el rostro de la cautiva con el velo, Mohámmad abandonó la estancia con muestras de gran sentimiento.

Conmovióse, en verdad, el guazir de Abú-Thaleb, al considerar lo penoso que era para el granadino desprenderse de aquella mujer; pero las órdenes que tenía recibidas del meriní eran terminantes, y tomando por la mano á la cautiva, salió también del aposento.

A la puerta del alcázar esperaban una litera y ocho esclavos para conducirla al palacio de Al-Lahmí, donde continuaba aposentado el guazir de Abú-Thaleb, y montando en ella á la dama con todas las muestras del mayor respeto, saltó él en su cabalgadura y emprendió el camino de su posada.

Aquella noche, y siguiendo la misma ruta que trajo al venir de Ifrikia, salía de Granada la caravana en que Xohaid llevaba al Sul-
⁴ⁿ de Fez los riquísimos presentes del nasserita, y entre ellos, en ıa litera de viaje que conducían dos camellos, la cautiva de Al-antdar, cuyo regreso aguardaba en el alcázar de Fez el desdichado ncho Sánchez.

XII

Cuando el barco en que cruzaron el *Bahr-az-Zocác* tocó en el puerto de *Medina-Sebta*, apresuróse Xohaid á proporcionar en la casa del Cadhí sosiego á la cautiva, cuyos labios sólo se habían desplegado por el camino para lanzar suspiros prolongados, y cuyos hermosos ojos azules no habían cesado de derramar abundantes lágrimas.

Aprovechando el fresco de las noches y armando en el camino sus tiendas para el reposo por el día, al cabo de algunos, la caravana, escoltada por fuerte número de ginetes, llegaba á la vista de Fez, á cuyas puertas, avisado por el mensaje que Xohaid desde Medina-Sebta había enviado á Abú-Thaleb, esperaba con febril impaciencia Sancho Sánchez, en compañía de algunos de los oficiales de la córte del Sultán merinita.

En el momento en que la caravana, cruzando por última vez el río Sebú, penetraba en la campiña y daba vista á la población, Sancho Sánchez, sin poder contenerse, picó espuelas á su cabalgadura, y veloz como el viento, se dirigió hacia Xohaid inquieto y palpitante.

.. la aproximación del caballero puso al trote Xohaid su caballo, ..parejando al propio tiempo con Sancho Sánchez, saludóle afec-..mente, revelándole la buena nueva que para él traía.

¡Dios premie benéfico, buen Xohaid, el bien que me habéis

hecho con vuestras palabras! ¡Oh! ¡Quisiera verla, quisiera leer en sus ojos, lánguidos y serenos, los terribles martirios á que la habrá sujetado el infame Sultán de Granada, á quien Dios castigue! ¡Quisiera saber cuál ha sido la suerte de aquellos dos pedazos de mi alma, nacidos en mal hora, cuando tan mal logrados han visto mis ojos sus juveniles años!

Y apartándose del lado del guazir de Abú-Thaleb, dirigíase hacia la caravana, en medio de la cual se veía la litera que conducía á la cautiva castellana; pero Xohaid, comprendiendo el intento de don Sancho, apresuróse á detenerle con estas palabras:

—Sólo el Sultán engrandecido, mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡derrame Alláh sobre él la paz y la ventura perennes!), podrá, ¡oh ilustre caballero! levantar las cortinas de esa litera. Sé paciente y aguarda, pues ya es corto el camino que nos falta para llegar á la presencia del Sultán, de cuyas manos habrás de recibir el bien que ansías!

—¡Por Dios te ruego, ¡oh Xohaid! que me permitas siquiera verla! ¡Tú no puedes comprender los tormentos que sufre mi alma en este instante! ¡Tú no sabes lo que es la separación violenta de dos almas que, como la de mi esposa doña María y la mía, se amaban tiernamente! ¡Mira la impaciencia que me devora, como el león del desierto devora las entrañas de su víctima!

Sin atender el guazir las lamentaciones del castellano, siguió su marcha, y penetrando al cabo en la población, dirigióse con la caravana al alcázar, donde Abú-Thaleb esperaba conocer el resultado de la embajada que había enviado al granadino.

Haciendo comprender á don Sancho lo inconveniente que habría de ser para la nassarena el que sus ojos le viesen de pronto, cuando, según confesión del mismo caballero, debía juzgarle muerto, retiróse el desventurado alcaide de Al-Mantdar á una habitación cercana á la *cobba* donde Abú-Thaleb hizo conducir á la dama, y mientras admiraba, no sin satisfacción, los ricos presentes que le regalaba el Sultán de los muslimes de Granada, hacía descubrir la cautiva, cuya hermosura desde el principio interesó vivamente el corazón del Sultán (¡Alláh le haya perdonado!).

Pero al mismo tiempo que la dama se descubría, toda temblor

ignorando cuál fuera la suerte que le aguardaba en aquel país, para ella desconocido, y en poder del Príncipe de los merinitas, oyóse un terrible lamento, y atropellando los guardias y los esclavos penetró con la celeridad del rayo en la presencia del Sultán el nassareno, con la faz descompuesta y la seña de la más espantable cólera, expresión á que se unía la del dolor más profundo.

—¡Por Alláh, nassarí, que no comprendo la causa por la cual atropellas mis órdenes!—exclamó Abú-Thaleb, levantándose de su asiento y dirigiéndose á don Sancho, en tanto que la dama prorrumpía en amargos sollozos y caía sin sentido sobre el pavimento.

—¡Traición! ¡traición!—exclamaba don Sancho, desesperado, sin escuchar las advertencias del Príncipe.

—¡Está loco!—dijo el Sultán, apartándose del caballero con marcadas señales de disgusto.

—¡No, no estoy loco, señor!—gritó el nassarí.—¡No estoy loco! ¡Es que la perfidia y la infamia son los únicos dones que en cambio de tus halagadoras promesas he recibido! ¡Es que la mujer que has mandado traer del otro lado del Estrecho no es mi María! ¡Es que Mohámmad de Granada se ha burlado de tí como de mí se ha burlado!

—¡Qué dices! ¡Por tu alma que te expliques!—rugió colérico Abú-Thaleb, aproximándose de nuevo al caballero.

—¡Señor—dijo entónces don Sancho, tratando de contener los latidos de su corazón—Señor, la mujer que miras ahí privada de sentido, aquella por quien has hecho que tu guazir haya atravesado el mar y penetrado en Al-Andálus; aquella por quien has hecho tantos y tan ricos presentes al traidor Sultán de Granada, no es la madre de mis hijos, no es el ángel que Dios me había confiado para hacer su felicidad y la mia! ¡No es doña María Jiménez á quien cautivó Mohámmad en mi castillo de Bedmar! ¡Esa que miras ahí es una de sus sirvientes, y ella misma, cuando haya recobrado el sentido, te confirmará mis palabras, ya que de ellas dudas!

—¡Será posible!—exclamó el Sultán desconcertado...—¡Será posible que el Sultán de Granada haya despreciado así mis súplicas, ya contestado así mi mensaje! Xohaid, Xohaid—añadió, encarán-

dose en el guazir—¿no ha dado el Sultán de los andalusíes respuesta alguna á la misiva que le entregaste en mi nombre?...¿Qué aguardas para entregármela?

—¡Oh, señor mío!—dijo Xohaid, temblando ante la cólera del Sultán, y sacando del *asfil* que pendía de su cintura un papel enrollado. —Tú, que eres el Príncipe más generoso de la tierra, perdona magnánimo mi olvido... Aquí está la respuesta del Sultán de Granada.

Y entregó el papel á Abú-Thaleb, retirándose él discretamente.

—¡Maldígale Alláh!—expresó el merinita, en cuyas facciones, después de haber leído la carta, se retrató la indignación más grande.—Oye, don Sancho, oye lo que el Amir de los granadíes me dice, y así podrás formar idea de la generosidad con que yo he procedido contigo.

Y sin aguardar á que don Sancho, quien permanecía sumido en hondo abatimiento se acercase, leyó en voz alta:

«¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! ¡La bendición de Alláh sea sobre nuestro señor y dueño Mahoma, sello de los profetas, y sobre los suyos! ¡Salud y paz!

»¡Alabado sea Alláh, el Único! La protección de Alláh sea contigo, ¡oh Abú-Thaleb! el de esclarecido linaje, el Sultán poderoso de toda Ifrikia (¡Alláh te esfuerce y bendiga, y perpetúe tus días en la tierra!) Ciertamente que recibí tu carta, y queriendo complacerte y establecer prenda de amistad entre tú y yo, aunque Alláh había inclinado mi corazón hacia la hermosa nassarena Seti-Mariem, sabedor de tus designios, te entrego por medio del guazir Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid á la nassarena... ¡Alláh recompensará en el Paraíso, con su infinita misericordia, la grandeza del sacrificio que por tu amistad y la de los muslimes he impuesto á mi alma! ¡Que Alláh te recompense también por haberme proporcionado el placer de servirte!

»Del alcázar de Medinat-al-hamráa, día lunes, catorce andados de la luna de Xagual del año 701 (1).

»El Amir de los muslimes, Abú-Abdil-Láh Mohámmad-ben-ul-A de los muslimes el Sultán Abú-Abdil-Láh Mohámmad, Al-Fac

(1) 12 de Junio de 1302.

ben-ul-Amir de los muslimes el Sultán Abú-Abdil-Láh Mohámmad, *Al-Gálib-bil-láh.*»

—¡Miente! ¡Miente!—volvió á repetir don Sancho, mientras los circunstantes permanecían presa del mayor asombro y volvía en sí la mujer que en lugar de Mariem había entregado á Xohaid el Príncipe granadino.

—¡Alláh castigue á los impostores con las penas terribles del *chahanem*! ¡El fuego del infierno se apoderará de su alma en la hora suprema, é irá su espíritu, maldito de Alláh, á reposar entre *Zacum* y *Guislin*! ¡No tendrá otro alimento que el fruto del *Dhariâ* (1), que no extinguirá su hambre, así como se ahogará de sed, devorado por su propia infamia!—exclamó por su parte Abú-Thaleb, lleno de indignación.

—¡Señor!—repuso don Sancho, dirigiéndose al Sultán—permite que interrogue á esta muchacha en tu presencia, y por ella tendremos conocimiento de todo lo que ha pasado en Granada.

Hizo el meriní un signo de aprobación con la cabeza, y tomando el alcaide de Al-Mantdar por la mano á la joven, acercóse en esta disposición al Príncipe.

—¡Señor! ¿Sois vos?... ¿Es verdad lo que ven mis ojos?—preguntaba en tanto la sirviente, arrancándose de un golpe el al-haryme y dejando al descubierto su bello semblante.

(1) *Zacum*, *Guislim* y *Dhariá*, son árboles cuyo fruto sirve de alimento á los condenados, según el Korán (sura XXXVII, aleya 60). Las siguientes de la misma sura lo expresan claramente diciendo: «Es un árbol que brota en el infierno.—63. Sus copas son como si estuvieran formadas de cabezas de demonios.—64. Los réprobos se alimentarán con el fruto de este árbol, y se llenarán el vientre.—65. Allá arriba beberán agua hirviendo.—66. Y después volverán al fondo del infierno.»—Las aleyas 43 á 46 de la sura XLIV, dicen textualmente:—«43. El árbol de Zacum—44. Será el alimento del culpable.—45. Hervirá en sus entrañas (las de los culpables) como un metal fundido,—46. Como hierve el agua hirviente.»—Por lo que hace á Guislim, tiene igual significación, como el *Dhariá*, del cual dicen las aleyas 6 y 7 de la sura LXXXVIII, refiriéndose á condenados:—«6. No tendrán otro alimento que el fruto del *Dhariá*.—7. El cual no les estará ni satisfará su hambre.»—El *Dhariá* es un arbusto espinoso que produce un fruto muy ágrio, equivaliendo en general esta palabra á los cardos silvestres.

—¡Sí, vivo estoy, Constanza! ¡Vivo, para vengar mi ultraje!... Pero, ¡habla por Dios! ¡Dime lo que ha sido de tu señora doña María, cuyo lugar ocupas; lo que ha sido de mis hijos! ¡Oh! ¡No me ocultes nada, por piedad! ¡Por terrible que sea, dímelo!

Hízolo así, en efecto, la gentil Constanza, refiriendo cuanto sabía, que era bien poco, ponderando la fortaleza de doña María, la asiduidad del granadino, el regalo con que la tenía en la misma Alhambra, y, sobre todo, la generosidad con que había dejado libres el Sultán, al día siguiente de su cautiverio, á los jóvenes Fernan Sánchez y Ximén Pérez, de quienes sabía que habían llegado felizmente á la córte del Rey don Ferrando de Castilla, donde continuaban.

Había la joven discretamente ocultado á don Sancho aquello que más hubiera podido mortificarle, cosa que, por otra parte, no le constaba, pues el granadí tenía buen cuidado de alejar del lado de Seti-Mariem á sus sirvientes cuando iba á visitarla. Mas el aguijón de los celos permanecía clavado en el corazón del caballero, y aunque dió á grandes voces gracias á Dios por haber salvado la vida de sus hijos, encarándose con la doncella, preguntó zozobrante:

—Pero, ¿y mi honor, Constanza, y mi honor? ¿Qué ha sido de él? ¿Guarda doña María incólume la fe que me juró en los altares? ¿Ha olvidado quizás á aquel á quien sin duda juzga muerto y cuya sangre vió correr, derramada por la maldita mano del Sultán de Granada? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás tú en el lugar de tu ama? ¿Qué ha sido de ella?

—Señor—replicó la joven—en cuanto á vuestro honor, sólo doña María podrá contestaros con exactitud, que yo más no puedo deciros de lo que os he dicho. Si hubiérais visto las lágrimas que han derramado los ojos de mi señora, la desesperación que se había apoderado de su alma, las horribles torturas que ha sufrido, podríais mejor estimarla!... Yo no sé, sin embargo, qué filtro ó bebedizo le han hecho tomar, que ha cambiado en extraña languidez su energía de antes, y ha secado el llanto de sus ojos, como ha arrebatado el carmín de sus mejillas... Como yo, como vuestros hijos, como todos los que fuimos contra nuestra voluntad testigos del combate que sostuvísteis con el Sultán de Granada, cree mi señora doña María que reposáis de

entonces en brazos del Señor, y sus labios no han cesado de pedir á Dios en favor vuestro... Por lo que hace á explicaros la causa en virtud de la cual me hallo en presencia vuestra en lugar de mi señora, ¡oh señor mío! sólo podré deciros que yo misma no me sé dar cuenta de lo que ha pasado. Hasta el momento en que os he visto, no he sido dueña de mí misma... Parecía que dentro de mi ser había algo extraño é incomprensible que ahogaba mi voz como perturbaba mi juicio. ¿Cómo he venido aquí? No lo sé... ¿Dónde estoy? Lo ignoro. ¿Qué suerte me aguarda? La desconozco, aunque la presencia en este sitio de mi señor me tranquiliza.

Así habló la doncella nassarí, dejando maravillados con su relato al Sultán Abú-Thaleb, á su primer guazir Xohaid, y á todos los presentes, que comentaban los sucesos referidos, mientras dominando esforzadamente su emoción el castellano, permanecía apartado y en actitud reflexiva.

Por fin, compadecido en medio de su indignación el merinita, aproximóse al caballero, y mientras hacía aposentar á la doncella entre las mujeres del harem, exclamaba:

—¡Ten confianza en Alláh! ¡Él sólo es grande! ¡Él sólo es sabio! ¡Todo bien procede de Alláh! ¡El mal procede de los hombres! ¡Yo te juro por el Profeta, por la madre que te concibió y te llevó en sus entrañas, oh nassareno, que serás vengado, como sabré yo vengarme de la perfidia del granadino! El sabio loha dicho: si quieres ver pasar el cadáver de tu enemigo, siéntate á la puerta de tu casa, y espera.— Espera, pues, y no desmayes, que el día llegará en que puedas devolver á Mohámmad (¡disperse Alláh su familia!) la ofensa que te ha hecho... ¡Perdonar el ultraje, es merecer el desprecio!

Bajó en silencio don Sancho la cabeza, y dando al fin las gracias á Abú-Thaleb por sus consuelos y por cuanto había hecho en obsequio suyo, salió de la cámara y del palacio como loco, acosado por la duda, que batallaba poderosa en su espíritu y acibaraba su existen-, por más que, en medio de su dolor, sintiese en el fondo de su na vivísima alegría por haber salvado Dios la vida de sus inocen- hijos.

XIII

Así que el marabut hubo partido de la presencia del Sultán Mohámmad, el kátib Isahack volvió á la estancia de que por orden del Príncipe había salido, y prosternándose delante del Amir, le dijo:

—¡Oh señor y dueño mío! ¡No he perdido una palabra de cuantas, inspirado por Alláh, han pronunciado los labios de ese hombre, y he creído adivinar tus deseos si lo que te acaban de manifestar es cierto. ¡No lo permita Alláh!—Dime, ¡oh señor! si me ha extraviado el afan de servirte, ó si he acertado, para tranquilizar mi espíritu.

—Habla, ¡oh buen Isahack!—replicó el Amir componiendo su semblante.

—¡Señor! ¡Que la paz de Alláh sea contigo perpétuamente! Creo que tú no podrás, sin que Malak-al-maut separe tu alma de tu cuerpo, consentir en separarte de Seti-Mariem (¡Alláh la proteja!) y que no habrás de entregarla al mensajero de Ifrikia.

—Has dicho verdad. Prosigue.

—Creo, ¡así Alláh me salve en la hora suprema! que tampoco querrás dejar de satisfacer la voluntad del Amir de los fieles de Ifrikia, ..e hay un medio para cumplir con él sin que te prives tú del ..r de la nassarena—prosiguió Isahack fijando sus miradas en el ..ipe.

—También dices verdad—repuso éste.

—Pues bien, ¡oh señor mío! ¡Ten confianza en Alláh! ¡Él me ha inspirado! Tu voluntad y tus deseos serán cumplidos—añadió el kátib.—Dame tu sello, y no te extrañes de nada de lo que ocurra mañana en la entrevista que tengas con el guazir Xohaid.

Vaciló algún tanto Mohámmad antes de decidirse á entregar su sello; pero determinado al postre, por las muchas señales de fidelidad que su kátib favorito le tenía dadas, despojóse de él con estas palabras:

—Toma, Isahack; que Alláh te inspire y te proteja en cuanto hicieres. No soy yo, bien lo sabes, del número de los ingratos, y premiaré tu solicitud si el éxito corresponde á tus esperanzas.

Volvióse á prosternar el kátib, y reiterando al Sultán las seguridades de que la empresa que meditaba habría de alcanzar el éxito apetecido, salió de la cámara dirigiéndose sin pérdida de momento á las habitaciones que en el mismo alcázar tenía el jefe de la guardia del Príncipe, á cuya presencia llegó en breve.

—De orden del Sultán, Príncipe de los muslimes, ¡oh Abú-l-Hasan!—exclamó—manda ensillar dos de los más veloces y resistentes caballos que tuvieres, y haz que esta noche, veinte hombres de los más escogidos de la guardia, se hallen dispuestos y montados á la hora de *al-âtema* (1) fuera de *Bib-Guadi-Ax* (2). A esa hora llegaré yo con otro compañero, para quienes son los dos caballos, y tu gente deberá obedecerme.

Llevó en silencio Abú-l-Hasan las manos sobre la cabeza en señal de obediencia, y apartándose el kátib del alcázar, bajó por *Bib-Al-Lauxar* á Granada, y se encaminó derechamente á su casa, situada cerca de las márgenes del Darro.

Poco tiempo después tornó á subir por el mismo sitio, y penetrando en el palacio, dirigióse sin vacilación al *ad-dar* donde Seti-Mariem vivía, rodeada siempre de las doncellas que habían sido con ella cautivadas en la sorpresa de Al-Mantdar.

Al cruzar el umbral de la puerta, fiel como un perro, presen

(1) Las ocho de la noche.

(2) La puerta de Guadix.

ante el kátib el esclavo negro bajo cuya custodia estaba la nassarena, cortando el paso á Abú-Isahack; pero mostrando éste en silencio el sello del Sultán al etíope, quien le examinó escrupulosamente primero á la luz del candil que llevaba, franqueóle la entrada, poniéndose á sus órdenes con el mayor respeto.

—Oye, Abú-l-Asuad—le dijo el kátib—es preciso que te hable sin que pueda escuchar el rumor de mis palabras otro que Alláh, el alto, (¡ensalzado sea!)

Cerró el negro la puerta, y sin desplegar los labios, echó á andar delante del favorito del Amir, conduciéndole á una pieza subterránea que comunicaba por uno de sus extremos con la sala del baño del *ad-dar*.

—Habla, ¡oh *sidí!*—exclamó entonces el esclavo, dejando sobre una tarima de aliceres el candil, cuya débil luz esclarecía penosamente las tinieblas.

Sacando del asfil que pendía de su cintura un pequeño frasco de vidrio, lleno de una sustancia clara y trasparente como el agua, y presentándolo al etíope, habló entonces Isahack, diciendo:

—El Sultán, nuestro señor (¡esfuércele Alláh!), de cuya orden vengo á tí, ¡oh fiel Asuad! y cuyo sello has visto, quiere que esta misma noche una de las muchachas que sirven á Seti-Mariem beba la mitad del líquido contenido en este pomo. No es Malak-al-maut, no es Iblís quien lo ha puesto en mis manos, sino la voluntad del Señor de los dos mundos.

Asuad permaneció silencioso, y sin manifestar extrañeza alguna tomó el frasco cuidadosamente entre sus manos.

—Escucha, y graba mis palabras en tu memoria como graba el lapidario las alabanzas de los Amires en el *xaguahid* de sus sepulcros (1): mañana, cuando la virtud de este agua haya producido su

(1) Las piedras que á manera de *stellas* se colocan á la cabeza y á los pies de los sepulcros. Llámanse *testimonios*, porque en ellas se hace constar que la persona allí enterrada murió confesando el dogma fundamental del islamismo, contenido en la frase «*La-iláh-ila-Alláh guahduhu-La Xariqun-lahu-Gua Mohámmad rasúl-Alláh.*» No hay Dios que Alláh el Único. No tiene semejante. Mahoma es el enviado de Alláh.

efecto, subirás al *mechle* (1) de Seti-Mariem, y encontrarás allí sus vestiduras. Cógelas sin reparo, así como los collares y las alhajas que allí tendrás manifiestas, y haz que la doncella de Seti-Mariem se engalane con ellas, y oculte su rostro con el *al-haryme* de la nassarena. Teme, sino, la justa cólera del Amir (¡ayúdele Alláh y le proteja!)

Hizo el esclavo un signo afirmativo con la cabeza, y el kátib prosiguió:

—Cuando de orden del Sultán vengan á buscar á Seti-Mariem, entregarás al jefe de los *thaguaxtes* la doncella, sin pronunciar palabra. ¡Alláh sabe y conoce todo! ¡Él te recompensará largamente en el Paraiso!

—¡Amén!—exclamó entonces Asuad.—Será obedecido el Príncipe de los fieles—añadió, llevando el frasco sobre su cabeza, y una de sus manos al pecho y después á los labios.

—Ahora—continuó Isahack—vas á franquearme la puerta del *mechle* de Seti-Mariem, y aunque veas lo que veas y oigas lo que oigas, tus ojos permanecerán ciegos, y sordos tus oídos. ¡Tal es la voluntad del Príncipe excelso, sombra de Alláh, señor de tu vida y de la mía!

Silencioso y grave, como comprendiendo la importancia de sus funciones, inclinóse Asuad, y tomando el candil de hierro, caminó en dirección al patio del *ad-dar*, seguido del kátib.

Después, subiendo la escalera que conducía al camarín, donde reposaba quizás á aquellas horas la hermosa cautiva, abrió en silencio la puerta y se apartó respetuosamente á un lado, para dejar paso al favorito de su señor Mohámmad.

Sentada negligentemente en uno de los taburetes de la estancia, hallábase Mariem inmediata á las caladas celosías del ajiméz, aspirando con delicia el perfume de la brisa, que oreaba su rostro y traía al par en sus alas el rumoroso eco de las aguas del Darro, y el sordo y lejano murmullo de la población de Granada, en aquel momento solemne del crepúsculo en que la vista no acierta á distinguir al am'— del enemigo.

(1) Aposento, lugar de residencia donde se toma asiento.

En actitud meditabunda, tenía apoyada la frente en la columnilla de alabastro sobre la cual volteaban los dos arcos del ajiméz, y no pareció advertir la presencia de Isahack, abismada, como estaba, en cavilaciones que nada seguramente debían tener de risueñas ni de alegres, cuando el arco de sus cejas aparecía contraído y fruncidos los labios.

Permaneció Isahack un momento contemplándola en aquella disposición; y abandonando sin hacer ruído el aposento, volvió á descender la escalera, dejando antes la puerta entornada.

Con el auxilio de Asuad abrió la que ponía en comunicación el *ad-dar* de Seti-Mariem con el espeso bosque sobre el lecho del río, y siguiendo allí la oscilante vereda que costeaba la colina por aquel lado, llegó sin ningún tropiezo á las últimas estribaciones de la Almedina, donde le aguardaba, oculto ya por las sombras de la noche, un hombre envuelto cuidadosamente en los oscuros pliegues de su albornoz.

Cambiada entre ambos la seña, sin duda de ante mano convenida, trepaban en silencio por las pendientes sendas, y cuando lograban penetrar en el *ad-dar* de la nassarena, habíanse ya borrado por completo en el firmamento los últimos y enrojecidos destellos del sol poniente, reinando la oscuridad en el espacio.

Evitando todo ruído y guiados por el etíope, llegaron á la antecámara de Seti-Mariem, subiendo la escalera y entrando finalmente en el aposento de la amada del Sultán, cuya actitud no había en nada variado, sin que Isahack y el desconocido hubiesen cambiado entre sí palabra alguna.

Ya en aquel sitio, desembarazóse el embozado de su albornoz, y á la templada luz de la lámpara habría en él podido reconocerse al anciano marabut que pocas horas antes había sido consultado por el Amir respecto de la misteriosa embajada de Xohaid.

Mientras el kátib se recogía en uno de los extremos de la estanci[illegible]rguíase el marabut, y adelantando un paso en actitud solemne, le[illegible]taba ambas manos en dirección á Mariem, fijando en ella la mira[illegible] y pronunciando en voz baja y misteriosa la sagrada invocación:

En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!

Pendían de la oscura túnica que llevaba vestida multitud de amuletos de varias formas y tamaños distintos, unos encerrados en pequeñas bolsas de cuero, otros á manera de rosario, y otros, por último, cosidos en el mismo ropón, con lo cual se acrecentaba por extremo el respeto que desde luégo imponía la presencia del religioso.

A medida que éste, con los brazos siempre tendidos hacia la cautiva y las manos abiertas, avanzaba en la oración que confusamente murmuraban sus labios, Seti-Mariem, sin variar la postura en que se hallaba, extremecíase sensiblemente, como si oculta y misteriosa mano agitase su cuerpo; y como si los genios se hubiesen apoderado de su espíritu, separándolo de su terrestre envoltura, cerráronse sus ojos, encorváronse sus miembros, y rígida al fin, cual un cadáver, habría sin duda caído sobre el pavimento, si el marabut, adelantándose rápidamente, no la hubiese recibido en sus brazos.

Imponiendo una mano en la frente de aquella hermosa mujer, que Alláh creó para martirio del Amir y que el anciano estrechaba sobre el pecho, miróla fijamente, y al cabo de algunos minutos de terrible angustia para Isahack, cuyos ojos apenas se atrevían á dar crédito á cuanto presenciaba, oyó la voz clara y distinta del religioso preguntando á la nassarena:

—Mariem, ¿duermes?

Acercóse el kátib en aquel momento y pudo ver el rostro de la hermosa, en el cual había impreso el sueño sus huellas, y cuyas facciones, así como cuya respiración, parecían completamente tranquilas.

A la pregunta del marabut contrajéronse los músculos del semblante de Mariem, moviéronse sus labios, y, al fin, con dificultad y con acento extraño, oyósela contestar afirmativamente.

—En el nombre del Todopoderoso—volvió á decir el anciano—yo te mando, ¡oh Seti-Mariem! que penetres en las sombras del pasado, y volviendo los ojos al palacio del guazir, Mohámmad Al-Lahmi (¡Alláh sea en su guarda!) me digas quién es la persona que al[illegible]e hospeda, de dónde viene y qué misión trae á la córte del magr[illegible]o Mohámmad, mi señor y dueño, á quien Alláh preserve de todo m[illegible] y proteja con su clemencia.

En la angustia indescriptible que descomponía el semblante, descolorido y alterado, pero siempre hermoso de la cautiva; en el nervioso fruncimiento de sus doradas cejas y en lo anheloso y difícil de su respiración, notaron Isahak y el marabut, no sin zozobra, que Seti-Mariem, haciendo penosísimos esfuerzos, procuraba obedecer las órdenes recibidas; y al fin, colmando las esperanzas y satisfaciendo los deseos de ambos, después de un largo suspiro, los ojos de la nassarena penetraban á través de las sombras, para ella disipadas por los buenos genios, contemplando el palacio de Mohámmad Al-Lahmí y en él al guazir Xohaid, cuya figura describió menudamente, siguiendo luégo las huellas de su camino hasta Granada y viéndole salir de la hermosa población de Fez para encaminarse á Al-Andálus.

De pronto, y cual si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen roto de un solo golpe, violenta conmoción se apoderó de ella, exhalando agudísimos lamentos.

—¿Qué ves?... ¡Habla!—ordenó el anciano sorprendido y con acento imperioso.

Presa de horribles contracciones, Seti-Mariem guardó silencio; y, al cabo, sus labios dejaron escapar terrible grito.

—¡No puedo! ¡Nó! ¡No puedo!—exclamó Mariem con angustia.

—¡Habla!—volvió á ordenar el marabut solemnemente.

—¡No es posible! ¡Dios mío! ¡Piedad!

—¿Qué ves?—preguntóla en tono imperativo el anciano.—¡Habla! ¡Yo lo quiero!

Agitóse de nuevo el cuerpo de la cautiva, y, lanzando prolongado suspiro, moviéronse sus labios torpemente.

—Veo—dijo—á mi esposo y señor don Sancho Sánchez... Le oigo hablar con el Sultán Abú-Thaleb de Fez, y...

—¿Qué dicen? ¡Oye!

—Ya oigo: Abú-Thaleb le promete que recobrará su esposa, y Xohaid recibe el encargo de venir por ella á Granada.

—¿Luego no es que Abú-Thaleb desee la posesión de la nassarena?—interrogó el marabut.

—¡Nó, nó! ¡Que Dios le bendiga! ¡Desea que Sancho Sánchez re-

cobre su esposa, y Sancho Sánchez despide á Xohaid con lágrimas en los ojos! ¡Vive! ¡Vive don Sancho! ¡Bendito sea Dios!

—Ya sabemos bastante—dijo Isahack al religioso—y pues la embajada del africano reconoce ese origen, si es verdad lo que Seti-Mariem acaba de manifestar, es preciso tomar una determinación.

—¡Alabado sea Alláh!—exclamó el marabut.—Puedes, ¡oh Isahack! hacer lo que desees. Esta mujer no se opondrá á tus designios; el genio del bien se ha apoderado de ella, y no despertará hasta que yo quiera.

Llamando entonces el kátib al esclavo, dióle orden para que despojase de sus galas á Seti-Mariem; y así que hubo ejecutado lo dispuesto y hubieron las esclavas vestido á la cautiva traje distinto, cargaron Isahack y el marabut con el rígido cuerpo de la hermosa, y así, alumbrados por el etíope, salieron del *ad-dar*, internándose en el bosque sobre el río.

A la hora prefijada llegaban ambos á *Bib-Guadi-Ax*, donde esperaban al kátib un grupo de jinetes y dos caballos ensillados, cada uno de los cuales ocuparon Isahack y el religioso; y sujetando el primero el cuerpo de Mariem, clavaron los acicates en los ijares de sus cabalgaduras, y al galope se perdieron por el camino de Guadix, seguidos en la sombra por los jinetes.

XIV

El alba despuntaba espléndida y brillante en el Oriente, cuando la cabalgata, después de haber caminado toda la noche, se detenía ya lejos de Granada, en una cañada amplia y extensa que cruzaba en sentido oblícuo un riachuelo.

Al O., con su creciente caserío, quedaba *Hissn-al-Lauz* (1), cuyos almenados murallones desaparecian por completo ocultos tras de las empinadas crestas de los montes, al pie de los cuales se abría la cañada; allá, al Oriente, en las mesetas superiores de la sierra, aún no se distinguía, envuelto en la ligera niebla de la mañana, el pueblecillo de Moredha, cuyos tranquilos habitantes, por lo hermoso del terreno, habían dado á aquel lugar el nombre que ostentaba y parecía merecer con justicia (2); y allá, al N., siguiendo la cañada, y si las sinuosidades del suelo lo hubieran consentido, habríase á poca distancia divisado á Cardela y Guadihortuna, que blanqueaban en medio de aquella vegetación exuberante.

Luégo de hecha con las aguas del riachuelo la ablución legal, apeábanse á la margen opuesta los jinetes, y postrándose en tierra todos ellos, hacían la oración ó *ssalá* de *al-fachrí* (3), con lo cual, y

El castillo del Almendro, hoy Iznalloz.

Aunque no es conocida en realidad la verdadera ortografía de este nombre, pue
n embargo, estimarse como *lugar de complacencia* ó de *ventura*.

La oración del alba.

llevando del diestro los caballos, encima de uno de los cuales permanecía sujeto el cuerpo de Seti-Mariem, aún aletargada, penetraban decididamente en la cañada, tan honda y tan quebrada toda ella, que no parecía sino subterránea galería ó que caminaban acaso por las mismas entrañas de la tierra.

Grandes, deformes, encrespados y revueltos eran los cerros, á veces cortados perpendicularmente sobre la cañada, á veces jibosos, en ocasiones levantándose como un bloque gigantesco, otras accidentados y abiertos por grandes grietas horizontales, y otras, por último, subiendo lentamente hasta concluir en agudísima cresta que, á lo lejos, semejaba el gallardo al-minar de alguna mezquita.

Cubiertos en su mayor parte de vegetación, encajonaban en sus caprichosos viajes de tal modo la cañada, que á pesar de ser ésta ancha y relativamente llana como un valle, la luz incierta del alba no conseguía desterrar á aquella hora de tales sitios las tinieblas de la noche, que parecían buscar allí seguro asilo contra el influjo del sol naciente que las disipaba.

Sin detenerse á contemplar el aspecto selvático y grandioso al par de aquel paraje, Isahack, seguido del anciano marabut y de los jinetes de la guardia, prosiguió en su camino.

En el fondo de uno de los recodos de la cañada, al pie de la pequeña sierra que en forma de piña les servía de defensa, como flores de jazmín, se destacaban entre las ramas de los árboles y de los huertecillos que aparecían tendidos hasta el llano algunas casas blancas, de hechura informe y desigual, con sus cubiertas de cañizo las más y algunas con sus tejados ennegrecidos, en los cuales flotaban como penachos al soplo de la brisa matutina matas de jaramago harto crecidas, con sus flores amarillentas y sus verdes y derechos vástagos.

Mas allá, al N., en dirección de Cardela, dominando la sierra, en cuya falda se recostaba con muelle voluptuosidad el pueblecillo, se levantaba erguido y majestuoso, en línea vertical que no alteraban las salientes y rojizas rocas de que se hallaba formado, con alg. arbustos silvestres que brotaban de las hendiduras de la peña, cerro de mayor elevación y más escarpado que cuantos hasta en ces habían podido allí notarse, el cual parecía tajado de un solo g

por la espada de algún gigante; y en lo alto, casi tocando con sus almenas en las nubes, ostentábase con su gallarda y cuadrada torre, que hería de filo el sol naciente, un castillo semejante á un nido de águilas y cuya silueta se destacaba como una mancha oscura sobre el azul diáfano y trasparente del firmamento.

Tomado algún descanso y repuestas las fuerzas, mientras una parte de los jinetes, guiados por Isahack y el marabut, seguía la estrecha senda, abierta en la roca viva, que conducía al castillo, llevando el cuerpo de Seti-Mariem entre dos soldados, el resto de la fuerza permanecía en el pueblo cuidando las cabalgaduras.

Por fin, y tras larga y fatigosa caminata, Isahack y los suyos coronaron el cerro, desde cuya cima, ¡cuán sorprendente y cuán hermoso era el espectáculo que á los ojos se ofrecía!

¡Alabado sea Alláh, creador de los cielos y de la tierra! En aquellas alturas, la extensa cañada, cubierta de verdura y regada por diversas acequias que nacían en la falda del cerro del castillo, semejaba honda y oscura sima sumergida en tinieblas; y salvando la vista las cumbres caprichosas de los montes, que por lo accidentados y frecuentes parecían gigantescas y encrespadas olas de un mar tempestuoso, distinguíanse, aún envueltas en la blanca neblina de la mañana, al N. Cardela y Guadi-hortuna, Moredha al E. é *Hissn-al-Lauz*, el fuerte del Almendro, al SO.

Abierta la poterna del castillo, penetraban en él los expedicionarios; y al propio tiempo que el cuerpo de la hermosa nassarena era depositado en una de las cuadras de aquel militar y sólido edificio, Isahack, mostrando al asombrado alcaide el sello del Sultán, recomendábale que honrara á la cautiva como si fuera la esposa del Príncipe, y el marabut, encerrándose con Seti-Mariem, evocaba de nuevo á los genios del bien sus servidores y devolvía la vida á aquella mujer, que hasta entonces había semejado un cadáver.

Cuando volvió en sí, ya hacía largo rato que el kátib y el an-...no habían desaparecido; y al contemplar el extraño atavío de ...ella estancia, tan distintamente alhajada de como lo estaba su ...gnífico camarín de la Alhambra, Mariem se creyó presa de alguna ...adilla y sus ojos volvieron á cerrarse, no tardando mucho en acu-

sar lo igual y tranquilo de su respiración que el sueño se había apoderado benéfico de su espíritu, para dar descanso al cuerpo, por extremo quebrantado.

....

Lágrimas de verdadera y profunda pena vertían los ojos del Imám Mohámmad, al dejar en poder del enviado del merinita aquella mujer que él había amado toda su vida, aquella mujer, que había sido su aspiración constante y cuyo amor había logrado merced á la influencia misteriosa de los genios invocados por él, como último recurso, en su desesperación y en su tormento.

La esbeltez de su figura, la morbidez de sus formas, el perfume que exhalaban sus vestiduras, las joyas que la engalanaban, todo, todo demostraba al Príncipe que el sacrificio estaba consumado; que aquella mujer, de la cual quedaba hecho dueño Xohaid en nombre del Sultán de Fez, era la criatura que llenaba todos los momentos de la existencia de Mohámmad.

Por eso, para no poner de relieve ante el guazir del merinita la debilidad de su alma, había huído el Príncipe antes de que sus ojos hubieran podido contemplar al descubierto el semblante de la cautiva de Al-Mantdar, en cuyas miradas se traslucían á través de las lágrimas el asombro y la ansiedad más grandes.

Mucho había fiado en su kátib predilecto, cuyo ingenio inagotable no carecía jamás de recursos; pero Isahack no estaba á su lado para animarle; hacía dos días que no parecía por el palacio, y en balde era que los guazires todos y, en especial Mohámmad Al-Lahmí, tratasen de poner de manifiesto á los ojos del Sultán la conveniencia para Granada de que cediese, para bien del Islam y de su pueblo, sacrificando su corazón á la paz de los muslimes.

Cuando Xohaid hubo partido del alcázar y sobre la arena de la *xareâ* (1) que se abría delante de la morada de los Jazrechitas resonaron los cascos de los caballos, lanzó Mohámmad un suspiro y cayó sollozando sobre uno de los divanes que amueblaban aquel aposento.

(1) Plaza.

Consternados los circunstantes, no se atrevían á prodigar frase alguna de consuelo al Príncipe, y permanecían silenciosos, graves y dolientes; pero de pronto, abriéndose paso entre los cortesanos, penetró hasta el Sultán el kátib Isahack, cuyo rostro resplandecía de satisfacción mal disimulada.

—¡Oh señor y dueño mío!—exclamó, cayendo de rodillas á las plantas de Mohámmad.—¡Que la luz de la alegría vuelva á iluminar tu excelso rostro, y que tu corazón recobre la paz que juzgas perdida para siempre!

Apartó Mohámmad las manos con que cubría el semblante, y fijando la mirada en su kátib, al ver las muestras de regocijo con que éste llegaba á su presencia, dijo con triste acento:

—¡Ya para siempre se apagó la luz en mi alma! ¡Sombras densas y oscuras me rodean, y *Saâda* (1) huyó de mí como huyó Alláh las sugestiones de Xaythán el apedreado!

—Todos los días, ¡oh señor excelso y magnífico! el sol parece caer desfallecido y muerto en lecho de tinieblas; pero al amanecer se ostenta lleno de regocijo y poderoso, y á su presencia huyen desvanecidas las nieblas de la noche!... Tú eres el sol, ¡oh Mohámmad! y ahora te juzgas descaescido y muerto dentro de un sepulcro abrumador y oscuro; ¡pero no tardará en brillar la estrella de la mañana, y despertarás más feliz, más fuerte, más poderoso que nunca! ¡La bendición de Alláh sea contigo!

Comprendió el Sultán que su kátib deseaba decirle alguna cosa reservada, y haciendo seña á los guazires y cortesanos, abandonaron éstos la *cobba*, y así quedaron solos y frente á frente Isahack y Mohámmad.

—Si alguna buena nueva tienes que darme, ¡oh Isahack! no tardes en participármela... ¡Habla, por Alláh! Calma, si á tanto llega la virtud de tus palabras, la angustia que me devora.

—¡Préstame, señor, oído, y cesará tu angustia!—repuso el kátib.—...rá Seti-Mariem, (¡Alláh la proteja!) en manos del Sultán Abú-...leh, ni dejarás tú de gozar su amor, ya que es tu vida.

(1) ...a felicidad.

—¡Qué dices!—interrumpió el Sultán sin poder contenerse.—Pues qué, ¿no han visto mis propios ojos al alma de mi alma salir del recinto de mi alcázar y ser conducida por Xohaid?... ¿No he visto la turbación de su semblante en aquel momento supremo, y la angustia que se había apoderado de todo su ser, como es dueño del mío?... ¡Ah, Isahack! ¡Isahack! No seas cruel, y no te olvides de que hablas al Sultán, tu señor!

—Aquí tienes tu sello—prosiguió el kátib sin hacer alto en la amenaza de Mohámmad, y entregando á éste el que de sus manos había recibido.—¡Que mi alma, oh magnánimo Príncipe, sea condenada á sufrir eternamente los tormentos del *chahanem!* ¡Que la misericordia de Alláh me sea negada en el último trance de mi vida, si te han mentido mis labios! Eso que has visto, eso que han contemplado tus ojos, es sólo ilusión de los sentidos, vanas apariencias sin realidad, porque Seti-Mariem está, es verdad, fuera de las murallas de tu córte, pero está custodiada en uno de tus castillos donde nadie más que tú pueda sospechar su existencia.

Y antes de que volviese el Amir á interrumpirle, púsole al corriente de cuanto había descubierto el marabut por medio de la mágia, y, por tanto, de que la demanda hecha por Xohaid á nombre del Sultán de Fez era sólo para complacer á Sancho Sánchez, el alcaide de Al-Mantdar, marido de Seti-Mariem, cuya muerte habían tenido por cierta hasta aquel entonces, y que aparecía lleno de vida en tierras de Ifrikia, reclamando aquella mujer que le había pertenecido.

—¡Quiero verla, sí, quiero verla!—dijo el Sultán cuando el kátib hubo concluído su relación—Todavía labra en mi espíritu la creencia de que esa esclava es la misma señora de mis pensamientos!

—¡Nó, no es ella!—repuso Isahack—Es una de las muchachas que la servían, y que por orden mía ha reemplazado á Mariem, vistiendo sus joyas y sus trajes.

Y refirió entonces el medio de que se había valido para obligar á aquella cautiva, utilizando para ello un filtro compuesto por él mis[illegible], y cuya eficacia era tal que sólo se desvanecería al cabo de qu[illegible]e días.

Quitóse Mohámmad, al escuchar aquellas nuevas, para él tan li[illegible]-

jeras como gratas, el ancho collar de oro y hermosas balaxes de cambiantes aguas que traía al cuello, y echándolo sobre los hombros del kátib en señal de reconocimiento, levantóse satisfecho, reiterando su deseo de salir cuanto antes de Granada para ver otra vez á Seti-Mariem, lejos de quien le era imposible la vida.

Aquella noche, con efecto, el Príncipe, acompañado de su fiel Isahack y de algunos soldados, abandonaba secretamente á Granada, y siguiendo el camino de *Hissn-ál-Lauz*, llegaba á Piñar, á cuya altísima fortaleza subía sin tomar apenas descanso.

XV

En medio del placer sin límites que experimentaba al considerar que su amada Mariem no sería ya separada de sus brazos, no se ocultaba á la clara penetración del Sultán Mohámmad (¡haya tenido Alláh clemencia de su alma en la otra vida!) la gravedad de aquella suplantación, en la que no había tenido parte.

Comprendía que, viviendo Sancho Sánchez, á quien había dado por muerto después de la feliz sorpresa de Al-Mantdar, y protegiendo el Sultán de Fez al nassarí en los términos que bien demostraba la venida del guazir Xohaid, no duraría largo tiempo el engaño, y que Abú-Thaleb habría de significar de algún modo su enojo por la conducta que todas las apariencias le harían atribuír al Príncipe granadino, lo cual podría ser origen de complicaciones para la seguridad de sus Estados.

Si dejándose llevar de su natural bondadoso, había en un principio pospuesto al bien común el suyo propio, entregando la que él juzgaba ser la misma Mariem,—una vez realizado aquel trueque, no se sentía con fuerzas para sacrificar de nuevo su pasión, y temía ... uniéndose el meriní con el castellano, cayeran ambos de re-... sobre él, caso en el cual, y teniendo en cuenta la rebeldía de ...no el gualí de Guadix, acaso no contaría con elementos sufi-... para oponerse á tantos enemigos.

Como el león cercado se apresta á defender en el desierto á sus cachorros, así también Mohámmad se aprestaba, á pesar de todo, á defender á la mujer á quien amaba; y deseoso de que nadie llegara á sospechar en Granada la causa de la guerra que en breve debía estallar según sus cálculos, meditaba la forma en la cual podría gozar sin recelos ni zozobras del amor de aquella mujer, por quien todo su ser se enardecía y por quien todo lo arriesgaba.

Así, pues, mientras Abú-Thaleb, lleno de justo encono, ideaba en Fez la manera de vengar el ultraje que Mohámmad le había inferido burlándose de él, el granadino daba orden á su primer guazir, Mohámmad Al-Lahmí, para que buen número de los cautivos, hechos en las gazúas anteriormente realizadas por Mohámmad II en tierra de Castilla, se pusieran bajo la dirección del jefe de los albañiles (1) secretamente en camino para el pequeño pueblecillo de Piñar, so color de fortificar el castillo y preparar la expedición que proyectaba contra el gualí de Guadix, que se había negado á reconocerle como Amir de Granada.

No con otro propósito que con el de favorecer sus ocultos designios, convocadas las tahâs y al frente de las tropas, salía el Príncipe de su corte algunos días después de aquel en que, cumpliendo su mandato, habían marchado á Piñar los cautivos; y llamando á su presencia allí al jefe de los albañiles, encerrado con él largas horas en el castillo, comunicábale la idea de que, sin pérdida de momento y cuanto antes, taladrando las entrañas del escarpado cerro, fuera en los senos mismos de la roca labrado fastuosísimo palacio, oculto á las miradas de los hombres en tal sitio y con tal arte dispuesto, que nadie pudiera sospechar jamás su existencia, debiendo servirle de corona la enhiesta y resistente fortaleza levantada en la cima de aquel monte.

Iba ya por entonces mediada la sagrada luna de Dzu-l-Hicháh (2), durante la cual se había con toda ostentación y religioso aparato celebrado la *âid-al-kibir* ó páscua grande, y eran tan fuertes los —

(1) Arquitecto.

(2) Mediados del mes de Agosto de 1302.

lores y el tiempo tan seco, que no parecía sino que el firmamento caía derretido á los rayos abrasadores del sol, sin que las suaves brisas de la noche alcanzaran á templar los rigores de la estación, ya por extremo adenlatada.

Acampadas á la falda del cerro, donde como nido de águilas se ostenta *Hissn-al-Lauz*, á corta distancia de Píñar, soportaban las tropas inactivas las inclemencias del tiempo, ansiando por momentos trocar aquellas fatigas que les agobiaban por los azares de la guerra, y sin comprender cómo la arrogancia del gualí de Guadix Abú-l-Hachách no había aún dado señales de resistencia, cuando tan cerca se hallaba el Sultán de los dominios de su rebelde primo.

Sentían los guerreros de Granada que el bélico aparato desplegado por Abdil-Láh para reducir á la obediencia al mal aconsejado prócer, y la premura con que el ejército había salido de la corte en son de guerra, á pesar de las prescripciones del Profeta (¡reverenciado sea su nombre!), quedaran reducidos á aquel alarde estéril; y deploraban que los siervos del Misericordioso, en lugar de combatir por la gloria del Islam contra los idólatras, se despedazasen entre sí, debilitándose y ofreciéndose como fácil presa á los nassaríes, quienes no de otro modo que el buitre acecha para devorarlos los restos del combate, espiaban el momento oportuno para caer sobre los muslimes cuando éstos carecieran de fuerzas para resistirles y rechazarles.

Cundían y se propalaban entre jefes y soldados la murmuración y el descontento, á que daba apariencias de legitimidad la inactiva permanencia de las tropas en las quebradas de la sierra; pero nadie hubiera osado patentizar su desagrado, guardando ocultos en el fondo de su alma ó en el escondido rincón de las tiendas el recelo y la desconfianza que poco á poco iban apoderándose de los guerreros.

No era, cual éstos sospechaban, desconocida para Abú-l-Hachách la presencia de Mohámmad y de los suyos en el territorio de su inediata obediencia, ni estaba tampoco desprevenido: antes bien, nocioso de los designios ostensibles del Sultán, habíase puesto en counicación con el Infante don Enrique de Castilla, que tenía á la zón la guarda de la frontera por el Sultán don Ferrando, y persis-

tiendo en su propósito de negarse á reconocer la soberanía de su primo, poníase incondicionalmente en manos de los enemigos de la fe, como en otro tiempo lo habían estado sus parientes los Axkilulas bajo el patrocinio y la protección del Sultán Adhefunx *Al-Alim*—para que éstos le ayudasen contra el Amir de los muslimes de Granada, con cuyo objeto había solicitado del Infante le protegiera y amparase con su poder y con su gente.

Mientras tanto, y á fin de dar ocasión á que los refuerzos con viva instancia solicitados de Castilla pudieran engrosar sus huestes, despachaba Abú-l-Hachách á Mohámmad sus emisarios, haciéndole inadmisibles proposiciones de pleitesía, exponiéndole sus agravios y procurando por todos los medios ganar tiempo para sorprender las tropas del Sultán de Granada cuando las suyas propias estuvieran en disposición de provocar el combate; conducta que, sin dejar de ser sospechosa para el granadino, servíale á las mil maravillas, permitiéndole continuar en el castillo de Píñar, donde vigilaba los trabajos que en el corazón del monte ejecutaban con gran premura los cautivos cristianos, y gozaba al par de las caricias de Seti-Mariem, que eran su gloria.

Contribuía poderosamente á explicar, por otra parte, la actitud en que permanecía Mohámmad con su ejército, la severa prohibición que había hecho Mahoma (¡complázcase Alláh en él!) de pelear en ninguno de los meses sagrados (1); y en tanto que alentaba con su presencia las obras del magnífico alcázar por él ideado en las entrañas de aquel cerro, donde pretendía ocultar al mundo entero sus amores, esperaba, en medio de los placeres inefables del Paraíso, que terminase la luna de Dzu-l-Hicháh con que también terminaba el año, y espirase la de Moharram, con la que daba principio el año siguiente de 702 de la hégira.

(1) Según el *Korán*, durante los meses sagrados, que lo son los de Xagual, [illegible] Caáda, Dzu-l-Hicháh y Moharram, está prohibida la guerra entre los fieles crey[illegible] aunque no contra los idólatras; llegando á tal extremo el rigor, que en todo este ti[illegible] no puede darse muerte á nadie, á no ser en caso de extrema necesidad (*Korán*, sur[illegible] aleya 36).

En tal disposición se hallaban, pues, los asuntos del reino de Granada, cuando determinado al fin enviaba el Sultán Abú-Thaleb nuevo emisario á la corte de los Al-Ahmares, portador de una carta, harto expresiva, en la cual reprochaba ágriamente el merinita á Mohámmad la doblez inconcebible con que había procedido, y le amenazaba sériamente con invadir y aun apoderarse de sus Estados si no hacía aquella vez solemne y formal entrega de la cautiva de Al-Mantdar á la persona por él mandada con tal objeto.

A la noticia del arribo á Granada de la embajada africana, dejó Mohámmad confiado el mando del ejército á su hermano Nassr, y partiendo para su palacio, recibía en él con toda ostentacion á los embajadores, recelando, y no sin causa, de las intenciones de Abú-Thaleb, aun antes de haber leído la carta de que eran aquéllos portadores.

Puestos en presencia del Sultán granadí, prosternábanse éstos en señal de acatamiento, y haciendo entrega de la misiva del Sultán de Fez, después de cumplidas las ceremonias de costumbre en semejantes actos, alzábase Mohámmad del ancho y levantado asiento que ocupaba, y encarándose con el que parecía hacer cabeza de los enviados, así exclamó con acento tranquilo aunque firme:

—Bien sabe Alláh (¡ensalzado sea!) que he procurado complacer en todo á vuestro señor y dueño Abú-Thaleb (¡derrame Alláh sobre él constantemente sus beneficios!). Duéleme ahora que, lejos de corresponder á la amistad que yo le profeso y á la deferencia con que atendí su ruego, me amenace de la suerte que lo hace. Era la hermosa nassarena que le envié con su guazir Xohaid la gala de mi harem y la gloria de mi corazón; por complacerle, impúseme el sacrificio de privarme para siempre de las caricias de aquella mujer á quien amo todavía, y preferí vivir sin la luz de sus miradas, sin el calor de su cariño, á dejar de atender el ruego de vuestro señor... ¿Cómo he de hacerle segunda vez entrega de lo que tiene ya en su poder? Decidle, pues, que mientras sus amenazas no me imponen, tampoco, aunque ...siera, me sería dado complacerle segunda vez, cuando la prenda ... me pide es la que con harto dolor de mi alma llevó á Ifrikia su ... Xohaid, y que espero que, convencido de la lealtad de mi con... sabrá devolverme la estimación y el afecto que tan necesarios

son para sacar triunfante de los *cafres* (1) el Islam y hacer prevalecer la ley á despecho de los infieles.

En tanto que Mohámmad pronunciaba lentamente estas palabras, había dado reiteradas señales de impaciencia uno de los embajadores de Abú-Thaleb, cuyo rostro aparecía oculto bajo la capucha del albornoz que le envolvía; y así que hubo terminado el Sultán, adelantando hacia él, exclamaba sin poder contenerse:

—¡Mientes! ¡Mientes, engendro ponzoñoso de Satán! ¡No tendrás valor para decirme á solas cuanto acaban de manifestar tus lábios desleales!

Quedó el Sultán desconcertado al escuchar aquellas inesperadas imprecaciones, y conteniendo á duras penas su enojo, con grande asombro y temor de los circunstantes, hizo señal á todos de que deseaba quedar á solas con el atrevido.

Obedeciendo en breve, y cuando el rumor de los pasos de africanos y granadinos se hubo extinguido por completo, apresuróse á descender del estrado en que se hallaba, y dirigiéndose al encubierto, que permanecía en pié mudo y silencioso, llegóse á él y adelantó la mano hacia el capuchón que ocultaba su semblante; pero antes de que hubiera podido realizar su deseo de descubrir al enviado, éste había dejado caer á la espalda el albornoz, ofreciendo á las atónitas miradas de Mohámmad el iracundo rostro del alcaide de Al-Mantdar, don Sancho Sánchez.

—¡Mírame!—decía con voz colérica el cristiano.—¡Sí! ¡Yo soy! ¡Yo, á quien no puede engañar tu perfidia! ¡Yo, que vengo á reclamarte el tesoro de pureza que me robaste infamemente! ¡Yo, que por la clemencia de Dios he podido sobrevivir, no ya á los golpes de tu espada, sino al dolor de verme separado de mi adorada doña María y de mis hijos! ¿Dónde está, infame, la prenda de mi cariño? ¡Responde!

—¡Alabado sea Alláh! ¡Él solo es grande!—replicó Mohámmad, ya repuesto.—¡Conque al fin, eres tú mismo quien viene á ponerse en mis manos! La humilde cervatilla viene á desafiar al león en su morada! Pues bien, don Sancho, yo no sé más que un modo de contestar [illegible]s

(1) Los impostores, infieles, y por extensión los cristianos.

insultos. La mano del *mexuar* (1) sabrá imponer silencio á tu lengua maldiciente. ¡Alláh lo ha dicho!: «Observad religiosamente con los infieles los pactos que hayáis celebrado con ellos durante todo el tiempo que duren. Alláh ama á aquellos que le temen» (2). ¿No recuerdas, ¡oh don Sancho! el pacto que celebramos tú y yo después de haberme apoderado de Al-Mantdar? ¿No recuerdas que el premio del vencedor en el combate había de ser la hermosa nassarena, á quien yo adoraba mucho antes de que tus ojos se hubieran recreado por vez primera en la contemplación de su semblante, bello como la luna llena? Pues si aceptaste el pacto, si quedaste vencido en el combate, si triunfó mi brazo de tu brazo y mi espada de tu espada, ¿con qué derecho vienes hoy á reclamarme lo que es mío?

—¡Yo no podía negarme á tu proposición, Príncipe sanguinario, porque era tu cautivo—repuso don Sancho—porque tú eras el fuerte y yo el débil; porque ansiaba entonces, como ahora, derramar tu sangre maldita para hartarme en ella, asesino de mi honra!

—Ten, por Alláh, la lengua, don Sancho—expresó, no sin cólera, el Sultán—y para que veas la lealtad con que procedo; para que veas antes de morir cómo es para mí imposible desprenderme del amor de Seti-Mariem, quiero llevarte á donde está, y escucharás de sus labios la confesión de su cariño. Si después de esto—añadió—pretendes todavía que te entregue á Seti-Mariem, ¡que Alláh tenga piedad de tu alma!

—¡Que Dios maldiga la tuya!—rugió don Sancho lleno de coraje.

—¡Estás en mi poder y me insultas!... ¡Qué importan al león los ladridos del gozque!—exclamó con acento despreciativo el Sultán dirigiéndose á la puerta.

—Te equivocas, Mohámmad—replicó don Sancho siguiéndole.—No estoy en tu poder, no soy tu cautivo: soy el enviado del Sultán mi señor Abú-Thaleb á quien represento.

—Ya lo veremos, insensato—dijo Mohámmad.—Si tienes un buen cel—prosiguió, deteniéndose—y no te impone la fatiga, monta en

(1) Verdugo, ejecutor de las justicias.
(2) *Korán*, sura IX, aleya 4.

él como yo voy á hacerlo en mi caballo, y sígueme... Oirás de labios de Seti-Mariem tu sentencia.

—¡Acepto, Mohámmad! Y si ella es tan infame, si es tan odiosa criatura como para haber olvidado, no sólo á aquél á quien ante Dios y ante los hombres juró eterna fe, sino también á sus hijos, entregándose lasciva y loca en brazos de una pasión criminal, entonces...

Y don Sancho se detuvo sin acabar de dar forma al pensamiento que latía en su mente.

Recogiéndose después la capucha y volviendo á celar con ella el rostro, á pesar de los fuertes calores y de que el sol brillaba como encendida brasa en el zénit, montó al salir del alcázar el trotón en que había llegado, y despidiéndose de sus compañeros de embajada, esperó allí á que el Amir de los muslimes le encontrase.

Pocos momentos después, oprimiendo los lomos de un poderoso bayo, apareció Mohámmad; y picando espuelas ambos á sus monturas, sin decir palabra salieron al galope, llegando á *Bib-Guadi-Ax* antes de que la escolta hubiera podido alcanzarles.

XVI

Dos horas más tarde, cubiertos de sudor y de polvo, sin haber cambiado entre sí la menor frase, con los labios secos y el corazón palpitante, llegaban á Píñar Mohámmad y don Sancho, y sin detenerse apenas para apearse de sus fatigadas cabalgaduras, trepaban ardorosos y enconados por las pendientes y revueltas del cerro, sobre el cual reflejaban como en un espejo los rayos solares, y llegaban casi sin aliento á las puertas del castillo.

Ni una ráfaga de viento corría en aquellas alturas, ni ellos habían echado de ver que sus ropas estaban empapadas de sudor. Como un torbellino traspusieron el umbral del castillo; y, seguido siempre por don Sancho, con la violencia del huracán desencadenado, atravesaba el Sultán las habitaciones y cuadras de la fortaleza, sembrando el asombro entre el alcaide y los pocos soldados que le custodiaban y guarnecían.

Había, sin embargo, procurado Mohámmad evitar cuidadosamente, al salir á la plataforma del cerro, el que don Sancho pudiera advertir las obras que en él ejecutaban por su mandado; y así que hubieron ado á una de las estancias vecina á la ocupada por Seti-Mariem, ·óse el Amir hacia el caballero, y con acento breve le dijo:

Desde este lugar, don Sancho, puedes oir cuanto diga Seti-Ma- y puedes verla á tu albedrío. Permanece, pues, aquí, y cuando

te hayas convencido de la verdad de mis palabras, entonces vendré á buscarte.

No contestó don Sancho á la propuesta del muslime; la angustia y la emoción le ahogaban, y la lengua, seca más por el dolor que por la fatiga, negábase indócil á articular sonido alguno; pero asiendo al Sultán por una mano, llevóle al extremo más apartado de la cuadra en que estaban, y allí, con voz apagada y lenta, exclamó:

—¡Mohámmad, Mohámmad! ¡Ay de tí si me engañas! ¡Ay de tí si doña María no confirma tus palabras!

Miró ceñudo el granadino á don Sancho con altanero enojo, y mientras el desventurado alcaide de Al-Mantdar permanecía trémulo y agitado, como clavado sobre el pavimento, el Sultán penetraba en la habitación en que se hallaba Seti-Mariem, no sin dejar entornada la puerta, á fin de que don Sancho pudiera observar y escuchar la voz de la cautiva.

A los oídos del enviado de Abú-Thaleb llegaban claros y distintos el eco de las apasionadas frases de Mohámmad y el timbre argentino de Seti-Mariem que, resonando en su corazón de un modo extraño, mezcla á la vez de desesperación y de alegría, destrozaba sus entrañas, clavándose en ellas como la acerada hoja de un alfanje.

Breve fué el diálogo que sostuvieron Seti-Mariem y el Sultán (¡Alláh le haya perdonado!); pero lo bastante para que, sin ser dueño de sí propio ni poder contenerse, faltando á lo convenido y, mordido y atenaceado por los celos, penetrase don Sancho en el aposento de su esposa.

Quedó sorprendido Mohámmad de la inesperada presencia de su enemigo; y mientras éste, cruzándose de brazos delante de la cautiva, con imponente ademán y amenazador continente, fijaba los ojos desencajados y preñados de profunda cólera en el semblante de doña María, la infortunada señora contemplaba á aquel extraño personaje tranquila y reposadamente, cual si nunca le hubiera visto y como si con él no le ligasen vínculos de especie alguna.

Al fin, rompiendo el embarazoso silencio que reinaba, con vo un tiempo mismo atronadora y llena de amargura, así exclamó Sancho, encarándose con la cristiana:

—Era verdad, señora, lo que los labios de este hombre, vuestro amante, me habían confesado; lo que se resistía ¡imbécil! á creer mi corazón; lo que jamás podía esperar de vos, á quien siempre juzgué digna del hombre que tuvo la torpe debilidad de daros con su nombre su alma en los altares! ¡Era verdad! ¡Y yo, ciego, yo, menguado de mí, os suponía tan pura como la Santísima Madre de Dios, y pensaba que no era la tierra digna de que vuestras plantas la hollasen! ¡Miradme, sí, miradme, como lo hacéis, infame criatura! ¡Que mi presencia os confunda! ¡Que mi maldición os aniquile! ¡Que mi cólera, trasunto de la cólera divina, os destruya para siempre! ¿Qué habéis hecho, señora, de aquel amor que me mentíais? ¿Qué, de aquellos seres á quienes engendró mi locura y mi desvanecimiento en vaso tan frágil, tan miserable y tan hediondo? ¿Tan pronto se ha borrado de vuestra alma el recuerdo de vuestros hijos y el mío, que no me reconocéis, ni hay fibra alguna en vuestro corazón que vibre herida á la memoria de aquellos pedazos de mis entrañas, sacrificados seguramente en aras de vuestra lascivia y de vuestra libidinosa incontinencia? ¡Ah, sí! ¡Maldita, maldita seáis, mujer! ¡Maldita una y cien veces! ¡Pero Dios es justo, Dios nos oye y nos ve, y Él castigará vuestro horrible crímen en el día del juicio!

Detúvose aquí el alcaide para tomar aliento, y dos lágrimas silenciosas rodaron por sus tostadas mejillas.

Entre tanto, Seti-Mariem, fijos siempre los ojos en el semblante de don Sancho, hacía esfuerzos sobrenaturales para comprender el sentido de aquellas palabras que resonaban en sus oídos como el eco medroso y retumbante del trueno, reflejándose en sus divinas facciones la angustia creciente que de ella se iba apoderando á medida que el alcaide avanzaba en sus execraciones y reproches.

Por su parte, el Sultán, afectado realmente, mostrábase indeciso, no sabiendo qué determinación tomar ante las justas quejas del castellano; instantes había en que, dominando en su ánimo los sentiientos de piedad, inclinábase á devolver á don Sancho el tesoro de ue le había desposeído; pero la presencia de Seti-Mariem mantenía n su alma vivos sus apetitos y su amor, desvaneciendo los propósis fugaces de conmiseración abrigados por él breve momento.

Durante aquella páusa, volvió á Mohámmad la cautiva los ojos, y con tono de mortificante indiferencia dijo:

—¿Quién es, ¡oh Mohámmad! este hombre?... ¿Por qué se queja?... ¿Quién esa mujer infame que le ha ofendido?...

Desconcertado por la significación y el tono en que fueron hechas aquellas preguntas, vaciló don Sancho, no sabiendo si era sueño ó realidad cuanto veía... Ignoraba el desdichado que Mariem, presa de extraño y poderoso influjo, se hallaba bajo la acción de una fuerza misteriosa y para él desconocida que, borrando de la conciencia de su esposa el recuerdo de lo pasado, la había trasformado por completo.

—¿No me conoces?—preguntó al postre.—¿Nada te dice mi voz?... ¡Pues bien—añadió, echando atrás la capucha que le cubría—mírame! ¡Tan cambiado me han puesto tu infamia y mi martirio, que no reconoces las facciones del que fué tu señor y tu amante esposo!...

Y después, comprendiendo que algo singular ocurría, de que no acertaba á darse cuenta, repuso, encarándose con el Sultán:

—¿Qué has hecho, qué has hecho, infiel, de esa mujer, que era mi encanto y mi gloria?... ¿Qué filtro infernal la has dado, que has cegado en ella la razón y has ahogado la voz de su conciencia?... No es esta, no, la esposa que me arrebataste... ¡Tú apetecías su cuerpo, y para gozar de él le has arrancado el alma, aquel alma casta y amorosa que fué el encanto de mi vida! ¡Y me traes aquí, para contemplar el cadáver de esta mujer, juzgando quizás que yo consentiría en tu inícuo trato y que permitiría por más tiempo tus infamias!... ¡Te equivocas, Mohámmad! ¡De nada te servirán tu alta estirpe ni el poder de que te hallas revestido como señor de Granada!... ¡Ha llegado la hora de mi venganza, y vas á perecer á mis manos!...

Y desenvainando, rápido como el pensamiento, la gumía que llevaba sujeta á la faja, pretendió lanzarse sobre el Príncipe; pero ya Mohámmad se había levantado y mostraba armada su diestra, preparándose á rechazar al infeliz don Sancho...

—¡Basta!—exclamó el muslime.—¡Si hasta aquí he respetado vida, á Mariem, sólo á Mariem lo debes; pero ahora, ahora q vuelvo á tenerte en mi poder, no habrá compasión para tí!

—¡Ni la quiero tampoco!—replicó don Sancho.—Ahora estamos solos: no hay nadie que te defienda, y la justicia de Dios, dirigiendo mi brazo, te hará pagar todos tus crímenes... No llames, ¡cobarde! á tus secuaces y soldados... Un hombre solo es quien se halla en tu presencia para darte muerte... ¡A tí primero, luégo á ella!

—¡Lo veremos!—tronó el Sultán.

Y arrojándose uno á otro con reconcentrado furor, trabóse entre ambos un combate, que por su feroz naturaleza no podía durar largo tiempo.

Mientras tanto, Seti-Mariem permanecía en su asiento, devorando con los ojos el rostro de don Sancho y haciendo prodigiosos y estériles esfuerzos por traer á su memoria recuerdos que parecían bullir en atropellado montón en su cerebro y no acertaban á romper la espesa niebla que le inundaba.

Cuando, después de breve lucha, en que rodaron enroscados por el suelo el Sultán y don Sancho, profiriendo sofocadas y enérgicas imprecaciones que encendían más el coraje y el odio de que se sentían recíprocamente poseídos ambos combatientes, levantaba Mohámmad sobre el alcaide la ensangrentada gumía para hundírsela en la garganta, lanzó Mariem un grito horrible y cayó desvanecida sobre el pavimento.

Detúvose el Sultán en su arrebato, aunque sin dejar de oprimir por ello á su enemigo; y ganado de nuevo por el odio, alzó iracundo el brazo y hundió por tres veces el arma en el cuello del alcaide, exclamando:

—¡Que el fuego eterno del *chahanem* consuma tu alma y la maldición de Alláh te acompañe!...

Después se levantó de un salto, y sin cuidarse de las heridas que había recibido en el combate, se arrojó sobre Mariem colmándola de caricias, abandonando el cadáver de don Sancho en medio de un charco de sangre que manchaba la alfomba del aposento.

. . . .

Grande era la indignación con que el Sultán Abú-Thaleb recibía nueva del atentado cometido en la persona del nassareno por parte del Príncipe granadino; y aprovechando la paz, no grande-

mente segura, de que disfrutaban sus Estados en Ifrikia, disponía numerosa hueste con que cruzar el mar de *Az-Zocác* y castigar la felonía, de Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada, que había pagado con cruenta burla los beneficios obtenidos en otro tiempo de los poderosos Beni-Merines.

Por sigilosa que fuera, acaso, la determinación del Príncipe africano, no lo fué tanto como para que no llegase á oídos del granadino, quien, comprendiendo que ya para siempre se había hecho imposible la paz entre los siervos del Misericordioso, apercibíase al combate con gran contentamiento de sus súbitos, que jamás habían mirado con buenos ojos á la gente de Ifrikia y á quienes no habían en modo alguno satisfecho ni la victoriosa gazúa de Al-Mantdar, ni tampoco la campaña emprendida contra el gualí de Guadix, Abú-l-Hachách, cuyas pretensiones y cuya insolencia recibían duro castigo, por más que sintieran ahora los granadíes esgrimir sus armas contra sus hermanos.

Cerca de tres años después de los últimos acontecimientos recogidos por los ajbaríes y de la muerte del antiguo alcaide de Al-Mantdar—sometido por completo el rebelde gualí de Guadix y asegurada la paz con Castilla por medio de reparadoras treguas, á que no pudo negarse el Sultán don Ferrando—mientras el Príncipe granadino había visto trocarse la aspereza del erguido monte donde se asentaba el castillo de Píñar en suntuoso palacio, que más parecía obra de hadas que fruto de humano ingenio; mientras se entregaba con deleite sin igual al amor de Seti-Mariem, de quien no había logrado sucesión alguna, agriadas las relaciones de los Sultanes de Granada y de Fez, llegaban, por último, á fatal rompimiento, con verdadero escándalo del Islam.

Iba ya trascurrida la mayor parte del año 705, cuando partía del puerto de Málaga lucida flota á cargo del gualí de aquella cora y cuñado de Mohámmad, Abú-Said Farách, en la que con numerosas gentes de desembarco enviaba el granadino las máquinas de gue con que proyectaba combatir al merinita y aun apoderarse de al nas poblaciones en Ifrikia.

Zarpaba la escuadra de las costas de Al-Andálus ya mediad

luna de Ramadhán de aquel año (1), y navegando con fortuna, daba fondo, después de penetrar en el *Bahr-Az-Zocác* en *Chezirat-ul-Hadrá*, donde se detenía hasta los comienzos de la siguiente luna de Xagual (2), proveyéndose de vituallas y pertrechos para dar principio á la campaña.

Sabedor de la presencia de la flota granadina, habíase Abú-Thaleb apresurado á reunir su ejército, y saliendo asimismo al encuentro del enemigo, aguardábale en Medina-Sebta, conociendo lo ventajoso de su posición y lo difícil que habría de serle á Abú-Said Farách el aproximarse á aquella plaza.

Contra todas las previsiones d[illegible]nita, que observaba desde la *cassabáh* de Medina-Sebta los movimientos del gualí de Málaga, la flota granadina acercábase en los primeros días de la luna de Xagual á la plaza, y tomando tierra las fuerzas de desembarco á dos millas al Occidente de la misma, posesionábase sin grave resistencia de *Chebel-Muza* (3), mientras el resto de la flota se presentaba en el puerto sobre el *Bahr-Busul*, desde donde comenzaba á batir la fortaleza con *manxaneques* y toda clase de máquinas de guerra.

Levantada sobre siete pequeñas colinas que se tocan, era hermoso, en verdad, el espectáculo que ofrecía Sebta á los ojos de los guerreros de Mohámmad: rodeada de jardines y de huertas y arbolado, que en aquel entonces se mostraban exuberantes de verdura, veíase por el único punto por donde la población toca al continente africano, tendida y pintoresca la comarca de *Balyunix*, en la cual se cultivaban la caña de azúcar y las toronjas, frutas ambas que constituían parte muy principal de su comercio.

Al Oriente alzábase gigantesco *Chebel-ul-Mina*, (4) coronado todavía por los fuertes y blancos muros que labró en su cima el magnífico háchib de Hixém II, el valeroso, el justo, el excelso Mohámmad Abú-

[illegible] Abril de 1306 de J. C.

[illegible] Abril á Mayo.

[illegible] El monte de Muza; llamábase así en memoria del ilustre caudillo el gualí Muza-be[illegible]ossayr, conquistador de Al-Andálus.

[illegible] Hoy el Hacho.

Amér Al-Manzor (¡complázcase Alláh en él y haya hecho para él eternas las mansiones del Paraiso!), y en ella se distinguían los altos alminares de sus mezquitas, cuadrados, revestidos de brillantes azulejos, que á los rayos del sol parecían brasas encendidas, y adornados de resplandecientes *tefiehs* (1) que semejaban, sobre el azul del cielo trasparente, fulgurantes estrellas de singular grandeza y hermosura.

Veíase también el apiñado caserío, con sus blancas azoteas, y por entre ellas señalábase el *Zoco* (2) donde con tanto arte se labraba el coral que en abundancia se cogía en los alrededores de Medina-Sebta.

Al propio tiempo que la flota batía los muros de la fortaleza, acometíanla por tierra las tropas de desembarco, apoderadas ya de la feraz comarca de *Balyunix;* pero los esfuerzos del valiente Abú-Said Faràch habrían resultado de todo punto estériles sin el eficaz auxilio del alcaide de la *cassabáh*, quien, deseando vengar en el Sultán Abú-Thaleb antiguos odios, daba aquella noche misma silenciosa entrada en la población á las gentes del gualí de Málaga.

Sorprendida la guarnición cuando menos podía esperarlo, eran las tropas del merinita pasadas sin piedad á cuchillo, ¡como si Alláh, en su justicia, no hubiera de pedir en el día del juicio cuenta de aquella sangre musulmana derramada por musulmanes! ¡Como si aquellos siervos del Misericordioso hubieran sido apóstatas ó enemigos empedernidos y declarados del Islam, que Alláh prospere!

¡Que la piedad de Alláh sea para con aquellos que perecieron á manos de sus hermanos! ¡Que su misericordia inagotable haya perdonado á los asesinos!

En tan acerbos momentos, sin fuerzas que oponer á los invasores, Abú-Thaleb buscó en la fuga la salvación, abandonando furtivamente y merced al desconcierto que reinaba la plaza de Sebta, donde había mandado trasladar sus tesoros, donde había creído vencer á los gra-

(1) Esferas doradas, insertas en un perno de mayor á menor, que servían de [illegible] le á los alminares de las mezquitas.

(2) Mercado.

nadíes y de donde le arrojaba al fin vergonzosamente la traición de uno de sus servidores.

Con la conquista de Sebta y de otras fortalezas llenóse de regocijo Mohámmad, y mucho más aún cuando, de regreso de tan venturosa jornada, ponía en sus manos el gualí de Málaga el rico tesoro de Abú-Thaleb, que algunos hacían subir á un número fabuloso de mitscales.

La muerte del alcaide de Al-Mantdar y la derrota del Sultán de Fez, llevaban la tranquilidad al ánimo del Príncipe al-ahmarí respecto de la hermosa Seti-Mariem, en cuyo amor vivía enloquecido.

Nadie ya podría reclamarle aquella mujer, que era su única gloria; nadie tenía ya derecho para disputarle sus caricias; Juan Sánchez y Jimén Pérez, sus hijos, ¿sabían, por ventura, que aquella que les dió el ser existía?... ¿Conocían, por acaso, lo inmenso del sacrificio que por ellos había ejecutado?... No había, por otra parte, en Granada, fuera del kátib Isahack, del alcaide de Píñar y de algunos otros servidores del Sultán, persona que conociese la existencia de Seti-Mariem, á quien juzgaban hacía largo tiempo en el harem del Príncipe de los Beni-Merines de Ifrikia.

El triunfo, por tanto, había sido completo para el Amir de Granada; y una vez vencida, como por sobrenaturales medios lo estaba, la voluntad de la cautiva, entregábase delirante y ciego al goce de su pasión ardiente, abandonando con frecuencia y de secreto la hermosa capital de sus Estados para disfrutar del amor de la cristiana.

XVII

Con la feliz expedición del gualí de Málaga y la conquista de Medina-Sebta, coincidía precisamente la terminación del maravilloso palacio labrado en las entrañas del monte de Píñar por el desvanecido Príncipe.

Nada había comparable á la magnificencia por él desplegada en aquella obra, que parecía en realidad labrada por los genios: ni los alcázares de Gomdan, Jawarnac y Sedir en el Oriente, tan celebrados de rawíes y viajeros, ni los suntuosos palacios erigidos en Córdoba por la opulencia de los Benu-Omeyyas; ni el famoso de Az-Zahrá, cuyas informes ruinas aparecen todavía á la falda del *Monte de la Novia*; ni el tantas veces ensalzado de Az-Zahira, fundado por Al-Manzor, ni ninguno otro, incluyendo el de la misma Alhambra, podían compararse en esplendor, grandeza y hermosura con el que destinaba para gozar de los amores de aquella mujer, que le trastornaba y enloquecía.

Hendido el monte en su sentido vertical, mientras conservaba al exterior las abruptas apariencias que le hacían inaccesible, ence-ba en su seno un tesoro, mil veces más rico y estimable que aquel en Medina Sebta había sido arrebatado á Abú-Thaleb por el lí Abú-Said Farách en pos de la victoria.

Cruzado el ancho foso que se abría delante de la puerta principal,

ofrecíase ésta, á que dió nombre de *Bib-as-Sorur*, ó puerta de los placeres, en el costado N. del cerro, y hallábase exornada con tan prodigioso arte, que las labores que enriquecían las diversas partes del arco parecían obra natural, según la habilidad en ella empleada por los artífices.

De bellas proporciones y forma elegante de herradura, apoyábase en cuatro columnillas de trasparente alabastro, en cuyos capiteles de resaltadas y vistosas pencas se leía, en caracteres dorados sobre fondo azul, la exclamación:

La dicha eterna y la felicidad cumplida sean para mi dueño!

Adornaban la archivolta gran número de dovelas, llenas de preciosos relieves, como el tímpano del arco, las cuales, siendo de barro cocido y esmaltado de muy vivos colores, aventajaban en belleza á las obras de la naturaleza misma; y sobre la clave del arco tendíase en sentido horizontal hermosísima tabla de mármol blanco, en la que sobre fondo también azul se leía en dos líneas de graciosos y entrelazados caracteres mogrebinos, esmaltados en oro, la leyenda siguiente:

¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! ¡Alabado sea! Mandó construir este palacio, asiento de la hermosura, trono maravilloso del amor, encanto de los sentidos y alegría del espíritu, el Sultán pio y generoso el Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad, hijo del excelso, guerrero y virtuoso Sultán, Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad, hijo de Al-Gálib-bil-Láh. ¡Ayúdele Alláh y le proteja! Comenzóse esta obra en la luna de Dzu-l-Hicháh del año 702, *y se terminó con el auxilio de Alláh en la luna de Xagual de* 705.

Penetrando en el interior de aquel extraño edificio, hacíase en primer término anchuroso zaguan, cuya bóveda, de cuajadas estalactitas, presentaba aspecto maravilloso á la luz de las orbes de cristal luciente que le iluminaban constantemente, los cuales parecían una constelación suspendida en aquel paraje, haciendo tomar bulto y relieve á la pintada yesería que decoraba los muros.

Gran número de macetas, en las cuales crecían arbustos en..
alineábanse á uno y otro lado de aquel aposento, cuyo zócalo de r
grinas aliceres, al reflejo de los orbes de cristal, parecía oro derr

Trasponíase después estrecho y corto pasillo que daba paso á un pabellón de sorprendente estructura, pues todo él se hallaba suspendido de multitud de columnas agrupadas de tres en tres en los ángulos y apareadas en los interm edios, labradas todas ellas en el limpio mármol que producen las canteras de Macael, y en cuyo centro se ostentaba una fuente, cuya taza era de jaspe verde y cuyo surtidor afectaba la forma de un ave singular, toda ella dorada y cubierta de piedras preciosas, dispuesta con tal artificio, que al borbotear el agua por la garganta del animal, producía un canto melodioso y apacible que convidaba al deleite.

Denominábase aquel pabellón *Cobba-l-bahú*, ó sea el pabellón precioso, y con verdad que nada había en el mundo semejante á él en hermosura, así como tampoco podía existir nada comparable á las estancias que se extendían á uno y otro lado, en torno de un magnífico jardín, cuya entrelarga alberca, bordada de arrayanes, de murta, de naranjos, limoneros y otros arbustos, ofrecía en el centro un pabellón de tan prodigioso aparato, que excedía la fama de aquel otro pabellón erigido en los jardines de su alcázar por el Sultán de Toledo Al-Mámun, á quien Alláh haya perdonado, y á cuyo lado la *Cobba-l-bahú* carecía de importancia y de mérito.

Labrado en forma de cúpula ultra-semiesférica, hallábase coronado en su cima por un *teffiéh* de oro á modo de cimera, mientras la cúpula al exterior se mostraba cubierta de doradas tejas, entre las cuales aparecían, así como por entre toda la labor exterior del edificio, multitud de lámparas de cristal de diversos colores, dispuestas de manera que, por donde quiera que se mirase cuando estaban encendidas, formaban el nombre de Mariem y el de Mohámmad unidos.

Esbeltas columnas de mármol rosa, en cuyo torno, como sartas de perlas, se enlazaban en espiral porción de lámparas de distintos matices, soportaban la cúpula, entre cuya labrada yesería, ya recorriendo la periferia de los arcos de diferente forma que componían el p llón, ya dibujando los angreles de la archivolta, ora serpeando c chosamente por los machones, las impostas y los *farjáhs*, así c por el *arrabaá* de los mismos, se hallaban lámparas de igual nat za que las de las columnas y la cúpula, ora formando estrellas,

ora fingiendo en su disposición los nombres de Mariem y de Mohámmad, y finalmente, delineando sobre el *farjáh* (1) de la principal entrada una inscripción en enlazados caractéres cúfico-floridos en que se leía distintamente:

¡Hizo Alláh descender á este paraje las maravillas del Paraiso, para que gozase de ellas en el mundo el Sultán Abú-Abdil-Láh-Mohámmad (¡perpetúe Alláh su felicidad!)—Mariem, la hermosa entre las hermosas, es el sol, y nuestro señor y dueño el Sultán la luna, que en eterno abrazo bendicen la clemencia de Alláh! ¡Ensalzado sea!

Multitud de figuras de oro, cuajadas de preciosas piedras, que semejaban toda suerte de aves, veíanse resaltar entre las labores del interior del pabellón; y cuando el Sultán se hallaba en aquel sitio al lado de Seti-Mariem, y el agua, brotando de la cima de la cúpula, se derramaba á uno y otro lado formando un fanal de cristalina tersura, que cerraba por completo el pabellón, y á través de cuyos hilos reververaban con sus distintos matices las lámparas de la cúpula, de las columnas y de los arcos, todas aquellas aves prorrumpían de concierto en armonioso coro, ya imitando el cántico del ruiseñor en las selvas, ya el de la alondra en los campos, ora el del colorín en la espesura y ora el de otras aves canoras que regocijaban el espíritu.

Había recibido aquel suntuoso é ideal pabellón nombre de *Cobat-uz-Zochách*, ó sea *cúpula de cristal*, y era el sitio con predilección preferido por el Príncipe para gozar de los amores de la bella cautiva.

No menos suntuoso, aunque no tan espléndido, era el *Beit-as-senán*, ó aposento de los sueños, que precedía al baño, todo él de mágica grandeza, reuniendo aquel palacio, que apellidó no sin razón Mohámmad *Cassr-ul-mashur*, ó *palacio encantado*, tal suerte de maravillas y prodigios, que nunca, ni en los tiempos de Salomón (¡complázcase Alláh en él!); ni en los de Octavan Kayssar (2), cuya magnificencia era celebrada en todo el orbe; ni en los de *Dzu-l-Carnaïn* (3); ni en los de Harun-Ar-Raxid, tan ponderados; ni en ninguno de los pal[...]

(1) Arquitrabe.

(2) El Emperador Octavio.

(3) Alejandro Magno, *señor de los dos cuernos*, según le denominan los musulm[...]

de la antigüedad, ni aun en los soñados por los poetas en *Las mil y una noches*, podía encontrarse cosa que se le asemejase ni pareciera.

Las fábricas más afamadas de Málaga, Granada y Mallorca habían contribuído al brillo de aquel edificio con multitud de corpulentos y elegantes jarrones de porcelana dorada, donde se ostentaban, embalsamando el ambiente, las flores más preciadas; y en el centro de los aposentos reproducíanse los saltadores de aguas perfumadas, que llenaban todo el palacio de atmósfera embriagadora de sensuales delectaciones, á cuyo efecto contribuían los aromáticos pebeteros que esparcían en torno azuladas y olorosas espirales de constante humo.

Había, sobre todo, en aquel palacio una sala llamada la *sala de la figura*, en la cual, sobre labrado pedestal de hermoso mármol blanco, se erguía en adorable actitud una estatua maravillosa, labrada toda ella en mármol rosa, que era la imagen fiel de Seti-Mariem, y la representaba tan á lo vivo, que cualquiera al contemplarla hubiese creído que era la misma Mariem, despojada de sus vestiduras y mostrando al descubierto todos sus tesoros, sus gracias y sus hechizos.

Dos záfiros brillantes eran sus ojos, y el coral imitaba los labios, mientras su dorada cabellera resplandecía con el oro de los ad-dinares empleado en ella para producir tan singular efecto.

Aquella era la maravilla de las maravillas, y Mohámmad gozaba muchas horas en la contemplación de tan perfecta imagen, que miró no sin regocijo Seti-Mariem, hallándola perfecta.

Cuando terminada la construcción de aquel edificio penetró en él la hermosa cristiana, á quien acompañaba más enamorado que nunca el Sultán, su regocijo fué tan grande, que no pudo menos de arrojarse en brazos de Mohámmad y colmarle de caricias.

Verdad es que Seti-Mariem se había convertido en otra mujer distinta, desde aquel momento en que al ver herido, ensangrentado n tierra al infortunado don Sancho, pareció quebrantarse un punto ›paco velo de nebulosa obcecación, derramada sobre su conciencia los maleficios y las artes del Príncipe, y prorrumpió en aquel to supremo que le privó de sentido.

tiempos pasados; no había en ella reminiscencia alguna de ninguno de los fatales acontecimientos de su vida; el deseo insaciable del Sultán había penetrado en la sangre de la cautiva, inficionándola, y sólo para él tenía vida y sentimiento, desarrollada en su naturaleza la fogosidad erótica, que la trocaba en la más amante, la más ardorosa de las mujeres.

Jamás volvió á acudir á su memoria el recuerdo de los tristes

Por eso sus labios, aquellos labios de coral tanto tiempo pálidos y fríos, habían vuelto á recobrar el calor y el matíz de otros días, de aquellos días en que, siendo niña, conoció y amó á Mohámmad en la capital del Sultán de Castilla Xanchol; por eso sus ojos, aquellos ojos cuya mirada nadie podía resistir sin sentirse atraído, y que desde el triste rebato de Al-Mantdar parecían muertos, como lámparas reanimadas habían recobrado el brillo y el esplendor perdidos con la trasparencia y el encanto que eran nativos en ella, y su cuerpo todo, hermoseado por la última eflorescencia de la juventud, había vuelto á ostentarse con la gallardía y el irresistible atractivo que mantenía encadenado al Príncipe á sus plantas.

El genio de la locura agitaba sin cesar sus alas en aquellas mansiones erigidas para el deleite, y no hubo durante mucho tiempo ser más feliz que Abú-Abdil-Láh Mohámmad, el Sultán de los musulmanes de Granada, el descendiente de Jazrech, el nieto de Saâd-ebn-Obada, el compañero del Profeta!

Largas temporadas, abandonando el alcázar erigido en la colina *Al-hamráa* y los graves negocios de la gobernación de sus Estados, corría frenético á los amantes brazos de Seti-Mariem, descansando en ellos de rencores, asechanzas y disgustos.

Pero semejante conducta, si pudo por algún tiempo permanecer desconocida para las muchedumbres, hubo al cabo de excitar la envidia y la ambición en ellas, murmurándose públicamente de la vida del Sultán, como digna del castigo de Alláh, aunque sin acertarse nunca respecto de la persona que de tal modo le tenía hechizado.

A fin de acallar el general desagrado, en vano fué que Mohámmad procurase hacer pública ostentación de su persona, ya los viernes en la *jothba* predicada en la *Mezquita-Aljama*, ya en festejos pr

parados al efecto, ya en bélicos alardes, que llevaron en distintas ocasiones el gentío á la *As-sabica* y otros lugares de Granada: la murmuración proseguía, y era preciso de todo punto contenerla.

Siguiendo los consejos de su primer guazir Mohámmad Al-Lahmí y los de su kátib Isahack, y aprovechándose de las riquezas conquistadas en la toma de Medina-Sebta por. Abú-Said Farách, daba principio el granadino á la erección de la suntuosa Mezquita de la Alhambra, emulando así el ejemplo que en siglos anteriores le ofrecían los gloriosos descendientes de los Omeyyas en Al-Andálus, al edificar la magnífica Mezquita-Aljama de Córdoba, sin semejante en ninguna de las tierras del Islam.

Mármoles exquisitos de Granada y Almería llenaban las tres naves de un bosque de columnas de dorados capiteles, sobre los cuales volteaban graciosos arcos cuajados de brillante decoración y de sentencias koránicas trazadas en caractéres de oro; pero donde mayor ostentación se hizo, fuera del alminar, con el que procuró oscurecer la fama del famoso de la Mezquita-Aljama de Ixbilia, fué en el *Mihrab*, ó adoratorio, donde tenía él su asiento reservado en la *macssura*, y donde se ostentaba el *al-minbar* para la *jothba* de los viernes. No era ya aquel preciado mosáico bizantino de *foseifesa* que esmalta en la Mezquita de Córdoba la fachada entera y la cúpula del *Mihrab* y pregona la magnificencia y la suntuosidad de Al-Hakem II *Al-Mostanssir-bil-Láh* (¡Alláh le haya perdonado!); eran placas de azulejo dorado, cubierto de labores en relieve de vistoso y peregrino efecto, las que se ostentaban en aquella parte de la Mezquita de la Alhambra.

Como cuajadas pompas de cristal ó de brillante espuma, resplandecía la cúpula de colgantes estalactitas, que no podía mirarse sin trastorno; y del centro de la misma pendía airosa y gallarda, sostenida por recio cordón de oro y grana, majestuosa lámpara de bronce calado, entre cuyas labores se leía el mote de los Al-Ahmares *Sólo vencedor Alláh*, trazado en elegantes caracteres mogrebinos. De la ina donde se colocaba la gran lámpara y donde los días de gran ta ardía gran número de cirios, colgaban vistosas y peregrinas nzanas que en progresiva disminución apiramidaban, todas ellas

cubiertas de labor y caladas como la pantalla de la misma lámpara, mientras en torno del indicado recipiente y de la pantalla corrían concéntricas dos coronas de luz, donde se miraba porción de vasos de colores, que en las noches de Ramadhán debían, encendidos, producir fantásticos efectos.

Baños, hospitales, escuelas y mezquitas surgieron como por ensalmo del tesóro de Abú-Thaleb, el Sultán merinita, y multitud de trabajadores hallaron con él satisfacción y descanso; pero ninguna de estas obras y otras muchas de caridad que realizó Mohámmad fueron bastante poderosas para acallar la ambición ni la envidia, ni para contentar al populacho, que tildaba de indolente y apocado al Príncipe, viéndole tan distinto de lo que de él esperaba al inaugurar su reinado con la conquista de Al-Mantdar en territorio de Castiila.

Respondiendo al general disgusto, y fiando en la indolencia del Sultán, mientras se ponía secretamente bajo la protección del señor de Denia y Sultán de *Ats-Tsaguer-al-âli* (1), enarbolaba el primero la bandera de la rebelión el gualí de Almería, Soleymán-ben-Rabié tomando título de Sultán é invocando el nombre del barcelonés Ben-Cháymis (2); pero á pesar del aparente abandono en que Mohámmad vivía, no dejó de herirle vivamente la inesperada y desleal conducta de Soleymán, disponiéndose velozmente á castigarla.

(1) La frontera alta: Aragón. Todavía, en tiempo de Cervantes, se llamaban África *tagarinos* ó *tsagarinos* los moros originarios de Aragón. (V. la historia del cautivo de Argel en el *Quijote*.)

(2) Don Jáime II.

XVIII

Hallábase el granadino en *Cassr-ul-mashur*, cuando la nueva de la rebelión de Soleymán llegaba á noticia del guazir Mohámmad Al-Lahmí, cuya fama y reputación de prudente le tenían en grande estima en el ánimo del Príncipe.

Con el deseo de atajar el incendio que parecía próximo á propagarse por todo el reino, y conociendo el lugar donde el Sultán se hallaba—por más que éste jamás le hubiera invitado á visitarle—seguido de algunos oficiales de la guardia y del kátib Isahack, tomaba apresuradamente el camino de Píñar, y dejando instalada la escolta en el castillo, guiado por el favorito de Mohámmad, penetró, no sin admiración y asombro, en las fantásticas estancias de aquel palacio, cuya existencia nadie habría sospechado en tal paraje.

Cuando estuvo en presencia del Amir, prosternóse en tierra reverente y demandó permiso para hablar.

—Grande debe de ser, ¡por Alláh, oh Mohámmad!—dijo el enamorado de Seti-Mariem—la importancia de lo que tienes que decirme, ndo te atreves á turbar la alegría de este alcázar encantado.

—¡Oh señor y dueño mío!—replicó el guazir alzándose—grandes istes son, en efecto, ¡asi Alláh me salve! las noticias que me gan á venir en tal ocasión á tu presencia. Pero no son ya mur-

muraciones, no son ya amenazas ni temores eventuales de trastornos: el número de los réprobos ha aumentado, y los malos genios han dado cuerpo y animación á la envidia de tus enemigos que, juzgando dormido al león, le desafían, creyéndose seguros ya del triunfo.

—Explica, ¡por Alláh! tus palabras—repuso el Sultán—que me tienes impaciente.

—Señor, el gualí de la cora de Bachana, tu protegido Soleymán, que tanto amor y amistad te fingía, por las sugestiones de Xaythán, se ha rebelado contra tí, declarándose independiente y tomando el título de Sultán, favorecido por los nassaríes de *Ats-Tsaguer-al âli.*

—¿Será posible?—exclamó Abdil-Láh, lleno de sorpresa y de asombro.—¡Nó! ¡No puede ser, Al-Lahmí! ¡Tú estás equivocado! Soleymán, mi amigo de la niñez, el compañero de mi infancia, ¿rebelarse contra su señor y dueño? ¡Imposible!

—*Gua-Alláh* que así fuese ¡oh excelso Amir de los muslimes!

—¡Castigaré severamente su falsía! ¡Sí! ¡Daré en él ejemplo de mi justicia y de mi cólera! ¡Imbéciles! ¿Han creído, por ventura, que se ha extinguido en mi pecho la energía de los de mi linaje? ¿No les basta haber visto humillado á mis pies, por mi propio poderío, al gualí de Guadix Abú-l-Hachách-ebn-Nassr, que vale mil veces más que todos ellos juntos? ¡No ha enervado el tiempo la fortaleza de mi espíritu, ni me falta aliento para sembrar entre mis enemigos la desolación y el espanto! ¡Abú-l-Asuad!—exclamó, gritando, ya colérico—¡mi lanza y mi caballo! ¡Yo probaré á esos descreídos, á esos malos musulmanes, que el león no duerme! Que el león vigila, y no deja que nadie le sorprenda!

—Señor—añadió Mohámmad Al-Lahmí—previendo tus deseos, he hecho avisar á los principales caudillos de tu ejército, y á estas horas tendrás en Granada reunidas fuerzas bastantes para aniquilar al rebelde.

—¡Has hecho bien, por tu cabeza!—rugió el Sultán; y ordenar á su guazir que le aguardase en aquel aposento, desapareció tras una puerta.

Después de recorrer algunas estancias, penetró por fin el desc

diente de los Al-Ahmares en el *Beit-as-senán*, donde se hallaba Seti-Mariem, y se arrojó en sus brazos, colmándola de ardientes caricias.

—¿Qué tienes, mi señor, que veo tu semblante contraído y siento sobre el mío latir tu corazón apresurado?—preguntóle la hermosa con cariñoso acento, mientras hundía sus afilados y suaves dedos en la abundante y rizosa cabellera del Príncipe.

—¡Tengo, alma mía—repuso éste—que la deslealtad de mis vasallos me arrebata el único bien que poseo, que es tu amor! ¡Tengo que su infamia me roba los momentos de celestial deleite que aquí, en tus brazos y aspirando tu aliento, disfruto enamorado y loco! ¡Tengo que en breve he de separarme de tí, y sólo Alláh sabe si para siempre!

—¿Qué dices, Mohámmad?—interrumpió la cautiva—¿Por ventura hay algo que amenace tu existencia, para mí tan preciosa?—añadió Seti-Mariem interesada.

—¡Acaso, mi bien, sea esta la vez última que nos veamos!—añadió Mohámmad, incorporándose y desprendiéndose de los brazos de la desacordada cristiana.—¡La guerra me llama; pero no la guerra contra los enemigos de mi religión y de mi patria; no la guerra contra los nassaríes; ¡la guerra contra la ambición de mis vasallos! ¡La guerra contra los que pretenden arrebatarme el trono de Granada!

Alzóse también Mariem del diván en que se hallaba, é irguiendo su torneado cuerpo, al que prestaba singular encanto el traje deslumbrante que vestía, fijó los ojos un momento en el Sultán, y echándole los brazos al cuello y besándole en los labios, contestó:

—¡Así te quiero yo, Mohámmad! ¡Así te veo en mis sueños! ¡Noble, valiente y aguerrido! ¡Como el águila altanera que desafía animosa el huracán y la tormenta! ¡Como el león del desierto que no cuenta sus enemigos para lanzarse al combate!... ¡Vé, ve y triunfa de los que desleales te amenazan y te retan! ¡Vé, y que tu espada encedora aniquile justiciera hasta el último de ellos!

Hermosa estaba, con verdad, Mariem al pronunciar tales palabras, ue como eco dulcísimo de las armonías del Paraíso resonaban en el »ndo del corazón del Amir, estimulándole á la lucha.

Nada quedaba en ella, sino aquel arranque nobilísimo, de la antigua matrona castellana; parecía, en su desvanecedora perfección y su arrogante belleza, la perla delicada y esplendente dentro de su concha, en aquellos aposentos maravillosos que el amor había creado para ella, y con aquel traje provocativo y esplendente, que hacía resaltar todas sus gracias.

La virtud y la potencia de los hechizos empleados con ella por el Sultán, le habían dado nuevo ser, plegando su conciencia y su voluntad adormecida para siempre á la voluntad y al deseo de Mohámmad.

Por eso, reflejándose en su alma como en un espejo la ardorosa pasión que poseía el alma del Príncipe, respondía con caricias á sus caricias y con locura á sus locuras.

No era, en realidad, la antigua castellana de Al-Mantdar; la esposa fiel y casta del desventurado Sancho Sánchez de Bedmar, la que se producía de tal modo; aquella mujer había muerto, y en su lugar quedaba otra, creada para el deleite por el deleite de su apasionado verdugo.

Enarnecido por el arranque de Seti-Mariem, Mohámmad pagó con usura la nobleza de aquellas palabras, y fundiendo su alma, al calor de un beso, en los labios de la cautiva, salió del *Beit-as-senán* lleno de entusiasmo.

Esperábale en el zaguán de *Cassr-ul-mashur* el guazir Mohámmad Al-Lamí, y, fuera ya del foso, Abú-l-Asuad tenía de las riendas un fogoso potro ricamente enjaezado, sobre el cual montó Abdil-Láh, siguiéndole á pie, por el arrecife que conducía á través de las breñas al castillo, Al-Lahmí é Isahack-ben-Chábir, ambos en silencio.

Cuando el Sultán apareció en la meseta superior de la colina y hubo penetrado en la plaza de armas del castillo, pudo observar que, jinetes sobre sus cabalgaduras, aguardaban en aquel sitio sin duda su presencia los adalides y mocademes que habían acompañado guazir hasta aquel paraje.

Luégo que Al-Lahmí y el kátib se hubieron incorporado al Sután y posesionado de sus caballos, aquella fuerza, silenciosa, desce

diendo de tales alturas, tomó el camino de Granada al galope de los rápidos corceles.

Con la celeridad del rayo, aunque el mensaje recibido por el guazir era secreto, habíase difundido por la hermosa ciudad del Genil y del Darro la nueva de la formidable rebelión del gualí de Almería, y multitud de grupos sospechosos invadían las calles y los zocos, comentando el suceso y augurando fúnebremente para Mohámmad, á quien estimaban incapaz de sofocar el incendio tanto tiempo latente y ya declarado y amenazante.

Los descontentos murmuraban sin rebozo, y en la población se dibujaban, entre los indiferentes, dos partidos que opinaban de muy distinto modo, ya creyendo los más que no osaría el Amir de los muslimes (¡Alláh le haya perdonado!) salir al campo á defender su derecho, ya afirmando calurosamente los otros que Mohámmad, luégo que tuviese noticia del suceso, volaría á destruir al gualí desleal, haciéndole pagar con la cabeza su infame alevosía.

La presencia del Príncipe, escoltado por el primer guazir y los adalides y mocademes más conocidos por su valor del pueblo, puso término á tales controversias, y Mohámmad penetró en la capital de sus Estados en medio del más imponente y lúgubre silencio, que no dejó de afectar grandemente su espíritu.

A la mañana del siguiente día, congregados los *tahâs* de la gente de Elbira y reunido el ejército en las afueras de *Bib-Guadi-Ax*, salía el Sultán con bélico aparato de su alcázar de la Alhambra, y pasando por medio de la ciudad, pudo advertir, no sin dolorosa impresión, que ya no, como antes, los muslimes de Granada se agrupaban para verle, saludarle y bendecirle en nombre de Alláh, sino que parecía que huían ahora sus miradas.

Impresionado por aquella indiferencia que juzgaba no haber merecido, sintió Mohámmad oprimido el corazón; y aunque los augurios con que la suerte se había á él significado al traspasar *Bib-al-Godor* ε avorables, no por ello dejó de sentir vivo dolor, llegando preocu- I y triste á las afueras de la ciudad, donde le esperaba otro des- ε io.

die había en los adarves ni en los muros; nadie tampoco se aso-

maba por las abiertas hojas de *Bib-Guadi-Ax*; sólo tres ó cuatro desocupados, tendidos al sol y pasando con fervorosa unción las cuentas de su rosario, se mostraban al lado de los cubos de las murallas que circundaban la gentil Granada y dieron margen por ello á que hiperbólicamente la llamasen los poetas *la ciudad de las mil torres*.

Recordaba, no sin profunda pena, cuán distinto era el espectáculo que había ofrecido á sus ojos aquella ciudad, la capital del Islam vencido en Al-Andálus, cuando en los comienzos de su reinado, y guiado sólo por el deseo, había acometido la victoriosa empresa de Al-Mantdar, bien pequeña é insignificante, ciertamente, al lado de aquellas otras recabadas sobre los nassaríes por su augusto progenitor Mohámmad II Ebn-Al-Gálib-bil-Láh.

Desechando, no obstante, la preocupación de su espíritu, y menospreciando animoso aquella muestra de la irreverente indiferencia de que alardeaban contra él los granadinos, púsose al frente Mohámmad de sus tropas, y tomó en silencio, sin pronunciar alocución alguna y sólo comunicando á los caudillos las órdenes precisas, el camino de Guadix, que, á través de *Albuxarrat* (1), debía conducirle al territorio de Bachana, donde ansiaba llegar á las manos con su antiguo amigo Soleymán, á quien su magnificencia había hecho gualí de aquella cora.

Formada en vistosos haces siguió la tropa al Sultán también en silencio, y de este modo se hizo hasta Guadix la jornada, incorporándosele en este sitio las gentes de aquella *tahâ* al mando del gualí Abú-l-Hacháh-ebn-Nassr, al fin sometido á su pariente.

Por su parte, Soleymán, ayudado por Cháymis Al-Barxeluní, había traspuesto los límites del territorio de su mando y enviado gran número de embarcaciones para posesionarse de *Chezirat-ul-Hadhrá*, no con otro propósito que con el de tener por tal manera sujeto al granadino, amenazándole de un lado con el poderío de Cháymis y por el otro con el de Ferrando-ebn-Xanchol de Castilla, con [illegible]n también se puso de concierto.

(1) La Alpujarra.

Para fortuna de Mohámmad, la ciudad de Almería se mantenía fiel á su soberano el Sultán de Granada, á quien abría regocijada sus puertas; pero Soleymán no se encontraba en parte alguna de la cora, por lo cual, dejando el granadino el cargo y conducta del ejército á su guazir Al-Lahmí, tomaba la vuelta de Málaga, y reclutando allí las tropas del gualí Abú-Said Farách, encaminábase por Ronda á auxiliar á *Chezirat-ul-Hadhrá*, puesta en grave aprieto por el rebelde.

Entre tanto, los nassaríes (¡Alláh los maldiga!) habíanse presentado frente á la ciudad de Almería con el intento de rendirla, cual en tiempos anteriores, aunque momentáneamente, lo había conseguido el Sultán de Castilla Adhefonso VII; y mientras las lluvias y los recios temporales impedían á Mohámmad III realizar sus designios, Soleymán, pasando á Ifrikia, asediaba por mar y tierra con sus gentes á Medina-Sebta, amenazando su conquista.

Como si todo esto no fuera bastante, conocida que fué en Castilla la apurada situación del Sultán de Granada, formóse allí formidable ejército de muchedumbre de gentes, con el cual se apoderaron los nassaríes de la ciudad de *Chebel-Thári*q, que se rindió á convenio, é intentaban hacer lo propio con *Chezirat-ul-Hadhrá*, ya retirados de tales sitios los leones del Islam, desesperados de reducir al maldito Soleymán, á quien Alláh haya dado aposento en las abrasadas honduras del *chahanem!*

Tan apurada era, con verdad, la situación del antiguo debelador de Al-Mantdar, que habría sin duda decaído su ánimo, combatido de tan distintas suertes, sin el eficaz auxilio y la palabra cariñosa y persuasiva de Seti-Mariem, en cuyo seno derramaban sus ojos abundantes lágrimas de desesperación y de cólera.

A sus miradas se ofrecía, no sólo quebrantada, sino destruída la unidad del Imperio de los Al-Ahmares, y proscrito, proscrito y rechazado de Al-Andálus en sus días el Islam, que otro tiempo dominaba en él por completo! Veía amagada de perderse, con su rico territorio, . alegre Almería, en manos ya del Sultán de *Ast-Tsaguer-al-âlí;* á .bel-Tháriq en poder del Sultán de Castilla y á *Chezirat-ul-Ha-á* rendida al esfuerzo de los nassaríes; Medina-Sebta, sometida ·leymán, y como término y remate de todo, el descontento, el

odio y la rebelión cerniéndose sobre su cabeza en la misma Granada!

A fin de conjurar la tormenta y hacer en algún modo frente á tantos enemigos, Mohámmad no halló otro recurso que el de acudir al Sultán de Castilla, señor de Granada, y en cuyo nombre él gobernaba á los muslimes (1), y solicitar la paz, de que se hallaba tan necesitado, lo cual conseguía al postre mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y cien mil doblas de oro!

¡Triste situación, á que los crímenes de los musulmanes de Al-Andálus habían reducido al Islam, ya decadente y postrado entre los rumíes orgullosos y vencedores!

(1) No se olvide el vasallaje en que se hallaba el reino de Granada, desde la conquista de Jaén por San Fernando en los días de *Al-Gálib-bil-Láh*, respecto del rey de Castilla.

XIX

¡Cuán distinta era para Mohámmad la realidad que tocaban sus manos, de aquellas otras esperanzas que alentaban su espíritu al tomar posesión de la sultanía!

Enardecido entonces por el ejemplo de su ilustre progenitor, juzgaba empresa fácil y hacedera la de devolver al Islam en Al-Andálus el esplendor que había perdido para siempre.

Sueños generosos que, á través de los tiempos, abrigan y abrigarán constantemente los musulmanes. ¡Así Alláh haga prosperar su ventura!

¡Cuántas veces, al recorrer las calles de la opulenta Ixbilia, allá en la edad ya desvanecida de sus floridas mocedades, cuando se disponía presuroso á acudir al pie de las celosías de Mariem, que le juzgaba afiliado al bando de los impostores (1), cuántas veces se había

(1) Los cristianos. En concepto de los musulmanes son impostores todos aquellos pueblos que no admiten la unidad divina en la forma que la predicó Mahoma; porque el profeta de Koraix, para combatir la idolatría, el fetichismo y las demás aberraciones religiosas á que se hallaban entregados los pueblos y tribus de la Arabia en la época de su predicación, tuvo que levantar sobre todo el principio de la unidad de Dios, *Al-Láh*, el Dios por excelencia, el Dios único, formando el Credo musulmán: *Alláh es único, jendró, ni fué engendrado, ni tiene semejante alguno*, con lo cual negaba la natu-a divina á Nuestro Señor Jesucristo, á quien, sin embargo, llama *espíritu de Alláh* uien cuenta en el número de los Profetas.

dolido de la pérdida de aquella ciudad insigne y de la parte que en tal desdicha había tomado, al servicio del Sultán de Castilla, su propio abuelo *Al-Gálib-bil-Láh!*

¡Cuántas veces había soñado afanoso en rescatar á Ixbilia, en recuperar el territorio perdido vergonzosamente por los muslimes y emular la gloria de aquel caudillo, Mohámmad Abi-Amér Al-Manzor, cuyas hazañas y proezas prodigiosas cantaban los rawíes, maravillosamente ponderadas por la tradición y por la leyenda!

¿Qué valía el reino de Granada al lado de aquella infinitud de reinos y comarcas que en Al-Andálus y en Ifrikia rendian parias á los califas sucesores de Ebn-Moâwia?

Fuertes, poderosos, teniendo á sus plantas humillados á los nassaríes, eran los Beni-Omeyyas el ideal de Mohámmad III de Granada, cuya aspiración única consistía en emular su grandeza y recuperar su poderío.

Pero ¡ay! que los crímenes de los siervos de Alláh habían dado margen á su desdicha!

¡Alláh, el Clemente, el Misericordioso, había consentido, en su infinita sabiduría, que los musulmanes sufriesen ahora el afrentoso yugo de los nassaríes, y no eran ya aquellos en que Mohámmad vivía los tiempos en que el guerrero, el valeroso háchib de Hixém II paseaba triunfante de uno á otro extremo las regiones todas de Al-Andálus, sembrando el espanto y la muerte entre sus enemigos!

Acaso fuera él, el descendiente de los Anssares, que habían ayudado al Profeta (¡reverenciado sea su nombre!) á extender la palabra de Alláh por el universo, el encargado por el destino para devolver al Islam el prestigio de que carecía, y sus soldados, nietos de aquellos que habían invadido Chezirat-al-Andálus y la habían sometido á su esfuerzo heróico, los que volvieran á reducir á la impotencia á los rumíes, ahora orgullosos de su prosperidad y otro tiempo humillados por la espada de los conquistadores!

Pero todos aquellos sueños de grandeza se habían desvanecido como por encanto.

Veía Mohámmad cuál era su pequeñez al lado de los Sultanes Castilla y de *Ats-Tsaguer-al-âli*; cuán dolorosa era la ruina del Isla

esclavizado, avasallado y dependiente de sus irreconciliables enemigos, sin que los hijos de Granada pudieran en modo alguno sacudir aquel yugo afrentoso, pues no era su número, aun reuniendo el de las mujeres, comparable con el de los hijos que producían los extensos territorios que en Al-Andálus poseían los Sultanes nassaríes.

Contaba con que la ambición y la discordia habrían para siempre desaparecido entre los muslimes, á quienes pensaba en cien combates llevar á la victoria; y la rebeldía del gualí de Guadix primero, y después la deslealtad del que regía la cora de Bachana, habíanle demostrado, con el descontento general de sus vasallos, cuán equivocado estaba en sus cálculos de gloria.

Invadidos por uno y otro lado sus dominios, sentíase sin fuerzas para contrarrestar el impulso de sus enemigos, y renegaba de su suerte, quebrantado el ánimo y perdidas las ilusiones de la juventud, tan amorosamente otro tiempo acariciadas.

¡Cómo había de poder recuperar á Ixbilia del poder de los rumíes, si no le era dado impedir el que éstos, una por una, le arrebatasen sus ciudades y tenía que humillarse ante ellos!

Abismado en semejantes pensamientos, una vez conseguida, á costa de las poblaciones citadas, la tregua con Castilla, tomaba sombrío y silencioso Abú-Abdil-Láh Mohámmad la vuelta de Granada, lleno de duelo el corazón y de negras sombras el espíritu.

Durante su camino, si no ostensibles señales de desagrado, halló por todas partes glacial indiferencia, sin que fuera el recuerdo de Mariem bastante poderoso para disipar las nieblas que oscurecían su alma.

En balde, así el guazir Mohámmad Al-Lahmí como su kátib predilecto Isahack-ben-Chábir, procuraban divertir su ánimo á otros asuntos para él más agradables.

Sombrío y ceñudo, con la desesperación pintada en el semblante, cruzaba la Serranía de Ronda y llegaba á las puertas de la capital, ... parecía un sepulcro.

¿Qué se había hecho de aquel entusiasmo con que era recibido por los granadíes al regresar de la expedición de Al-Mantdar y del triunfo, ...ado por las armas, sobre el gualí de Guadix, su rebelde pariente?

¿Por qué ahora las calles estaban solitarias y no resonaba grito alguno de bienvenida en las silenciosas celosías de las casas ni en los zocos y xareâs?...

¡Cómo concertaban aquella soledad y aquel silencio con el desencanto del Príncipe! ¡Cómo amargaban más aún su inconsolable disgusto!

Apenas llegado á su Alcázar de Medinat-al-hamraá, despojábase apresurado Mohámmad de los arreos militares, y tomando un caballo de refresco, sin procurar descanso á su cuerpo fatigado, seguido por algunos oficiales de su guardia, encaminábase á Píñar, ansioso de hallar un corazón cuyos latidos respondiesen á los del suyo y encontrar quién le compadeciese y esforzara.

De este modo, presa de horrible angustia, con el alma destrozada por la evidencia del cruel desengaño que había sufrido, pretendía presentarse en los maravillosos y subterráneos aposentos de *Cassr-ul-mashur* para arrojarse en los amantes brazos de Seti-Mariem, sorprendiéndola con su presencia inesperada.

Era ya la caída de la tarde de uno de los postreros días de la luna de Xaâban de 708 (1). El tiempo estaba frío, y oscuros nubarrones, amontonados primero sobre las cimas de la sierra y extendidos luégo por el viento, cubrían la inmensidad de los cielos, poblándola de sombras cada vez más espesas.

Los últimos rayos del sol, pálidos é inciertos, reflejando en las nubes, bordábanlas de ligeras cenefas de amarillento fulgor, cercadas por una aureola gris, manchada á intervalos por negruzcas rayas.

De trecho en trecho, á través de las tierras labrantías, blanqueaba algún que otro caserío, cuya silueta se recortaba, á los últimos destellos del ceniciento día, sobre el oscuro fondo que formaba la masa indecisa y vaga de los lejanos montes.

¡Silencio y soledad por todos lados! A aquella hora, en que desde la plataforma de los alminares de las mezquitas invitaban á la oración los muedzanos en los lugares habitados, el hermoso campo de Granada, yermo por la estación, presentaba muy triste aspecto.

(1) Mediados de Febrero de 1309.

Húmeda y como adormecida en el trabajo de la gestación estaba la tierra: los árboles ofrecían indefensos á los vientos sus desnudos troncos, y sus ramas secas y nudosas se levantaban con ademán suplicante al firmamento.

Embozado en los pliegues de su ancho haique, contemplaba Mohámmad, conteniendo los suspiros, el cuadro que á tales horas brindaba la naturaleza.

No se oía en aquellos campos rumor alguno, fuera del que producían los cascos de los caballos sobre el pedregoso arrecife y el zumbido del viento; ni el eco de la voz del campesino que torna fatigado á sus hogares entonando alguna canción para distraer el camino; ni el ligero gorgear de las aves, que habían huido á más templadas regiones en el invierno; ni siquiera el monotono y estridente canto de la cigarra, que anima en otras épocas los campos.

Parecía que caminaba Mohámmad por un desierto, ó á través de un pueblo cuyos habitantes hubieran sucumbido, como en otros días las ciudades malditas, víctimas de la cólera del Omnipotente.

Poco á poco las sombras fueron espesándose, y á medida que la cabalgata iba aproximándose á Píñar, crecía la oscuridad en torno, confundiendo los objetos pavorosamente.

Nada importaba al Sultán de Granada que la noche le sorprendiese en tal expedición: no le imponían las sombras, ni su corazón temblaba; y por eso, abstraído en sus meditaciones, dejaba correr á su voluntad la cabalgadura por el camino de Píñar, excitándola de vez en cuando con el agudo acicate.

De pronto, y al volver un recodo, ya cerca de la garganta donde tiene asiento el pueblo, el caballo dió un bote que casi desarzonó al jinete, y se encabritó con violencia.

Antes de que el Príncipe se hubiese repuesto, un bulto en las sombras avanzó hacia él, y mientras sujetaba con fuerte mano por la barbada al fogoso bruto, oyó el Sultán la voz de un hombre que acento extraño á él se dirigía, exclamando:

—¡Por fin!

—¿Quién eres?—preguntó colérico el Sultán empuñando al mismo po su espada y desembozándose.

—Dí más bien que quiénes somos—replicó otra voz á su espalda.

—¡Quien quiera que seáis, apartáos—rugió Mohámmad—ó probaréis el temple de mi espada damasquina!

—En balde es que lo intentes—dijo el primero con acento sosegado.—Modera, ¡oh Mohámmad! tu enojo y oye nuestra voz.

—Luego ¿sabéis quién soy?—interrogó el Amir, conteniéndose á duras penas.—Y ¿no os amedrenta lo horrible del castigo que os aguarda por vuestro atentado?

—¡Nó, Mohámmad!—No nos amedrentan tus amenazas, y no serás tú ciertamente quien las ejecute en nosotros. La impaciencia te ha hecho adelantar á los jinetes de tu escolta, y estás solo, solo y en nuestro poder!

—¡Por Alláh, que me encanta vuestra osadía! ¡No ha menester el Sultán de Granada de otros brazos que los suyos para desembarazarse de vosotros, miserables!

—¡Detente, Mohámmad, si en algo estimas tu existencia!

—¡Basta!—gritó el amante de Mariem, levantando en alto su espada y clavando despiadado los acicates en los ijares de su cabalgadura.

Pero ésta, después de un ligero temblor, dando un bote cayó al suelo, y Mohámmad rodó por tierra.

Antes de que hubiera podido levantarse, estaban sobre él los dos desconocidos y misteriosos personajes, quienes arrancando de sus manos el arma que esgrimía, y quitándole al par las que llevaba sujetas del tiráz que rodeaba su cintura, le ayudaron á alzarse.

Mohámmad entonces, lívido de coraje, cruzóse de brazos con arrogante y provocativo ademán, exclamando:

—¡Aquí me tenéis! ¿Quiénes sóis? ¿Qué me queréis?

—¡Camina delante de nosotros, desventurado, y cuando estemos en presencia de la que tú llamas Seti-Mariem, entonces sabrás quiénes somos!—respondió en tono lúgubre uno de los desconocidos.

Escuchábase ya cercano el rumor de los caballos de la escolta reanimado por aquella próxima esperanza, negóse resueltamente granadino á satisfacer los deseos que sus ocultos enemigos le ma

festaban; pero éstos, sin parecer preocuparse por semejante circunstancia, añadieron:

—¡Cerca están tus soldados, Mohámmad, y dentro de breves instantes los tendrás á tu lado; pero no te servirá de nada su auxilio: porque antes de que lleguen aquí, si no te has decidido, habrás entregado tu alma maldita á Satanás! ¡Decide!

—¡A mí!—gritó con ronco acento el Príncipe, para llamar la atención de su escolta—¡A mí!

—¡Cobarde!—rugió amenazante uno de los desconocidos—¿Eres tú el bravo, el que se llama león de la guerra, y tiemblas ahora delante de nosotros como el criminal delante de sus jueces? ¡Valiente, cuando triunfas de los débiles! ¡Cobarde, cuando te hallas en presencia de los fuertes!

—Mientes, tú, quien quiera que seas—exclamó frenético el Sultán.—¡Dame, dame mi espada, dame un arma cualquiera con que pueda defenderme y luchar á un tiempo mismo con vosotros dos, y veréis si es cierto que tiembla mi corazón! ¡Brava hazaña, por Alláh, la vuestra, después de que me habéis alevosamente desarmado! Pero aun así no me amedrentan ni vuestras amenazas, ni vuestros insultos!

Nadie contestó á su razonada queja; y en aquella actitud provocativa, con el rostro ceñudo y el corazón agitado por la cólera, permaneció el Príncipe algunos momentos, esperando la respuesta ó la acometida de aquellos singulares enemigos que se atrevían á la augusta persona del Imám de los muslimes.

El zumbido del viento, al agitar las ramas secas de los árboles, fué el único rumor que oyó Mohámmad como respuesta á sus palabras arrogantes, sintiendo, en cambio, que un frío intenso, glacial y extraño, naciendo en su propio pecho, iba poco á poco extendiéndose por todo su cuerpo, cuando atraídos por los gritos que antes había lanzado, llegaban hasta el Sultán sus oficiales.

—¡A mí!—volvió á repetir Mohámmad con voz desfallecida.

—¡Oh señor mío!—exclamó el oficial que había llegado primero, ɔeándose de un salto del caballo que montaba y dirigiéndose al Sul- n.—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

En balde, mientras hablaba el soldado, trataba el Sultán de sondear las tinieblas buscando á los dos desconocidos.

Éstos habían desaparecido en la sombra por completo.

—No es nada—contestó el Príncipe con tembloroso acento, procurando tranquilizar á los suyos, que ya le rodeaban sobresaltados.—*Raijáh*, mi pobre *Raijáh* (1) ha debido tropezar contra alguna peña y me ha derribado.

—¿Estás por desventura herido, oh señor nuestro?...—tornó á preguntar de nuevo el que había hablado primeramente.

—Nó... nó...—repuso Mohámmad vacilante.—Ayudad á mi pobre *Raijáh*, y no nos detengamos más tiempo.

Levantado el bruto, volvió en él á montar el granadino, y aunque sentía que los oídos le zumbaban y que iba de él apoderándose extraña debilidad, caminó animoso, seguido muy de cerca por la escolta, hasta llegar al castillo de Píñar, donde se separó de ella, penetrando después solo en *Cassr-ul-mashur*.

(1) *Raijáh* significa viento.

XX

La presencia y las caricias de Seti-Mariem hicieron olvidar al pronto al Príncipe lo misterioso de aquella aventura que no acertaba á comprender, y sus negros presentimientos se desvanecieron como por encanto cuando en el esplendor del ***Beit-as-senán*** se halló en brazos de su amante.

Algunas sombras oscurecían, á pesar de todo, su semblante, y cuando penetró en la estancia sentía cierta tibia humedad en sus ropas y cierto decaimiento en su espíritu, que no pasó inadvertido para Seti-Mariem.

—¿Qué tienes, amor mío?—preguntó ésta al estrechar sobre su pecho la cabeza de Mohámmad.—¿Por qué tus ojos no brillan con el fulgor de otros días y contrae tu rostro la huella del pesar y del disgusto? Pero, ¿qué es esto?—añadió, llevándose rápidamente las manos á los ojos.—¡Sangre! ¡Sangre, Mohámmad! ¿Estás herido?

Y con febril precipitación comenzó á desabrochar las ropas del Sultán, quien, por su parte, doblaba la cabeza en silencio y perdía el sentido.

—¡Sangre! ¡Sangre!—repetía Mariem con acento dolorido—re!

Sí, sangre!—exclamó á sus espaldas lúgubremente una voz.—angre del enemigo de tu dicha, infeliz; la sangre de aquél que 'o causa de tu desventura!

Volvióse rápida Mariem al escuchar tales palabras, y vió á su lado dos sombras, más que dos hombres, envueltas en recios balandranes y encubierto el rostro.

Lanzó un grito la cautiva, y poniéndose en pie de un salto, quedó frente á frente de los dos desconocidos, toda trémula y con el corazón palpitante por la sorpresa.

Los encubiertos permanecieron breve instante contemplándola, no sin emoción, y al cabo, rompiendo aquella pausa, ya algún tanto repuesta de su asombro, exclamó Seti-Mariem, como poco antes lo había hecho en el silencio de la noche el Príncipe:

—¿Quiénes sois?... ¿Qué queréis?...

—¿No nos conoces, desventurada?... ¿Nada te dice, nada te recuerda, infeliz, el eco de nuestra voz?—respondió con amargura uno de los desconocidos.

—¿Tan desvanecida estás—añadió el otro en el mismo tono—que no hallas en tí misma la respuesta?

—¡Mírame!—dijeron á un tiempo mismo ambos, dejando caer á la espalda la capucha del balandrán que les envolvía, y colocándose de manera que pudiese Mariem, á la luz de las encendidas lámparas, contemplarles.

Eran, uno y otro, mancebos de gentil apostura y noble continente, que habrían cumplido apenas los veinticinco años, y su hermoso semblante, adornado de negra y rizosa barba, aparecía empañado por cierta sombra indefinible de melancolía que les hacía por todo extremo interesantes.

Iban vestidos de extraña manera, pues mientras les envolvían récios balandranes de paño oscuro y fuerte, ostentaban debajo ricas prendas mezcladas muslimes y cristianas, que les daban singular aspecto.

Quedó un momento Mariem suspensa contemplándoles, sin dar señales de conocerles, y ellos, en tanto, la devoraban con los ojos, como si quisieran por allí dejar escapar su alma y que penet ésta en el adormecido corazón de la cautiva.

Por fin, y después de aquel silencio embarazoso, exclamó un ellos con expresión amarga:

—¿No nos conoces, desdichada mujer?... ¡No nos conoces! ¡Y, sin embargo, nos has llevado en tus entrañas, nos has prodigado en otro tiempo tus ardientes y puras caricias, nos has amado con todo tu corazón, según decías!

—¿Quiénes sóis? ¿Quiénes sóis?—repetía entre tanto Mariem, abriendo sus ojos desmesuradamente y llevándose ambas manos á la cabeza, cual si pretendiese con aquel ademán recoger todos sus recuerdos, recuerdos que habían huído para siempre de su perturbada y oscurecida memoria por voluntad del Príncipe y por efecto de misteriosas influencias!

—¿Quiénes sóis?—decía mirándoles—¡Oh!... ¡Nó, no os conozco! ¡No os conozco, y, sin embargo...!

—¡Que no nos conoceís, señora!—exclamó tristemente el mayor de los mancebos—¡Oh! ¡Recordad, recordad por Dios! ¿No hay en vuestro ser nada que se conmueva á nuestra vista?... ¡Desventurados! ¡Desventurados de nosotros!

Y sin poder contenerse, rompió en acerbo llanto.

Presa de singular inquietud, paseaba la cautiva sus miradas de uno á otro joven, sin que las tinieblas que reinaban en su alma se desvaneciesen: ¡sin que una sola de las fibras de su adormido corazón se extremeciera!

—¡Tanto han cambiado, señora, vuestros hijos!—repuso el que hasta allí había hablado—¡tanto, que ya no los conocéis!... ¡Miradnos!... ¡Somos Juan Sánchez y Jimén Pérez, vuestros hijos! ¡Aquéllos que abrigásteis en vuestro regazo, que alimentásteis con vuestra sangre! ¡Oh!—continuó como hablando consigo mismo—cuando después de tan largos años de triste orfandad, de amarga vida y de horribles penalidades, logramos llegar hasta ella para rescatarla! ¡Cuando tocamos el término de nuestros afanes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Esfuerza nuestro espíritu, quebrantado ya con tantos golpes!

Y se dejó caer sobre el diván, tropezando con el cuerpo inerte el Príncipe.

—¡Mis hijos!—decía Mariem con extraña agitación—¡Mis hijos!... Yo no he tenido nunca hijos!... ¡Nó!... ¡Mentís! ¡Yo no he conocido,

yo no he amado nunca á otro hombre que á Mohámmad!... ¡No os conozco, nó! ¡No sé quiénes seáis!

Entre tanto, el Sultán iba poco á poco volviendo del desmayo, y entrecortados suspiros salían penosamente de sus labios, pálidos y secos.

—¡Loca, loca!—exclamaba desconsolado Juan Sánchez, mientras su hermano permanecía en sombrío silencio y con la cabeza inclinada.—En pos de tantos riesgos para encontrarla, ¡en qué estado, Dios mío, nos la presentas!

—No hay tiempo que perder, hermano—dijo Jimén con lúgubre acento.—¡El enemigo eterno de nuestra dicha recobrará en breve el sentido, y antes de que tal suceda, es preciso que estemos ya lejos de aquí con nuestra madre!

—¿Y hemos de dejarle así, Jimén?—interrogó Juan, señalando al Príncipe con la mirada.

—¡Nó!—repuso aquél con acento colérico.—¡Nó! ¡La hora de la venganza ha sonado! ¡La sangre de nuestro padre pide sangre, y nuestra honra mancillada exige el castigo del culpable!

Y desenvainando la broncha que pendía de su cintura, encaminóse hacia donde permanecía, aún aletargado, el cuerpo de Mohámmad.

—¡Detente!—exclamó Juan Sánchez, interponiéndose rápido como el pensamiento entre su hermano y el Sultán.—No es de hidalgos como nosotros vengar nuestra afrenta en hombres inermes... Atendamos primero á nuestra madre: volveremos luégo á buscar á este hombre.

Seti-Mariem, en tanto, había continuado en pie, sin acción ni movimiento. Clavados los ojos en el suelo, enarcadas las cejas y toda sacudida por inacostumbrada emoción, parecía una estatua, no llegando á sus oídos siquiera el eco de las palabras cambiadas entre sus hijos.

Antes, sin embargo, de que hubiera podido comprenderlas, l zábanse ambos de improviso sobre ella, y levantándola en sus bra: huyeron de aquel sitio, á pesar de los gritos y de las protestas d cautiva.

Ya era tiempo, porque Mohámmad, en el punto en que ellos desaparecían, abrió los ojos extraviados y paseó sus miradas por el *Beit-as-senán*, sin darse cuenta del paraje en que se encontraba.

Incorporóse lentamente, y pasando la diestra por la cara, trató de coordinar sus recuerdos.

—¿Dónde estoy?—dijo, recorriendo con los ojos la lujosa estancia.

—¡Ah, sí!... ¡Ya recuerdo!... ¡Ya recuerdo!... ¿Y Mariem?—se preguntó al cabo de un instante.—Aquí, aquí á mi lado estaba... ¿Por qué no está ya?... ¿Qué extraña pesadez es esta que embarga todo mi cuerpo?

Y como al pasar sus manos por el pecho notase que éstas se hallaban mojadas, acercóse vacilante á una bujía y allí vió que estaban manchadas de sangre.

—¡Sangre! ¿Estoy herido?—Y se volvió á palpar.—¡Sí—añadió—¡Sí, estoy herido!... Aquellos hombres... Pero, ¿y Mariem?... ¿Dónde está Mariem?... Tal vez haya ido á buscar algún remedio para mi herida... ¡No tardará en volver á mi lado!... ¡Ella, ella es la única criatura que me ama! ¡Su voz tiene para mí encantos irresistibles y basta para disipar mis duelos! En otro tiempo, yo era feliz... También me amaban mis vasallos. ¡Alláh me sonreía desde su Trono, y parecía que la felicidad y la prosperidad iban para siempre á reinar en Granada!... Pero ahora!...

Y se interrumpió breve espacio en su meditación, quedando mudo y pensativo.

Tras de aquella pausa, procuró incorporarse, aunque sin poder conseguirlo por completo, exclamando:

—¡Mariem no vuelve! ¿Me habrá abandonado como me abandonan todos mis vasallos? ¡No puede ser! ¡Ella me ama! ¡Los genios han derramado con largueza en su corazón los efluvios de la pasión que me enciende, y esta pasión hace ya mucho tiempo que llena su exis-
t[illegible] ¡Mariem!—gritó—¡Mariem!

[illegible]lie contestó á su llamamiento, y Mohámmad, llenó de inquiet[illegible]grró al postre levantarse y se dirigió á los aposentos de la herm[illegible]istiana, llamándola siempre.

Iba ya á trasponer el umbral de aquella cámara, cuando aparecieron á sus ojos los dos desconocidos que llevaban el capuchón sobre el rostro.

—En balde la llamas, ¡oh Mohámmad!—exclamó uno de ellos deteniéndose delante del Príncipe.—¡Mariem no contestará á tu voz ya nunca!

—¡Apartáos sombras, espíritus malditos que os interponéis en mi camino! ¡Apartáos!—clamó el Sultán abriendo los brazos y retrocediendo á pesar suyo.

—¡Nó, Mohámmad!—replicó Juan Sánchez avanzando á medida que el granadino retrocedía.—¡Ha sonado la hora de nuestra venganza y tu castigo!

—¿Quiénes sóis?—dijo Abdil-Láh turbado.

—¿Quieres saberlo? ¡Quizás tengas tú más memoria que esa infortunada mujer cuya razón has oscurecido alevosamente! ¡Míranos pues, si te atreves, cara á cara!

Y descubriéndose ambos hermanos á la par, cruzáronse de brazos delante del asesino de don Sancho.

No era, en verdad, fácil que éste pudiese recordar las facciones de Juan Sánchez y Jimén Pérez, en quienes apenas había reparado cuando la conquista de Al-Mantdar, y mucho menos aún después del tiempo trascurrido, durante el cual se había operado la natural trasformación de aquellos mancebos, ya convertidos en hombres.

Pero Juan Sánchez era por extremo parecido al desventurado alcaide, esposo de Seti-Mariem, y al fijar el Príncipe sus vagos y despavoridos ojos en el semblante del joven, creyó que ante él se levantaba vengadora la sombra de don Sancho, cuya sangre había derramado dos veces.

—¡Don Sancho!—clamó.—¡Óh, tú, el Señor del Trono excelso, el Misericordioso Alláh! ¡Grandes deben ser mis culpas cuando consientes que los muertos se levanten de sus sepulcros para venir á mi presencia!—añadió alzando al cielo la mirada.

—Te equivocas, Mohámmad—replicó Juan Sánchez.—¡N[illegible] y aquél á quien diste traidora muerte! ¡No soy aquél cuyo nombr[illegible] as deshonrado!... Somos sus hijos, que hoy te pedimos estrecha [illegible] ta

de la sangre de nuestro padre, á quien tenga Dios en su gloria, y de la honra que nos has arrebatado!

Al escuchar al arrogante castellano, operóse en el ánimo del Príncipe vigorosa reacción, y fortalecido por ella, á pesar de la debilidad de que era víctima, encaróse con los dos mancebos diciendo con acento alterado por la cólera:

—¡Ah! ¿Sóis vosotros? ¡Vosotros, á quienes perdoné la vida á ruegos de Seti-Mariem; á quienes dí libertad y colmé de riquezas para que regresáseis á Castilla! ¡Vosotros, quienes en las sombras de la noche, y prevaliéndoos de ellas, me habéis asaltado en el camino! ¡Vosotros, quienes después de herirme cobardemente, osáis insultarme aquí porque me véis abandonado, solo y sin alientos! ¡Vosotros, quienes decís me habéis arrebatado á Seti-Mariem!... ¿Venís, pues, á desafiar al león en su cueva? ¿Venís á desafiar al Sultán de Granada? ¡Insensatos! ¿Olvidáis que estáis aquí, ahora, en mi poder, que no podéis salir del recinto de este palacio, y que á una voz mía vuestras cabezas rodarán por el pavimento? ¡Insensatos!

—¡Nó! No estamos en tu poder—replicó Jimén Pérez, animoso.—¡Eres tú, por el contrario, quien se halla en el nuestro, y vas á perecer á nuestras manos! ¿Crees, por ventura, que hemos de perdonarte la sangre de nuestro padre? ¿Crees que hemos de tener piedad de aquél que ha mancillado la pureza y la castidad de la que nos dió el ser, trastornando su cerebro y ahogando para siempre en ella la voz de la conciencia? ¡Oh! ¡Nó! ¡Nó, miserable! ¡Asesino sin corazón! ¡Tu hora ha llegado, y nada ni nadie podrá salvarte, porque es la justicia de Dios la que arma nuestro brazo, y es su mano omnipotente la que nos protege y anima! ¡Prepárate, pues, á morir!

—Aquí nos tienes—añadió Juan Sánchez.—¡Escoge entre nosotros á aquel que quieras para que la justicia de Dios se satisfaga! ¡Que hasta que uno de los dos te haya dado muerte ó tú nos hayas muerto á los dos, como mataste á don Sancho Sánchez de Bedmar, nuestro padre, no hemos de salir de aquí! ¡Escoge!

¡Pues entonces, ven tú—rugió el Sultán—y probarás mi esfuer-[illegible] ¡No han entibiado los años el ardor de mi pecho ni tiembla ya mi [illegible] como antes! ¡Ven!

Y tomando la espada que le tendía en silencio Jimén Pérez, Mohámmad se puso en guardia.

Entonces, lanzando cada uno su grito de guerra, trabóse entre aquellos dos hombres singular y encarnizado combate, que presenciaba el segundo hijo del alcaide de Al-Mantdar, esperando tranquilo el término de la lucha.

XXI

Cuando después de pactadas las treguas que á solicitud del granadino concedía á éste el Sultán de Castilla, mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y el tributo de cinco mil doblas de oro, los nassaríes abandonaban el asedio de la plaza de *Chezirat-ul-Hadhrá*—apartándose de las batallas de los castellanos, dos jóvenes guerreros tomaban el camino de Chien, y trasponiendo las fronteras de Castilla penetraban en el territorio del Islam, donde luégo que hubieron cambiado de traje se hicieron pasar por fugitivos de la plaza de Chebel-Tháriq, conquistada poco antes por Ferrand-ben-Xanchol á los muslimes.

Bajo tales apariencias, llegaban muy en breve á la ciudad de Granada, donde, informados de la ausencia del Príncipe é impuestos muy al por menor de cuanto ocurría, no tardaron en cerciorarse de las pocas simpatías que entre los musulmanes se había granjeado Abú-Abdil-Láh Mohámmad III, á quien motejaban de abandono, por preferir las amantes caricias de cierta cautiva á los intereses del Islam en Al-Andálus, no faltando quien llegara hasta suponer que se había v ... cobardemente al tirano de Castilla, razón por la cual desm ... ba el territorio de su propio reino, como parecía probarlo la e... de las fortalezas antes mencionadas.

...rrábase, aunque no con entera seguridad, que el nieto de los

Al-Ahmares permanecía, en tiempo de paz, la mayor parte del año retirado en uno de los castillos de las inmediaciones de Granada, donde la voz pública aseguraba que había mandado labrar secretamente magnífico palacio para morada de la cautiva nassarí, con quien mantenía amorosas relaciones, y hasta se indicaba que el referido castillo era el de Píñar, en las inmediaciones de Hissn-al-Lauz, noticias todas que con gran diligencia recogían los dos nassaríes, á quienes, sin sospecha de lo que eran, un soldado etíope, de la guardia del Sultán refería, incitado por sus preguntas, la muerte del alcáide de Al-Mantdar, cuyo cuerpo había él mismo arrojado, por orden del gobernador del castillo de Píñar, desde los adarves de aquella fortaleza al abismo sobre el cual el referido castillo se levanta.

Corría entre tanto la voz de que Mohámmad llegaría en breve á Granada, de regreso de la desafortunada expedición contra los castellanos; y con efecto, confundidos entre la muchedumbre de curiosos que presenciaron en silencio la entrada del Príncipe en su córte, viéronle ambos donceles subir á su palacio de la Alhambra, de donde á las pocas horas, y aprovechando el crepúsculo de la tarde, le miraban salir, escoltado por algunos jinetes, para tomar el camino de Píñar, á donde se dirigía, sin duda alguna.

Aprovechando las sinuosidades y revueltas del camino, y tomando por atajos, seguíanle muy de cerca los jóvenes rumíes; y cuando juzgaron propicia la ocasión, por haberse adelantado el Sultán á las gentes que le acompañaban, habíanle salido al encuentro con ánimo de que les guiase y condujera al lugar secreto donde guardaba á la cautiva, en cuya presencia querían vengarse de aquel hombre, causa y origen de su orfandad y de su desventura, si, como sospechaban, la mujer que guardaba como un tesoro en tal paraje, era la esposa de don Sancho Sánchez, su padre.

No quiso la suerte que se realizasen sus deseos, por la repentina presencia de la escolta del Sultán; y ocultándose en las sombras, siguieron cautelosos al Príncipe, á quien, después de haber dej[illegible] á sus oficiales en el castillo, vieron desaparecer tras de la puert[illegible] daba entrada á *Cassr-ul-mashur*, cuya existencia nunca hub[illegible] sospechado.

Indecisos, pero al mismo tiempo animados por el espíritu de la venganza, que les poseía, permanecieron Juan Sánchez y Jimén Pérez, pues ellos eran, delante de la puerta del palacio subterráneo breve instante; después, y conociendo el lugar donde debía estar encerrada su madre, doña María, cuya trasformación no sospechaban, comenzaron á recorrer aquellos sitios, no sin gràve exposición de sus personas, dada la configuración del escabroso terreno en que se hallaban.

Al cabo de algún tiempo, como percibiesen por entre la juntura de dos enormes peñascos extraña claridad, siguieron el contorno de aquella masa escueta que se erguía en el espacio, y dieron, por último, con la boca de un precipicio que se abría á sus pies amenazante.

Después de rápida consulta, y ayudados de los salientes y de las plantas que crecían entre las breñas, decidiéronse, no sin riesgo, á descender por el precipicio, lo cual efectuaron, encontrándose con una cueva ó almoguera á piso firme, por la cual penetraron así que tuvieron la certidumbre de que seguía la dirección de los enormes bloques graníticos por entre los cuales habían descubierto poco antes en la cima, la extraña claridad que denunciaba allí la existencia de lugares habitados.

Al extremo de la almoguera hallaron con regocijada sorpresa una *cobba* ricamente alhajada, y cruzándola con toda clase de precauciones, no tardaron, por los gritos que Mariem había lanzado al ver llenas de la sangre de Mohámmad sus propias manos, en orientarse, siguiendo siempre la dirección de aquellos gritos, merced á los cuales llegaban al *Beit-as-senán* en la ocasión de que el Príncipe caía desmayado; ¡que los designios de Alláh, el Excelso, serán siempre desconocidos para las criaturas!

Luégo que ambos mancebos se hubieron apoderado de Seti-Mariem, cuya locura les había profundamente afectado, dejábanla asegurada en la *cobba* inmediata á la caverna por donde habían hallado ada al *Cassr-ul-mashur*, y deseosos de extremar su venganza, toran al *Beit-as-senán*, donde permanecía Mohámmad, empleando vez más tiempo en orientarse, pues desconocían por completo la osición de aquel palacio subterráneo.

La lucha entablada entre Juan Sánchez y el Sultán duró muy breve tiempo, á pesar del encarnizamiento y el ódio de los combatientes: la fatiga, la debilidad y los años, habían, con cierta especie de supersticioso temor, enervado las fuerzas del granadino, mientras Juan Sánchez, joven, habil y robusto, como encarnación de la justicia divina, continuaba sin aparente cansancio esgrimiendo su tajadora espada.

La sangre de uno y otro corría en abundancia; pero ellos no parecían, sin embargo, sentirlo, ni se cuidaban más que de ofender y defenderse.

Mientras tanto, Jimén Pérez continuaba impasible en su sitio, contemplando con sorda cólera aquel espectáculo, que hacían más extraño el lugar en que se hallaban y la luz reverberante de las lámparas, encendidas para iluminar sólo escenas de amor, y no escenas de sangre y de muerte.

Al fin, lanzando agudo grito, dejó el Sultán caer su espada, y llevando la mano al pecho, sintió que sus piernas vacilaban y que la habitación giraba en torno suyo.

Después, como impulsado por fuerza irresistible, cayó derribado en tierra, con los ojos abiertos y los labios contraídos, aunque sin pronunciar palabra alguna.

—¡La justicia de Dios está cumplida!—exclamó lúgubremente Juan Sánchez, limpiando el ensangrentado acero y volviéndolo á la vaina—¡Qué Dios maldiga tu espíritu, y que Satanás se apodere de él por todos los siglos de los siglos.

—Amén—repitió Jimén Pérez.

Y volviendo ambos á cubrir sus cabezas con el capuchón del balandrán que vestían, abandonaron el aposento, dirigiéndose al lugar donde habían dejado á su madre.

Procurando acallar sus gritos, condujéronla en brazos fuera de la cueva; y anudando allí sus largas fajas, ceñían con uno de los extremos el talle de Seti-Mariem, mientras con el otro Jimén Pérez trep... no sin fatiga, por las breñas, ayudado de su hermano Juan Sánch... consiguiendo, tras de inauditos esfuerzos, sacar de aquellos lug... á la cautiva.

En la falda del monte, á otro lado de la garganta en que se hallaba el pueblecillo, les aguardaban sus caballos, y montando en ellos, abandonaban al escape á Píñar, tomando la dirección de la frontera.

....

El sobresalto y la indignación de los muslimes fueron grandes cuando tuvieron conocimiento del grave estado en que se hallaba el Sultán y conocieron por sus labios el riesgo que había corrido.

Porque la espada de Juan Sánchez no había logrado, merced á la protección de Alláh, separar el alma de aquel cuerpo, y que *Malak-al-maut* batiese sus negras y medrosas alas sobre la frente del nieto de los Al-Ahmares! ¡Alabado sea Alláh! ¡Ensalzado sea!

Largo tiempo duró la convalecencia del Príncipe, retardada por la certidumbre de la ausencia de su amada Seti-Mariem, siendo, por desventura, inútiles las gestiones que se hicieron para conseguir averiguar el paradero de los hijos de don Sancho, quienes seguramente habían puesto en salvo sus personas y la de su madre, penetrando en territorio de Castilla.

De las indagaciones hechas, con más interés y amor que fortuna, por el kátib Isahack-ben-Chábir, á quien encomendaba principalmente el Sultán tan delicado encargo, resultaba que al día siguiente de aquel en que había sido tan peligrosamente herido Mohámmad, dos jinetes, conduciendo uno de ellos una mujer, habían aparecido en los pueblos de la frontera de Chien, sin que nadie acertara á dar mayor número de explicaciones.

Aquel desventurado suceso, el disgusto con que los musulmanes veían la inacción del Príncipe en las circunstancias verdaderamente azarosas por que el Islam atravesaba, amenazado en Almería por el Sultán de Aragón; la enemistad que se había granjeado el guazir Abú-Abdil-Láh Mohámmad Al-Lahmí con el poderoso alcaide Abú-Bekr Atik-ebn-Al-Maul, pariente del Amir y las banderías que se habían formado en todo el reino, con otras más de análoga especie, ...as eran legítimas de la profunda amargura que llenaba el co...n del nieto de *Al-Gálib-bil-Láh*, para quien ya la vida no ofrecía ...tivo alguno, separado como estaba del único bien que había

gozado, de la única mujer que había poblado de encantos su existencia!

Así, pues, cuando el día primero de la luna de Xagual de aquel año de 708 (1) formidable rumor y vocerío, que resonaba en todos los ángulos de la ciudad, subía amenazador y soberbio, como el clamor del oleaje combatido por la tempestad, hasta llegar á las puertas de su mismo Alcázar de la Alhambra, proclamando Sultán de Granada á su hermano Abú-l-Choyux Nassr, oyó Mohámmad aquel griterío desenfrenado y aquella voz del pueblo casi con regocijo, pues le aliviaba de un peso con el que no podía su decaído espíritu.

La turba desenfrenada, que apoderándose de la persona del guazir Al-Lahmí, le daba horrible muerte casi á presencia del Príncipe y saqueaba violenta y destructora como un incendio la morada de sus señores, no causó espanto alguno en su pecho; y haciendo allí, en presencia de la muchedumbre, abdicación y renuncia de la sultanía, apresurábase á reconocer á su hermano como su señor y su dueño, mientras aniquilado, poseído de la mayor indiferencia, sin alientos para nada, carcomido por la desesperación, acataba la orden del nuevo Sultán, marchando á Al-Munnecab (2) sin pronunciar sus labios la menor protesta.

—¡Loado sea Alláh!—exclamaba al abandonar el amurallado recinto de la que fué su corte, para encerrarse en la fortaleza designada por su hermano.—¡Loado sea Alláh, que en su misericordia infinita me concede la paz por mí tanto tiempo codiciada! ¡Que Alláh prolongue los días y los bienes del Sultán mi señor Abú-l-Choyux-Nassr, y le esfuerce y le proteja!

(1) 14 de Marzo de 1309.

(2) Almuñécar.

XXII

Destruídos por la vencedora espada del Amir Nassr los proyectos del Sultán Cháymis, á quien llaman los rumíes *Al-Adel* (1), obligándole á levantar el cerco de Almería, y desvanecidas al par las esperanzas del tirano de Castilla (¡á quien maldiga Alláh!), Granada volvió, aunque no para siempre, á recobrar la tranquilidad perdida, y con ella renacieron la animación y el entusiasmo de los buenos muslimes.

Entregado á sus propios tormentos, llegaban á oídos de Mohámmad en su forzado retiro nuevas tan lisonjeras para el Islám, y regocijábase de ellas como verdadero siervo del Misericordioso, llorando siempre la ausencia de Seti-Mariem, que era la única aspiración de su quebrantada vida.

No era ya posible, no, que sus ojos volvieran á mirar aquel rostro peregrino, más hermoso que el de la luna llena; que volviesen á escuchar sus oídos aquel acento, cuyo eco vibraba todavía en su corazón con dulzura inefable y superior á la música regalada de las hu-
s del Paraíso! ¡No tornaría ya á embriagarse con el perfume delei-
que exhalaban los labios de aquella mujer, rojos como la flor del

El Justo, don Jáime II.

granado, frescos como la alborada y sonrientes como las promesas del mismo Alláh! ¡No sentiría más sobre el suyo los latidos amorosos de aquel corazón que encerraba sólo para él tesoros de cariño por influjo de los buenos genios!

El pasado era para él horrible pesadilla, y en sus sueños veía siempre alzarse á su presencia con sombrías tintas la figura de aquellos dos donceles, que le pedían cuenta de su honra y que le arrebataban el tesoro por él más preciado en la tierra!

Inútiles habían sido todos los esfuerzos que había hecho para asegurar la posesión de Seti-Mariem, cuya imagen celestial aparecía en su delirio para desvanecer las sombras que envolvían todo su ser y que le agobiaban bajo su mortal pesadumbre!

Separado de ella, valiera más que la desenfrenada soldadesca que había dado cruel é inmerecida muerte á su guazir Al-Lahmí, hubiese también cortado el hilo de su existencia, que ya no tenía objeto!

Todas sus ilusiones habían desaparecido, y su única aspiración consistía en recobrar á Seti-Mariem.

¿Cómo era posible que lo realizase, si la voluntad del Sultán le prohibía trasponer los límites de aquella fortaleza?

Por eso, cuando extraña dolencia, apoderándose de Abú-l-Choyux Nassr, hizo que en los adormecidos partidarios de Mohámmad despertase la ambición, y juzgando ya muerto al nuevo Sultán, sacasen de aquel retiro al vencedor de Al-Mantdar para hacerle entrar de nuevo en Granada, latió su corazón apresurado como en los días de su juventud, y alentado por vaga esperanza, aceptó los ofrecimientos de los que se decían sus partidarios, sólo para utilizar los medios poderosos que su restauración en el trono podría facilitarle para buscar á su adorada.

Pero Alláh en sus decretos inexcrutables no lo permitió: porque al trasponer las puertas de la ciudad, alegre y regocijado rumor de músicos instrumentos anunció á Mohámmad y anunció á sus partidarios que el Sultán había felizmente recobrado la salud, con c motivo, picando presuroso espuelas á su cabalgadura, sin deten á escuchar á sus partidarios, cruzando por Granada como un l

salía por *Bib-Guadi-Ax*, y tomaba al escape el camino para él tan conocido de Hissn-al-Lauz!

Como aquel día, por él nunca olvidado, en que después de su regreso de *Chezirat-ul-Hadhrá*, había corrido ansioso á Píñar para buscar en las espléndidas *cobbas* de *Cassr-ul-mashur* los brazos de su amada, caía la tarde lenta y sombría sobre el campo despojado por el invierno de todas sus galas.

Negros nubarrones iban poco á poco apoderándose del cielo y borrando las huellas del día, triste como lo estaba el espíritu del Príncipe, mientras sobre las crestas caprichosas de los montes se hacinaba en confuso remolino aquella masa oscura y amenazante como la maldición del Excelso.

De vez en cuando rasgaba el negro velo rápida y velozmente el cárdeno relámpago, y retumbaba el trueno en los espacios, y el eco de los montes lo repetía y llevaba acrecentado aquel horrísono estruendo hasta los lejanos límites del horizonte.

Gruesas y espesas gotas de agua comenzaron á caer, y en breve las sombras de la noche se condensaron, llenándolo todo de pavorosa negrura.

Y Mohámmad, sin cuidarse del desorden de los elementos, caminaba, caminaba oprimiendo los lomos de su cabalgadura, cuyos herrados cascos despedían chispas fugaces sobre los guijos del arrecife.

Mezclábanse y se confundían en su frente, bajo la capucha del albornoz que le cubría, las gotas de sudor y el agua que mojaba sus vestiduras; pero él no sentía nada, y persiguiendo en la alucinación de sus sentidos el fantasma vaporoso de su adorada Mariem, seguía cabalgando sin reposo, sin que le detuviese en su frenética carrera ni la voz de los elementos ni fuerza alguna.

Por fin llegó á la cañada, y atravesando el riachuelo que la surca, penetró en el desfiladero que coronaba por uno de sus extremos el illo

uscó, más por instinto que por conocimiento del terreno, el ca- que había él hecho labrar para subir al monte, y subió por él sin ar, como impulsado por fuerza superior irresistible.

Pocos momentos después se detenía delante de la puerta de *Cassr-ul-mashur*, y apeándose de un salto, trasponía el umbral de aquel palacio y se internaba por él rápidamente.

¿A dónde iba?

¿Qué buscaba en aquellos lugares y á tales horas?

Cruzó como una tromba el solitario zaguán abandonado, y, guiado por el sentimiento que le embargaba, después de recorrer algunas estancias, penetró en la *sala de la figura*, aquella *cobba* que había tantas veces presenciado sus locuras con Seti-Mariem.

Allí, sobre el pedestal, en el mismo sitio en que él la habia colocado, se alzaba muda y silenciosa aquella imagen de piedra de su adorada.

Las tinieblas lo envolvían todo; pero á pesar de ellas y sobre ellas, Mohámmad veía sus brazos abiertos como para estrecharle, su boca sonriente y su seno desnudo é incitante.

Abrazándose á aquella imagen insensible, prodigábala las más tiernas caricias, como si con ellas quisiera darle animación y vida; y sus labios, en atropellado y confuso rumor, pronunciaban frases de cariño, que el eco vagoroso repetía por el ámbito solitario de la estancia.

Fuera, oíase el retumbar del trueno, el zumbido del huracán que introducía sus mil lenguas roncas y atronadoras por la puerta del alcázar, y el estallido de la tormenta.

Parecía que fuerzas superiores, la mano de Alláh el Omnipotente conmovían las entrañas de la tierra, al mismo tiempo que agitaban los senos insondables del firmamento.

De pronto oyóse pavoroso estrépito; cual si el monte se hubiese desgajado entero sobre ellas, crugieron como aplastadas las bóvedas de la *cobba*, y una luz rápida y vivísima, esparciendo en torno, penetrante y trastornador, el olor del azufre, vino á herir la frente de la imagen de Mariem, á que se hallaba asido Mohámmad, y recorriendo aquellos puros contornos, tallados en el mármol frío, detúv un momento en el cuerpo del Príncipe, que caía en tierra (1).

(1) Murió Mohámmad el 3 de la luna de Xagual de 713 (21 de Enero de 1314).

Desplomáronse luégo las techumbres, ardió cuanto de precioso había en *Cassr-ul-mashur* y volvió todo á quedar en profunda oscuridad y para siempre!

¡La mano de Alláh, guiando el rayo, había aniquilado á Mohámmad y sepultado su cuerpo en medio de aquellas, las últimas ruinas de su amor profano é inextinguible!

—¡Alabado sea Alláh!

....

Los siglos han pasado y las generaciones se han sucedido las unas á las otras.

No queda en Al-Andálus nadie ya que reverencie las altísimas verdades del *Korán*, ni quien confiese que no hay divinidad sino en Alláh, el Único, que no tiene semejante á Él, y que Mahoma es el enviado de Alláh!

La sangre de los muslimes, sin embargo, antes y después de la rendición y entrega de Granada se ha mezclado con la sangre de los nassaríes; nuestros hijos, pues, aunque cegados en la falsa religión y apartados de la claridad de la palabra del Profeta (¡complázcase Alláh en él!) continúan disfrutando de los deleites con que brinda aquella tierra hermosa que enriquecieron á porfía, con los tesoros de sus artes y de sus industrias, los muslimes; y todavía, para gloria de los siervos del Misericordioso, se levantan en pie, produciendo el asombro y la admiración de los nassaríes, el fastuoso alcázar de los Al-Ahmares en la Alhambra (¡Alláh vele sobre él y le proteja!) y otros restos de su cultura, largo tiempo negada y desconocida.

Entre las maravillas que todavía se conservan en Granada de los días de la dominación musulmana, existe, no lejos de un pueblecito llamado Píñar, situado al E. de Hissn-al-Lauz ó Hiznalloz, como á cosa siete leguas de la antigua corte de los Al-Ahmares, una cueva verdaderamente admirable, formada por los restos de aquel alcázar subterráneo mandado labrar por el Amir Abú-Abdil-Láh Mohámmad de Granada en las entrañas de la tierra. La obra de la Natural unida á la obra de los hombres, á través de los siglos ha hechc aquellas informes ruinas un espectáculo prodigioso, ante el cu

detiene la razón humana sorprendida, sin acertar á explicárselo. ¡Tal es la omnipotencia de Alláh y la pequeñez de sus criaturas!

La entrada actual de esta cueva se abre por el costado N. de un cerro por esta parte cortado perpendicularmente, que cuenta unos trescientos metros de altura, y sobre el cual se levanta aún un castillo desmantelado y ya medio en ruinas, cuyos muros principales se conservan, á pesar de la acción sorda y destructora de los tiempos. En la dirección de N. á S. adviértese en el cerro una profunda grieta sin rellenar, tapizada de multitud de cristalizaciones, extendiéndose la cueva en el sentido mismo que la grieta indica. Para subir cómodamente, hay una rampa empedrada, de unos cinco metros de elevación, resto del camino mandado hacer por el Sultán Mohámmad III; la entrada á la cueva conserva todavía la figura de un arco, con dimensiones proporcionadas, y el primer espacio donde estuvo el zaguán del *Cassr-ul-mashur*, puede contener, con desahogo, según los escritores, hasta mil seiscientos hombres.

El techo es bastante elevado, si bien en algunos puntos parecen desprenderse enormes masas petrificadas de estalactitas, que sobresalen con irregularidad; tienen la figura de dos arcos ojivales, y en el vértice ó unión de ambas cuerdas sigue la grieta hacia la parte superior del cerro con dimensiones bastante reducidas; el piso es harto desigual, hallándose á cada paso tropiezos y obstáculos que casi le hacen intransitable; en el extremo de este primer aposento se pierde la luz natural; el higrómetro da 90° y el termómetro centígrado 12°.

Siguiendo aquella dirección por un corto espacio, angosto y bajo de techo, se llega á un pequeño salón de dimensiones regulares, donde hay un número indefinido de productos elaborados según las leyes generales á la materia, viéndose con asombro varias cristalizaciones de figura piramidal, más ó menos bien caracterizadas, y fustes y capiteles labrados conforme el arte prescribe, columnas de orden ar-...tónico perfectamente marcado ó grupos caprichosos é irregu-... cuyo conjunto forma un todo admirable. Aquellas son las rui-... la *Cobba-l-bahú*, y el higrómetro marca allí 95°, mientras el ...metro baja á 11° de la escala centígrada.

Continuando en la misma dirección y con leve inclinación en el pavimento, llégase á otro espacio, en el que se ve una especie de lecho colosal, á que los nassaríes llaman mausoleo, de figura elegante, adornado de columnas, frisos y otros objetos curiosos. En la cúspide del cono truncado que se eleva majestuoso en el centro, y que otro tiempo fué surtidor de aguas olorosas, parece verse esculpido un casco adornado con plumas, y al pie un arrogante león que le defiende. Las paredes y el techo están revestidas de multitud de incrustaciones prismáticas, cónicas y piramidales, entre las cuales sobresale una á manera de llorón, donde la naturaleza hace alarde de las inmutables leyes á que ha sujetado la materia inorgánica.

Nuevo motivo de sorpresa ofrece una magnífica y agradable cascada, sobre la que pequeña porción de líquido infiltrado resbala pausadamente y con misterioso murmullo por la multitud de cristalizaciones prismáticas que la forman, para depositarse en una serie de tazas de dimensiones diferentes y lanzarse luégo por un profundo barranco. Imposible parece, escriben los nassaríes desconociendo la historia de los amores de Mohámmad III y la bella Seti-Mariem, que en la variedad de objetos cuyas figuras son tan diferentes y caprichosas no haya intervenido el arte.

A la espalda se mira un arco ancho, airoso y de harta elevación, adornado de mil caprichosas cristalizaciones; en este sitio el higrómetro de 100° y el termómetro señala cerca de 9° en la escala centígrada.

A poca distancia del mismo lugar, siguiendo la dirección S., hállase el *abismo*, dicho así en razón de su grande profundidad; es un espacio circular formado por dos conos truncados unidos en la base, cuyo punto de intersección se halla en el plano donde está el observador; aquello es ya sólo lo que queda de la deliciosa *Cobbat-uz-Zocháck*, donde tantas horas de alegría vieron trascurrir enamorados Seti-Mariem y el Príncipe Mohámmad. ¡Alláh haya tenido compasión de sus almas!

De aquí se retrocede en dirección NO. por una senda bastante gosta y peligrosísima, observándose en todo el tránsito grupo cristalizaciones y columnas cada vez más caprichosas y variada

adornadas de frisos y relieves maravillosos, ya con pequeñas estalactitas de diferentes figuras y dimensiones. Vencido este obstáculo, tómase otra vez la dirección S. para contemplar otro aposento donde hay multitud de cilindros más ó menos perfectos, de diámetro variado y de distinta longitud, que cuelgan del techo como amenazando desplomarse, y que son las vigas de la techumbre con tanto arte fabricadas por los artífices allí empleados por el nieto de Al-Ahmar I.

Por otra pendiente se entra á admirar el último y grandioso asombro. Sin parar mientes en la infinidad de objetos que se notan suspendidos del techo, cuyos grupos desiguales dicen que semejan adornos góticos, se ve una *campana* cristalizada, incompleta por el costado que mira al S., la cual, al choque de una piedra, produce un sonido claro y misterioso que, dilatándose por aquellas suntuosas cavidades, imprime en el alma religioso recogimiento.

Revolviendo luégo al O., hay una roca cristalizada con labores y modillones varios, dibujos y relieves primorosos y diferentes adornos; y, por fin, en la dirección NNO. se ve ya la luz natural y se llega al último departamento, donde dos grupos cristalizados, unidos y semejantes á dos estátuas, forman la conclusión de la prodigiosa cueva.

Aquel lugar, que el rayo y el laborar constante de los siglos han cambiado, fué en otro tiempo la *Cobba de la figura*. ¡Allí, una de aquellas estátuas, hoy deforme, representaba la imagen hechicera de Seti-Mariem, y la otra, á ella unida en perenal abrazo, es el cuerpo del Sultán Mohámmad, á quien la justicia del Excelso castigó de tal modo por aquellos amores con la hija de los enemigos del Islam!

Los habitantes de Píñar que desconocen esta historia, y á quienes extraña semejante grupo, juzgando por el traje de una de las figuras, han dado en llamarles *el prior y la priora*, porque dicen que tienen el aspecto de dos fráiles (1).

(1) Tomamos casi al pie de la letra la descripción de la maravillosa *Cueva de Piñar* [illegible] artículo publicado en el periódico *La Alhambra*, que vió la luz en Granada hacia [illegible]o 1843, y que firma el antiguo Catedrático y Rector, que ha sido, de aquella Uni[illegible]dad Literaria, Sr. D. Francisco de Paula Montells y Nadal, quien visitó la expre[illegible] *Cueva* en Mayo de 1841.

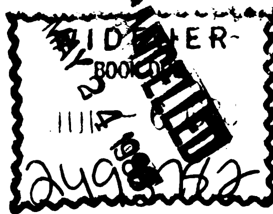
Así, como aquel desventurado Príncipe que, olvidando las saludables enseñanzas de la palabra divina revelada á Mahoma (¡reverenciado sea!) por el ángel Gabriel, y posponiendo á sus apetitos la gloria del Islam, se entregó en brazos de Xaythán por el amor de una mujer infiel, así perecerán cuantos osen quebrantar las leyes divinas!

¡Alabado sea Alláh, Señor de los dos mundos! ¡La bendición de Alláh sea sobre nuestro Señor y dueño Mahoma y sobre los suyos! Amén.

NOTA

Por inadvertencia se halla dos veces repetida la correspondencia de *Bib-Elbeira* ó *Bib-Elbira* en el trascurso de esta leyenda. La perspicacia de los lectores bastará para observar este error disculpable, así como para salvar las erratas que hayan podido deslizarse.

Hállase de venta esta leyenda, que consta de 174 páginas, en las principales librerías, al precio de pesetas **1,50** en toda España.


WIDENER
BOOK DUE
CANCELLED
2498762